

Boletín Oficial del Obispado de Santander

AÑO CXLI

NÚM. 1
2017

ENERO – MARZO

INDICE

IGLESIA EN SANTANDER

OBISPO

Decretos

Decreto sobre la Solemnidad de San José	1
Otros Decretos	2

Cartas pastorales

Emigrantes menores de edad vulnerables y sin voz	3
El mundo no necesita más comida, necesita más gente comprometida. Manos Unidas	4
¿Es posible otra manera de construir Unidades Pastorales?	6
Una Cuaresma para convertirnos al amor de Dios y de los hermanos.....	7
Cerca de Dios y los hermanos	9
Constructores de la paz y de la reconciliación	12
Carta Pastoral con ocasión del Año Jubilar de Santo Toribio de Liebana. Nuestra gloria, Señor, es tu Cruz	14

Homilias

María, icono de la confianza y del acompañamiento	81
Homilia en el Miércoles de Ceniza 2017	83
La Cuaresma, preparación para vivir la Pascua de Jesús. Funeral del P. Manuel Ángel Martínez Rubín CMF	85
Educación, anunciar, transformar	88
Homilia en la consagración de un altar. El Astillero	90
50 años de la aprobación pontificia de la Congregación de la Virgen de los Dolores	93
La Hospitalidad, carisma y valor prioritario para la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios	96

SERVICIOS PASTORALES

Cancillería

Nombramientos

Ceses	99
Nombramientos	99
Incardinación	100

Vida diocesana

Actividad del Sr. Obispo	101
En la Paz del Señor	109

IGLESIA EN ESPAÑA

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

CIX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española

Nota de la CIX Asamblea Plenaria	110
Discurso inaugural del cardenal Blázquez	112
Palabras de saludo del Nuncio Apostólico	127
Miembros de la Comisión Permanente (Trienio 2017-2020)	129

Subcomisión Episcopal de Liturgia

Celebrar la Eucaristía con el Misal Romano	131
--	-----

IGLESIA UNIVERSAL

FRANCISCO

Mensajes

Mensaje del Santo Padre Francisco para la Cuaresma	140
Mensaje del Santo Padre Francisco para la 51 Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales	144

Discurso

Discurso del Santo Padre Francisco a los Jefes de Estado y de Gobierno de la Unión Europea presente en Italia para la Celebración del 60 aniversario del Tratado de Roma	147
--	-----

Iglesia en Santander

OBISPO

Decretos



DECRETO SOBRE LA SOLEMNIDAD DE SAN JOSÉ

San José tiene una gran importancia en la historia de nuestra salvación. La Iglesia ha reconocido este hecho proponiendo su fiesta como día de precepto (cf. canon 1246).

Tradicionalmente el pueblo cristiano ha secundado esta norma dando un significativo realce religioso, familiar y social a su fiesta el 19 de marzo. En el presente año de 2017, este día ha sido declarado laborable en la Comunidad Autónoma de Cantabria. Ante la necesidad de fijar claramente el tratamiento que dicha fiesta debe tener por parte de la comunidad católica,

DISPONGO:

1. **Mantener** el 20 de marzo, solemnidad trasladada de San José, fiesta de precepto, con la obligación de participar en la Santa Misa, aunque sea laborable.
2. **Dispensar** del descanso laboral y del precepto a aquellos fieles que tengan jornada laboral ordinaria, pero les recomiendo, si pueden, participar en la Eucaristía de ese día de fiesta dedicado a San José, Esposo de la Virgen.
3. **Pido**, igualmente, a los Párrocos y Rectores de iglesias que informen a los fieles con antelación de estas decisiones y acomoden en lo posible los horarios de misas a las posibilidades y necesidades de los fieles.
4. El **Día del Seminario**, con la oración y la colecta para el Seminario Diocesano se trasladan a la tarde del domingo día 19.

Santander 18 de marzo de 2017.


- Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Santander



Por mandato del Sr. Obispo
Isidro Pérez López


Cancellor-Secretario



Otros Decretos

21 de febrero de 2017

Decreto autorizando al párroco de Cérdigo, Alledenlagua, Islares, Montealegre, Sámano, Ontón y Otañes para inscribir partidas sacramentales.

07 de marzo de 2017

Decreto de ratificación de la erección canónica de la Asociación Hermandad de la Virgen de la Luz, Patrona de Liebana.

Decreto de fines religiosos de la Asociación Hermandad de la Virgen de la Luz, Patrona de Liebana.

Decreto de ratificación de la elección de la Junta Directiva de la Asociación Hermandad de la Virgen de la Luz, Patrona de Liebana.

22 de marzo de 2017

Decreto ratificando los nombramientos de la Junta Directiva de los Scourts Católico de Cantabria MSC

24 de marzo de 2017

Decreto autorizando que el nuevo centro de Fe y Vida pueda tener presencia permanente del Santísimo Sacramento en la capilla de la casa.

Decreto de incardinación a la Diócesis de Santander del Rvdo. D. Jacinta Pereira da Costa.

Cartas Pastorales

EMIGRANTES MENORES DE EDAD VULNERABLES Y SIN VOZ

Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado

7 de enero de 2017

En la Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado que se celebra este año, se pretende llamar la atención sobre los emigrantes menores de edad, especialmente los que están solos. Hemos de hacernos cargo de ellos por tres motivos: porque son menores, extranjeros e indefensos. Por diversas razones, son forzados a vivir lejos de sus lugares de nacimiento y separados del afecto de su familia.

Hoy, la emigración no es un fenómeno limitado a algunas zonas del planeta, sino que afecta a todos los continentes. Y está adquiriendo cada vez más una dimensión dramática. Por otra parte afecta a todos hombres y mujeres, ancianos y niños que se ven obligados a abandonar sus casas con la esperanza de salvarse y encontrar en otros lugares paz y seguridad.

Son principalmente los niños quienes más sufren las graves consecuencias de la emigración, casi siempre causada por la violencia, la miseria y las condiciones ambientales. La carrera desenfrenada hacia un enriquecimiento rápido y fácil lleva consigo también el aumento de plagas monstruosas como el tráfico de niños, la explotación y el abuso de menores. Los niños, por su particular fragilidad, tienen derecho en primer lugar, a un ambiente familiar sano y seguro donde puedan crecer bajo la guía y el ejemplo de un padre y una madre. Además, el derecho a recibir una educación adecuada, sobre todo en la familia y también en la escuela, donde los niños puedan crecer como personas y protagonistas de su propio futuro. De hecho, en muchas partes del mundo, leer y escribir sigue siendo privilegio de unos pocos. Todos los niños tienen derecho a jugar y a vivir como niños que son.

El Santo Padre nos recuerda en su Mensaje que “los niños constituyen el grupo más vulnerable entre los emigrantes, porque, mientras se asoman a la vida, son invisibles y no tienen voz: la precariedad los priva de documentos, ocultándolos a los ojos del mundo; la ausencia de adultos que los acompañen impide que su voz se alce y sea escuchada. De ese modo, los niños emigrantes acaban fácilmente en lo más bajo de la degradación humana, donde la ilegalidad y la violencia quemar en un instante el futuro de muchos inocentes, mientras que la red de los abusos a los menores resulta difícil de romper”. “Quiero que se dispare la última bala. Aunque sea contra mí. Quiero

que sea la última. Y quiero que la gente me oiga”, ha dicho Hanin, de 16 años que dejó Siria después de que una bomba destruyera su casa y ahora vive en Austria.

En nuestro país, el número creciente de menores sin hogar como consecuencia de la inmigración, de las rupturas familiares y de otras circunstancias, nos debe hacer pensar a todos sobre los retos que plantea, ya hoy, el crecimiento de estos niños sin el deseado ambiente familiar, escolar y lúdico. Es necesario parar este flujo de menores que, si bien, durante el periodo de escolarización están tutelados, sin embargo, en cuanto alcanzan la mayoría de edad, quedan solos en la calle con todos los riesgos y peligros que ello conlleva.

Como cristianos hemos de recordar que nadie es extranjero en la comunidad cristiana, que abraza todas las naciones, razas, pueblos y lenguas. Por tanto hemos de proteger, integrar y dar soluciones estables a la situación que vive cada niño o adolescente inmigrante. En este sentido el Pontífice propone “que se adopten adecuados procedimientos nacionales y planes de cooperación acordados entre los países de origen y los de acogida, para eliminar las causas de la emigración forzada de los niños entre las que se encuentran los conflictos armados.” Urge realizar todos los esfuerzos posibles para que la acogida de los menores migrantes, en los centros o en las familias, sea digna de modo que los menores puedan disfrutar de los medios necesarios para desarrollar su personalidad y superar los traumas que han dejado en ellos las circunstancias de la inmigración.

**+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Santander**

**EL MUNDO NO NECESITA MAS COMIDA,
NECESITA MAS GENTE COMPROMETIDA
Campaña contra el hambre. MANOS UNIDAS
22 de marzo de 2017**

Desde su nacimiento Manos Unidas, organización de la Iglesia a favor del Tercer Mundo, lucha para erradicar las tres hambres que le afligen: "hambre de pan, hambre de cultura y hambre de Dios". Saben muy bien que "no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" (Mt 4,4). Ha escrito el papa Francisco que "la peor discriminación que sufren los pobres es la falta de atención espiritual (...) La opción preferencial por los

pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria" (EG 200). Tengámoslo todos muy en cuenta.

Ahora bien, no vale considerar solamente las dimensiones del hambre de pan en el mundo sin ir a sus causas. Necesitamos una economía y una política al servicio de las personas y sus necesidades; un mundo donde se escuche la voz de los más débiles. Manos Unidas, en su campaña contra el hambre en el mundo, necesita la colaboración de todos para seguir luchando contra el hambre, la deficiente nutrición, la miseria, la enfermedad y la falta de instrucción. "El crecimiento en equidad -enseña el papa Francisco- exige algo más que el crecimiento económico, aunque lo supone, requiere decisiones, programas, mecanismos y procesos específicamente orientados a una mejor distribución del ingreso, a una creación de fuentes de trabajo, a una promoción integral de los pobres que supere el mero asistencialismo" (EG 204)

El lema de este año nos alerta sobre un hecho real. No es la falta de comida lo que produce el hambre y la desnutrición en el mundo actual. Hay recursos alimentarios suficientes para erradicar el hambre del mundo. ¡Cuántos alimentos se estropean o se tiran a la basura en el mundo desarrollado! Es "desconsolador" que cada año "1.300 toneladas de alimentos aptos para el consumo acaben en la basura", lo que supone casi un tercio de la producción total de alimentos. A pesar de esta abundancia, hay 795 millones de personas que no tienen comida suficiente para mantener una vida sana. Lo que falta, pues, no es comida, sino gente comprometida. Es decir, gente dispuesta a compartir con los más necesitados, gente solidaria con el Tercer Mundo. Los cristianos no podemos olvidar la enseñanza que Jesús nos trasmite con el milagro de la multiplicación de los panes y los peces. En la medida en que lo poco tenemos -cinco panes y dos peces- no lo comamos cada uno por su cuenta y lo pongamos en manos de Jesús, El se encargará de que haya para todos y sobre. Es muy importante la abundancia en el Reino de Dios.

Animo a la Delegación de Manos Unidas y a los socios y el voluntariado que la sostiene en la diócesis de Santander a que sigan financiando proyectos concretos para erradicar el hambre y favorecer el auténtico desarrollo en el Tercer Mundo. Desde la delegación cántabra de Manos Unidas, se han apoyado proyectos de mejora en países como Colombia, Angola y El Salvador. Igualmente, mediante las llamadas "operaciones enlace", se potencian proyectos en Haití, El Congo, India y Ruanda. Entre las acciones respaldadas por Manos Unidas de Santander ha figurado la ampliación de un hospital materno infantil en una aldea rural de Etiopía. Una vez más, seamos generosos en la Campaña contra el hambre. Que la voz de Dios, que nos llega a través

de nuestros hermanos más pobres, despierte la caridad y la solidaridad que debe caracterizar a todo cristiano.

Con mi afecto y mi bendición,

**+ Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Santander**

¿ES POSIBLE OTRA MANERA DE CONSTRUIR UNIDADES PASTORALES?

16 de febrero de 2017

Queridos diocesanos:

Siguiendo el Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española 2016-2020 queremos favorecer la ‘transformación misionera’ de nuestra diócesis, parroquias y comunidades cristianas. Como nos pide el Santo Padre, ‘tenemos que salir’ de nuestra fronteras y de nuestras inercias para llevar la alegría del Evangelio a nuestros hermanos. “Hace falta pasar de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera” (EG, 15”).

El Directorio para el ministerio pastoral de los Obispos Apostolorum Sucesores 219 constata que “se va difundiendo el recurso a las llamadas unidades pastorales, con las que se trata de promover formas de colaboración orgánica entre parroquias limítrofes, como expresión de la pastoral de conjunto”.

En nuestra diócesis de Santander hay diseñado un Plan de Unidades Pastorales, pero observamos que no pueden quedar reducidas a mera reorganización estructural. Están al servicio de la misión de la Iglesia, del anuncio del Evangelio y de su presencia transformadora en nuestro mundo.

¿Por qué no beneficiarnos de quienes han puesto en marcha Unidades Pastorales acompañando el proceso con la oración comunitaria? ¿Por qué no implicar a todo el pueblo de Dios que quiera participar desde el primer momento? Además de orar juntos pueden reunirse en grupos para escuchar al Señor que nos habla a través de los hermanos. ¿Cuáles son las necesidades más urgentes en el primer anuncio, la catequesis (infancia, jóvenes, adultos), en las celebraciones de la fe, en el servicio de asistencia y promoción de los más pobres, en el acercamiento a los alejados, etc...?

La puesta en marcha de las Unidades Pastorales no tiene por qué acarrear necesariamente sólo perjuicios en la atención pastoral a los fieles, sino que este acontecimiento puede y debe redundar en una mayor y mejor atención

pastoral, más fuertemente evangelizadora y con una mayor implicación de religiosos/as y seglares. Se puede dar una presencia y un servicio pastoral más ‘cualificado’ a las comunidades, más allá de lo puntual y ocasional; también resultaría menos costosa la formación adecuada de los agentes de pastoral.

Un sacerdote y unos seglares de la diócesis de Mondoñedo-Ferrol hacen un largo viaje para compartir su experiencia con nosotros. ¡NO DESPERDICIE-MOS ESTA GRAN OPORTUNIDAD!

Día: 17 de febrero

Lugar: Seminario Monte Corbán

Hora: 20 h.

Os esperamos. Un saludo afectuoso en el Señor

**+Manuel Sánchez Monge
Obispo de Santander**

**UNA CUARESMA PARA CONVERTIRNOS AL AMOR DE DIOS
Y DE LOS HERMANOS
Mensaje para la Cuaresma 2017
1 de marzo de 2017**

La Cuaresma es una oportunidad para convertirnos al amor de Dios. En este tiempo de penitencia y de oración, miremos a Cristo crucificado que nos reveló plenamente el amor de Dios. El amor de Dios, tal como aparece en el Nuevo Testamento, no es un amor de solas palabras, un amor romántico, sino un amor de entrega que busca el bien del otro, sin esperar nada a cambio. Entregando su vida en el árbol de la cruz acreditó sus palabras: “Nadie tiene amor más grande que el que da la vida”.

Pero el amor de Dios es también, tal como aparece ya en el Antiguo Testamento, es un amor entrañable, una verdadera pasión divina. El profeta Oseas lo expresa con imágenes audaces como la del amor de un hombre capaz de perdonar a su mujer adúltera (cf. Os 3, 1-3). Ezequiel, por su parte, hablando de la relación de Dios con el pueblo de Israel, no tiene miedo de usar un lenguaje ardiente y apasionado (cf. Ez 16, 1-22). Dios nos ama con la pasión de un joven esposo por su esposa. “Aunque una madre se olvidara del hijo de sus entrañas, yo no me olvidaría de vosotros” nos dice Dios por boca del pro-

feta Isaías. Pero Dios no impone su amor y espera el «sí» de sus criaturas, que su amor sea acogido.

Por desgracia, los hombres, desde los orígenes de la humanidad, seducidos por las mentiras del Maligno, se han cerrado al amor de Dios, con el espejismo de una autosuficiencia imposible (cf. Gn 3, 1-7). Replegándose en sí mismo, Adán se alejó de la fuente de la vida que es Dios y se convirtió en el primero de «los que, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud» (Hb 2, 15). Dios, sin embargo, no se dio por vencido. Más aún, el «no» del hombre fue como el impulso decisivo que lo indujo a manifestar su amor con toda su fuerza redentora.

En el misterio de la cruz se revela plenamente el abismo de la misericordia del Padre. Para reconquistar el amor de su criatura, aceptó pagar un precio muy alto: la sangre de su Hijo único. En la cruz se manifiesta el amor apasionado de Dios por nosotros. Miremos a Cristo traspasado en la cruz. Él es la revelación más impresionante del amor de Dios. En la cruz Dios mismo mendiga el amor de su criatura: tiene sed del amor de cada uno de nosotros. La impresionante obra de entrega a los más pobres de entre los pobres de santa Teresa de Calcuta sólo se explica porque escuchó de verdad estas palabras de Jesús en la cruz: “Tengo sed”. La respuesta que el Señor desea ardentemente de nosotros es ante todo que aceptemos su amor y nos dejemos atraer por él.

Sin embargo, aceptar su amor no es suficiente. Hay que corresponder a ese amor y luego comprometerse a comunicarlo a los demás. Vivamos, pues, la Cuaresma como un tiempo en el que, aceptando el amor de Jesús, aprendamos a difundirlo a nuestro alrededor con cada gesto y con cada palabra. Abramos el corazón a los demás y luchemos contra toda forma de desprecio de la vida y de explotación de la persona, y contribuyamos a aliviar los dramas de la soledad y del abandono de muchas personas.

Por otra parte, la Cuaresma es un tiempo propicio para el perdón, como expresión de amor. Pidamos perdón a Dios y perdonemos a nuestros hermanos. Pedir perdón nos reconcilia con nosotros mismos, nos permite aceptarnos como somos, nos despoja de un falso sentimiento de inocencia. Perdonar nos libera de las cadenas del rencor que nos corroen a nosotros mismos, desbloquea nuestra fijación en el pasado y nos vuelve a capacitar para que podamos iniciar un nuevo camino de vida y crecimiento.

Para los creyentes, el perdón pertenece a la entraña del mensaje de Jesús y al núcleo de la imagen y experiencia que Él tiene de Dios Padre, rico en miseri-

cordia. Al perdonar en la Cruz a sus verdugos, Jesús rompió el círculo perverso que pesaba sobre la humanidad: agravio por agravio, insulto por insulto... Los creyentes sabemos que con su fuerza podemos tener la generosidad de perdonar y la humildad de pedir perdón.

El perdón es la gran avenida que nos conduce a la plaza mayor de la reconciliación. Anunciar el Mensaje cristiano de la Reconciliación y celebrarla en el Sacramento de la Penitencia es así mismo un quehacer ineludible. Curar las heridas de la gente con el aceite y el vino del Buen Samaritano, es necesario, sobre todo en tiempos como los nuestros. Que el Señor nos conceda llegar a la próxima Pascua reconciliados con Dios y viviendo intensamente el amor y el perdón a nuestros hermanos.

**+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Santander**

**CERCA DE DIOS Y DE LOS HERMANOS
Día del Seminario
19 de marzo de 2017**

Celebramos este año el Día del Seminario con un lema muy sugerente: “Cerca de Dios y de los hermanos”. Vamos a comentarle brevemente.

1. El sacerdote, cerca de Dios.

La vida cristiana no es ordenar la vida como a mí me parece y pedir a Dios que bendiga mis planes y proyectos. Es una relación con una persona viva, es una existencia iluminada con la riqueza del Dios vivo y verdadero. Un Dios que siempre se ha acercado a los hombres y les ha acompañado en las peripecias de su diario vivir. Pero sobre todo que se nos ha acercado y entregado en la persona de su Hijo hecho hombre como nosotros para revelarnos su amor misericordioso. El discípulo de Cristo vive en amor, en un trato amoroso con Jesucristo, su hermano y amigo, por lo que necesita sentirle cercano. Cuando el amor es real, la persona gozosamente ata su libertad al amado para que se mantenga viva esa relación. No se puede amar sin hacer entrega de sí mismo, movido por la fuerza del amor. El valor supremo del hombre no es la libertad, sino la libertad al servicio del amor. La vida humana se hace mucho más humana cuando se vive cerca de Dios.

Pero desgraciadamente se da también en nosotros una tendencia a retirarnos del Señor, a darle la espalda. Pero El sale cada día a nuestro encuentro esperando nuestro regreso para perdonarnos e invitarnos a una fiesta con El. Es preciso ser dóciles al Espíritu para tomar la decisión de volver a la casa del Padre. Es necesario un estado permanente de escucha, de atención y de oración para decidirnos a volver a la cercanía con Dios.

El sacerdote necesita una especial cercanía a Dios para experimentarle como su auténtico Padre, para disfrutar su amor, para conocer su fidelidad. Necesita conocer por dentro a Cristo, Pastor bueno, para hacerle presente en medio de sus hermanos. Para hablar de Jesucristo necesita primero hablar mucho con El, tratarle en la oración asidua y perseverante. De lo contrario hablará de El de memoria y los fieles lo notarán palpablemente.

2. El sacerdote cercano a sus hermanos.

La vida de Cristo, el amor de Dios, no puede ser un elemento marginal en nuestra vida. Y ese amor, bien comprendido, nos plantea la cercanía y el amor a los hermanos. Cristo, en su pasión nos plantea que hay que llegar a amar hasta dar la propia vida. La visión de Cristo humillado es algo que ha atraído siempre a los santos. El se ha rebajado por nosotros y ha tomado sobre sí todos nuestros pecados. No se puede estar cerca de Dios si se vive lejos de los hermanos: “Si alguno dice: ‘Amo a Dios’, y aborrece a su hermano a quien ve, es un mentiroso, pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve” (1 Jn 4, 20). Y esta cercanía ha de convertirse en auténtica ternura.

“La ternura del buen Samaritano –comentaba el cardenal Bergoglio- no fue ningún sentimentalismo pasajero. Todo lo contrario; el sentir compasión hizo que el Samaritano tuviera el coraje y la fortaleza para socorrer al herido. Los flojos fueron los otros, los que –por endurecer su corazón- pasaron de largo y no hicieron nada por su prójimo.

Esa ternura y compasión hizo que el Samaritano sintiera que era injusto dejar a un hermano así tirado. La ternura le hizo sentirse solidario con la suerte de ese pobre viajero que podría haber sido él mismo, le hizo brotar la esperanza de que todavía hubiera vida en ese cuerpo exangüe y le dio valor para ponerse a ayudarlo. Sentimiento de justicia, de solidaridad y de esperanza. Esos son los sentimientos del buen Samaritano. [...]

Acercarse. No dar rodeos ni pasar de largo. Acercarse hoy, ahora: ésa es la clave; eso es lo que nos enseña Jesús. Tenemos que acercarnos a todos nues-

tros hermanos, especialmente al que necesita. Cuando uno se acerca “se le enternece el corazón”. Y en un corazón que no tiene miedo a sentir ternura (esa ternura que es el sentimiento que tienen el papá y la mamá con sus hijos) el que está necesitado se convierte como en nuestro hijo, en alguien pequeño que necesita cuidado y ayuda. Entonces el deseo de justicia, la solidaridad, la esperanza, se traducen en gestos concretos [...]

En cambio, cuando no nos acercamos, cuando miramos de lejos, las cosas no nos duelen ni nos enternecen. Hay un refrán que dice: “ojos que no ven, corazón que no siente”. Pero también pasa al revés, sobre todo hoy en día que lo vemos todo, pero por televisión: “Corazón que no se acerca, que no toca el dolor, corazón que no siente... y, -por tanto- ojos que miran pero no ven”

La felicidad del hombre no se puede plantear con los criterios del mundo sino con los criterios de Dios. No se puede enfocar con el egoísmo sino con una sincera y auténtica relación de amor hacia los hermanos. “Un corazón misionero nunca se encierra o repliega en sus seguridades, nunca opta por la rigidez autodefensiva; sabe que él mismo ha de crecer en el Evangelio y en el Espíritu... No renuncia aún con el riesgo de mancharse” (EG 45)

El gran drama de nuestra vida es que nos cuesta renunciar a la vida egoísta. Pero renunciar a la vida egoísta es abrirse a la vida verdadera del amor. No hemos de tener miedo de abrirnos a la presencia de Dios y a entregarnos a los hermanos. ¡Que no nos dé miedo que nos conozcan cómo somos! A veces nos frena y nos retiene en la entrega la impresión de que si nos conocen como somos, no nos amarán. No es así, si nos conocen de verdad nos amarán; de lo contrario se contentarán con admirarnos. Dios nos conoce hasta los entresijos de nuestro corazón y precisamente por eso nos ama y nos ama hasta el extremo. Vivir bajo la mirada de Cristo es la condición indispensable para permanecer en la mirada al hombre con amor, dignificándole. La oración es dejarse mirar por Dios para llegar a sentir su amor incondicional y su entrega por todos y cada uno de nosotros.

3. El amor desde la cercanía es necesario para anunciar al Dios amigo del hombre.

Hay que ser instrumento de la mirada de Dios, de la sonrisa y del amor de Dios hacia todos, poniendo amor en lo que hacemos y sirviendo como expresión de la caridad de Dios: “Paz en la tierra a los hombres que ama el Señor” (Lc 2, 14). El papa Francisco habla de la ‘proximidad’ como el ámbito necesario para poder anunciar la Palabra y el amor misericordioso de Dios, de modo

tal que encuentre una respuesta de fe. He aquí sus palabras cuando era arzobispo de Buenos Aires:

“Es el Espíritu a quien pedimos despierte en nosotros esa particular sensibilidad que nos hace descubrir a Jesús en la carne de nuestros hermanos más pobres, más necesitados, más injustamente tratados, porque nos aproximamos a la carne sufriente de Cristo, cuando nos hacemos cargo de ella, entonces es cuando puede brillar en nuestros corazones la esperanza, esa esperanza que nuestro mundo desencantado nos pide a los cristianos.

No queremos ser esa Iglesia temerosa que está encerrada en el cenáculo, queremos ser la Iglesia solidaria que se anima a acercarse a los más pobres, a curarlos y a recibirlos. No queremos ser esa Iglesia desilusionada, que abandona la unidad de los apóstoles y se vuelve a Emaús, queremos ser la Iglesia convertida, que después de recibir y reconocer a Jesús como compañero de camino de cada uno, emprende el retorno al cenáculo, vuelve llena de alegría a la cercanía con Pedro, acepta integrar con otros la propia experiencia de proximidad y persevera en la comunión.

Podemos decir que la medida de la esperanza está proporcionalmente relacionada con el grado de proximidad que se da entre nosotros”

Para acercar a Dios al hombre de nuestro tiempo, tan alejado de Dios en la vida diaria, necesitamos ‘proximidad’, cercanía no sólo física, sino afectiva y espiritual. Pidámosla para nuestros sacerdotes y seminaristas.

**+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Santander**

CONSTRUCTORES DE LA PAZ Y DE LA RECONCILIACIÓN

Jornada por Tierra Santa 2017

20 de marzo de 2017

Queridos diocesanos:

Los cristianos en Tierra Santa, aunque poco numerosos, son custodios y portadores de la Buena Nueva del amor de Dios por los hombres. El amor que se reveló en la persona de Jesucristo precisamente en Tierra Santa. Esta Palabra de salvación resuena con particular eficacia en los lugares en los que fue escuchada por vez primera y consignada por escrito. Ella es la única Palabra capaz de romper el círculo vicioso de la venganza, del odio, de la vio-

lencia. Solamente de un corazón purificado, en paz con Dios y con el prójimo, pueden nacer propósitos e iniciativas de paz. Los cristianos, ciudadanos de pleno derecho, estamos llamados en todo lugar a ser constructores de paz y apóstoles de reconciliación con el espíritu de las bienaventuranzas. Nunca debemos resignarnos a la falta de paz. La paz es posible. La paz es urgente. La paz es la condición indispensable para una vida digna de la persona humana y de la sociedad. La paz es también el mejor remedio para evitar la emigración de Oriente Medio. “Invocad la paz sobre Jerusalén”, nos dice el Salmo (122, 6). Oremos por la paz en Tierra Santa y en Oriente Medio, esforzándonos para que este don de Dios ofrecido a los hombres de buena voluntad se difunda por el mundo entero.

Vivir hoy la fe cristiana en Medio Oriente no es nada fácil. Especialmente en Irak, en Siria y en Egipto, donde las comunidades cristianas han experimentado el ecumenismo de la sangre. Y donde cada fiel cristiano ha de luchar todos los días contra la tentación de abandonar la propia tierra y la propia fe. Hemos de sostener a estos hermanos nuestros que viven el misterio de Cristo, el Crucificado que ha resucitado, en los lugares de la Redención. La pequeña comunidad cristiana en Oriente Medio necesita nuestro apoyo y la cercanía de toda la Iglesia. Rezando por ellos y prestándoles la ayuda económica que tanto necesitan.

Nuestra solicitud ha permitido mantener los Lugares santos y las comunidades que se reúnen en ellos. Estas comunidades son las que ofrecen las primeras ayudas en tiempo de catástrofes o guerras. Y con una cualificada red pastoral, escolar y sanitaria atienden a las familias, los ancianos, los enfermos y discapacitados, los que nos tienen trabajo y los jóvenes que buscan futuro. Vivamos la caridad eclesial a favor de los cristianos de Tierra Santa. Unámonos al Papa este Viernes Santo una vez más y respondamos con generosidad en la colecta a favor de estas Iglesias hermanas que viven en las tierras de Jesucristo.

**+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Santander**

**CARTA PASTORAL CON OCASIÓN DEL
AÑO JUBILAR DE SANTO TORIBIO DE LIÉBANA
NUESTRA GLORIA, SEÑOR, ES TU CRUZ
+Manuel Sánchez Monge
Obispo de Santander**

INDICE

INTRODUCCIÓN: Un poco de historia del Año Santo lebaniego

I. EL MISTERIO DE LA CRUZ DEL SEÑOR

1. *Un hecho histórico: Jesús se entrega a la muerte voluntariamente aceptada*
2. *La cruz, expresión de la humillación y el rebajamiento de Jesús*
3. *El escándalo de la Cruz*

II. DIMENSIÓN GLORIOSA DE LA CRUZ DE JESUCRISTO

1. *El triunfo de la Cruz*
2. *¿Qué significa gloria en la Biblia?*
3. *La Cruz gloriosa o la exaltación de la Cruz*
4. *Los Santos Padres hablan de la Cruz gloriosa de Jesucristo*
5. *La cruz gloriosa y la sabiduría de los santos*
6. *La Cruz gloriosa en la reflexión de los teólogos*
- 6.1. *La Cruz signo de victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte*
- 6.2. *La cruz de Cristo, revelación del amor misericordioso del Padre y del Hijo*
- 6.3. *La Cruz de Cristo fuente de nuestra esperanza en la gloria*
- 6.4. *La cruz de Cristo, fuente de todas las gracias y manantial de los bienes supremos*
7. *La cruz confiere sentido al sufrimiento humano*
8. *El que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí (Mt 10,*
9. *La Cruz expresa el gozo de pertenecer a Jesucristo*
10. *La locura del amor a la cruz en S. Rafael Arnáiz*
11. *La Virgen María asociada a la cruz y resurrección de su Hijo*

III PEREGRINACIÓN A SANTO TORIBIO DE LIÉBANA

1. *La peregrinación exterior*
2. *La ‘peregrinación interior’*

IV. EL DON DE LA INDULGENCIA PLENARIA

V. EL SIGNO DE CARIDAD EN EL AÑO SANTO LEBANIEGO

VI. ALGUNAS ORIENTACIONES PASTORALES

1. *Los sacerdotes, ‘servidores de la alegría’*
2. *Los consagrados: “Dónde hay religiosos hay alegría”*
3. *Los laicos: “No os dejéis robar la alegría de la evangelización”*

ORACIÓN DEL PAPA FRANCISCO

INTRODUCCIÓN

UN POCO DE HISTORIA DEL AÑO SANTO LEBANIEGO

Queridos hermanos y hermanas en el Señor:

¿Por qué se acercan tan numerosos peregrinos desde España y desde otras muchas partes del mundo al Monasterio de Santo Toribio de Liébana, uno de los más hermosos lugares de nuestra Diócesis de Santander? Es interesante conocer la rica historia de este Monasterio que alberga el famoso *Lignum Crucis*.

El monasterio de Santo Toribio, ubicado en medio de un paisaje impresionante y pintoresco cerca de los Picos de Europa, ejerció una gran influencia teológica, espiritual y eclesial en la Edad Media. Y especialmente durante la invasión musulmana, gracias a la labor de los monjes Beato y Eterio. El monje Beato defendió la fe católica frente a la herejía adopcionista que defendía el arzobispo de Toledo, Elipando. También escribió los célebres “*Comentarios al Apocalipsis*” que tuvieron una importancia decisiva en la cultura y en el arte, porque fueron copiados y miniados durante los siglos IX al XIII. Estas labores se realizaron en los más importantes escritorios de los monasterios de la época, principalmente en la zona de la Rioja y Castilla-León. Fueron los monjes benedictinos quienes estuvieron al frente de este Monasterio durante siglos hasta la desamortización de Mendizábal en el siglo XIX. Después lo atendieron sacerdotes diocesanos. Y finalmente, desde el año 1961 los PP. Franciscanos ejercen la custodia del mismo. Es propiedad del Obispado de Santander y fue declarado monumento nacional en el año 1953.

En él se conserva, desde el siglo VIII, la famosa reliquia del *Lignum Crucis*. La trajo desde Jerusalén -según una venerable tradición- Santo Toribio, Obispo de Astorga en el siglo V, asegurando que se trataba del trozo más grande de la Cruz de Cristo. Gracias a la presencia de esta preciada reliquia, el Monasterio se ha convertido, a través de los siglos, en un importante centro espiritual de peregrinaciones y en un foco de religiosidad popular, que goza del privilegio de los Años Santos.

Los primeros datos que tenemos de él se remontan al año 1181, según consta en el libro Cartulario de Santo Toribio de Liébana. Los obispos, Juan de León, Raimundo de Palencia, Rodrigo de Oviedo y Martín de Burgos constituyeron la Cofradía de Santo Toribio, que hoy lleva el nombre de Cofradía

de la Santísima Cruz, que pudiera ser la más antigua erigida en la Iglesia con este motivo.

Leemos en el *Directorio sobre la Piedad popular y la Liturgia*: “Las expresiones de devoción a Cristo crucificado, numerosas y variadas, adquieren un particular relieve en las iglesias dedicadas al misterio de la Cruz o en las que se veneran reliquias, consideradas auténticas, del *Lignum Crucis*. La “invención de la Cruz”, acaecida según la tradición durante la primera mitad del siglo IV, con la consiguiente difusión por todo el mundo de fragmentos de la misma, objeto de grandísima veneración, determinó un aumento notable del culto a la Cruz.

En las manifestaciones de devoción a Cristo crucificado, los elementos acostumbrados de la piedad popular como cantos y oraciones, gestos como la ostensión y el beso de la cruz, la procesión y la bendición con la cruz, se combinan de diversas maneras, dando lugar a ejercicios de piedad que a veces resultan preciosos por su contenido y por su forma.

No obstante, la piedad respecto a la Cruz, con frecuencia, tiene necesidad de ser iluminada. Se debe mostrar a los fieles la referencia esencial de la Cruz al acontecimiento de la Resurrección: la Cruz y el sepulcro vacío, la Muerte y la Resurrección de Cristo, son inseparables en la narración evangélica y en el designio salvífico de Dios. En la fe cristiana, la Cruz es expresión del triunfo sobre el poder de las tinieblas, y por esto se la presenta adornada con gemas y convertida en signo de bendición, tanto cuando se traza sobre uno mismo, como cuando se traza sobre otras personas y objetos”.

Por su parte los Papas, a lo largo de la historia, han sido muy generosos con el monasterio de Liébana y le han otorgado gracias y privilegios especiales en atención al *Lignum Crucis*. Julio II, el 23 de septiembre de 1512, autorizó para que se siguiera celebrando el Jubileo de Santo Toribio, que viene haciéndose “desde tiempo inmemorial”. En el año 2012 se celebraron los 500 años de tal acontecimiento. León X, el 30 de diciembre de 1513 y el 10 de julio de 1515, ratificó el Jubileo existente en el Monasterio de Santo Toribio, cuando la fiesta de este Santo coincidiera en domingo y durante siete días siguientes. Además, autorizaba al Prior para que nombrara a los presbíteros que creyera precisos para administrar el sacramento de la Penitencia. Gregorio XIV, en 1591, Urbano VIII, en 1664, y Clemente X, en 1676, concedieron indulgencias plenas o parciales a los Cofrades del *Lignum Crucis*, en el día de ingreso en la Cofradía, “a la hora de la muerte” y el 3 de mayo, día de la Invención de la Santa Cruz. Por fin, el Papa Pío IX, en Breve de 4 de septiembre de 1872, concedió a perpetuidad Indulgencia plenaria, el 23 de agosto,

aniversario, según tradición, de la erección de la Cofradía. Hasta el presente son 74 los Años Santos Jubilares documentados.

Todas estas gracias y privilegios concedidos quedaron ratificados y, en cierto modo, superados por el Rescripto de la Penitenciaría Apostólica, con la autorización del Papa Pablo VI, el 25 de noviembre de 1967, que concedió la Indulgencia plenaria para todo el Año Jubilar Lebaniego.

El recuerdo agradecido de un pasado glorioso no debe quedarse en entusiasmos narcisistas, sino que ha de constituir fuerza y estímulo para vivir el presente y para proyectar el futuro. Lo principal es que la Cruz nos remite al Crucificado. Al venerar el *Lignum Crucis*, reliquia del madero de la cruz, adoramos a Cristo, que murió en la cruz por nosotros. En ella consumó su sacrificio de amor. En el Catecismo de la Iglesia Católica leemos: “Por su sacratísima pasión en el madero de la cruz nos mereció la justificación”, enseña el Concilio de Trento, subrayando el carácter único del sacrificio de Cristo como “causa de salvación eterna”. Y la Iglesia venera la Cruz cantando: O crux, ave, spes unica (“Salve, oh cruz, única esperanza”).

Recordaba el papa Francisco a seminaristas y novicios en el Año de la fe que el segundo punto de referencia de la misión es la cruz de Cristo. Comentaba él: “San Pablo, escribiendo a los Gálatas, dice: “Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo” (6,14). Y habla de las “marcas”, es decir, de las llagas de Cristo Crucificado, como el cuño, la señal distintiva de su existencia de Apóstol del Evangelio. En su ministerio, Pablo ha experimentado el sufrimiento, la debilidad y la derrota, pero también la alegría y la consolación. He aquí el misterio pascual de Jesús: misterio de muerte y resurrección. Y precisamente haberse dejado conformar con la muerte de Jesús ha hecho a San Pablo participar en su resurrección, en su victoria. En la hora de la oscuridad y de la prueba está ya presente y activa el alba de la luz y de la salvación. ¡El misterio pascual es el corazón palpitante de la misión de la Iglesia! Y si permanecemos dentro de este misterio, estamos a salvo tanto de una visión mundana y triunfalista de la misión, como del desánimo que puede nacer ante las pruebas y los fracasos. La fecundidad pastoral, la fecundidad del anuncio del Evangelio no procede ni del éxito ni del fracaso según los criterios de valoración humana, sino de conformarse con la lógica de la Cruz de Jesús, que es la lógica del salir de sí mismos y darse, la lógica del amor. Es la Cruz - siempre la Cruz con Cristo -, la que garantiza la fecundidad de nuestra misión. Y desde la Cruz, acto supremo de misericordia y de amor, renacemos como “criatura nueva” (Gal 6,15)”².

En otras ocasiones el Papa latinoamericano ha advertido sobre la tentación del cristianismo sin cruz o lo que es lo mismo la tentación de rechazar la cruz. El triunfalismo paraliza a la Iglesia: es la tentación del cristianismo sin la cruz; la Iglesia es más bien humilde. Los discípulos no entienden el mensaje de la cruz, pues estaban esperando los primeros puestos de un reino imaginario. Incluso Pedro le dice a Jesús que eso de ir a la cruz no puede sucederle de ninguna manera. Jesús tendrá que recriminarle con dureza su forma de pensar: «Apártate de mí, Satanás, tú piensas como los hombres y no como Dios» (Mc 8,33). [...] Luego hay otra tentación, “un cristianismo con la cruz sin Jesús”, de ser “cristianos a medio camino, una Iglesia a medio camino” - que no quiere llegar adonde el Padre quiere-, “es la tentación del triunfalismo. Queremos que el triunfo sea hoy, sin pasar por la cruz, un triunfo mundano, un triunfo razonable”³.

San Agustín se refiere en sus escritos a la necesidad del sufrimiento y de la cruz para llevar a cabo la evangelización. Concretamente, cuando comenta el pasaje evangélico en el que Jesús invita a Pedro a “apacentar sus corderos”, después de preguntarle si lo amaba, dice San Agustín que el apacentar los corderos equivale a decir “sufrir por mis corderos” (Cf. Jn 21). No podemos dar vida a otros sin entregar nuestra vida. La expropiación de la propia vida por Dios y por los demás es lo que puede proporcionar vida a los demás. «El que entregue su vida por mí, la salvará» (Mc 8,35).

Quien ama de verdad a sus hermanos experimenta siempre el sufrimiento al comprobar los problemas y dificultades con los que tienen que convivir cada día. A veces, ante las dificultades para la evangelización, ante la incompreensión del mundo y ante el desprecio de los demás, corremos el riesgo de cerrarnos en nuestro caparazón, de asustarnos ante la presencia de la cruz y de no hacer nada para que no nos lluevan las críticas. De alguna forma, tendríamos que reconocer que nos falta la valentía necesaria para asumir la cruz como camino verdadero para llegar a ser auténticos discípulos de Jesucristo: «El que quiera ser discípulo mío, tome su cruz sobre sí y sígame» (Mt 16,24). «El que no cargue con su cruz, no puede ser discípulo mío» (Lc 14,27).

La cruz, asumida por amor, siempre culmina en la Pascua, en el triunfo. Una clave para vivir este Año como verdaderamente Jubilar es intensificar la experiencia de la alegría evangélica, que nace, pasando por la cruz, de la resurrección de Jesucristo. La alegría debe impregnar nuestra vida cristiana. Ya las páginas del Evangelio de Lucas que narran el acontecimiento del Nacimiento del Hijo de Dios, rezuman alegría. El ángel en Nazaret saluda a María

con la expresión: “*Alégrate*”, a los pastores en Belén se les regaló una gran alegría: “*Os anuncio una gran alegría...: hoy os ha nacido un Salvador*”. El Evangelio de Juan recoge estas palabras de Jesús a sus discípulos en el discurso de despedida: “*Os he dicho esto para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea colmado*”. Jesús ha venido a darnos una alegría que nadie nos podrá arrebatarnos. Los discípulos “*se llenaron de alegría al ver al Señor Resucitado*”, nos dice San Juan. Y el libro de los Hechos constata: “*partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo*”. Esta es la alegría que sigue a la fe. Los gentiles que acogieron la predicación de Pablo “*se alegraron y se pusieron a glorificar la Palabra del Señor; y creyeron cuantos estaban destinados a una vida eterna*”. Durante este Año Jubilar hemos de recuperar la alegría de ser cristianos, la alegría de habernos encontrado personalmente con Jesucristo y confiar plenamente en El, la alegría de reconocer su presencia en medio de nuestras debilidades. En nuestro mundo los cristianos tenemos que ser reconocidos por nuestra alegría. Hemos de ser la comunidad de la alegría, el pueblo de las Bienaventuranzas. La alegría será el signo de que hemos acogido la Buena Noticia de la salvación, la señal de que hemos sido evangelizados.

Un Año Jubilar puede ayudarnos muy eficazmente en la transformación misionera de nuestra diócesis mediante la conversión sincera y la potenciación de nuestra pasión evangelizadora. Como una pequeña ayuda en esta renovación, aceptad esta carta de vuestro Obispo, que desea peregrinar a vuestro lado y compartir con vosotros el gozo profundo de saberse amado y salvado por Jesucristo.

I EL MISTERIO DE LA CRUZ DEL SEÑOR

De la cruz se han cantado las más sublimes alabanzas y se le han lanzado los más duros vituperios. Para unos es el más fuerte oprobio mientras que para otros es la mejor de las bendiciones. Antes de la muerte de Jesús la cruz era la forma más cruel de ejecutar a una persona. El que pende de un madero es un maldito (Cf. Gal 3,13). Pero, a partir de la muerte y la resurrección de Jesucristo, la cruz se torna gloriosa y es proclamada el árbol de la vida. Ante ella se postran los cristianos porque adoran al que murió en ella y vive resucitado.

Nosotros vamos a contemplar la cruz del Señor después de la resurrección. Así la cruz, iluminada por la victoria del Resucitado, es el foco de luz que ilumina toda la vida anterior de Jesús. Sin la cruz y la resurrección, el Nuevo Testamento sería un enigma. El encuentro de los discípulos con Jesús vencedor de la muerte trastocó absolutamente sus vidas. El centro del Evangelio es Jesús crucificado y resucitado. Lo dice claramente san Pablo en 1Co 15,1-5: “El Evangelio que os he predicado, que habéis creído y que os va salvando, si es que lo conserváis tal como yo os lo anuncié. (...) Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, que fue sepultado y que resucitó al tercer día según las Escrituras, que se apareció a Pedro y más tarde a los Doce”. La palabra de Jesús en el Evangelio no es simplemente la enseñanza de un sabio, o de un profeta, sino la palabra de alguien constituido Señor y dador de vida tras su victoria sobre el pecado y la muerte. Todo pasa ya por la cruz y la resurrección. No hay otro Jesús que el crucificado que vive para siempre, sentado a la derecha del Padre e intercediendo por nosotros. “La cruz -dijo S. Juan Pablo II dirigiéndose a los enfermos- es el acontecimiento que cambia la historia de la humanidad: sólo en ella se realiza un cambio verdadero y radical. Vencida la muerte, arrojado el príncipe de este mundo, la tierra se transfigura en teatro de las maravillas de Dios”⁴.

San Efrén no puede menos de prorrumper en alabanzas a Cristo que con su muerte en cruz ha llevado a la humanidad entera a la mansión de la vida: “El admirable hijo del carpintero llevó su cruz a las moradas de la muerte, que todo lo devoraban, y condujo así a todo el género humano a la mansión de la vida. Y la humanidad entera, que a causa de un árbol había sido precipitada en el abismo inferior, por otro árbol, el de la cruz, alcanzó la mansión de la vida. En el árbol, pues, en que había sido injertado un esqueje de muerte amarga, se injertó luego otro de vida feliz, para que confesemos que Cristo es Señor de toda la creación.

¡A ti la gloria, a ti que con tu cruz elevaste como un puente sobre la misma muerte, para que las almas pudieran pasar por él desde la región de la muerte a la región de la vida!

¡A ti la gloria, a ti que asumiste un cuerpo mortal e hiciste de él fuente de vida para todos los mortales!

Tú vives para siempre; los que te dieron muerte se comportaron como los agricultores: enterraron la vida en el sepulcro, como el grano de trigo se entierra en el surco, para que luego brotara y resucitara llevando consigo a otros muchos.

Venid, hagamos de nuestro amor una ofrenda grande y universal; elevemos cánticos y oraciones en honor de aquel que, en la cruz, se ofreció a Dios como holocausto para enriquecernos a todos”⁵.

El amor verdadero se prueba, cuando llega el momento, con el sufrimiento real por la persona amada. De lo contrario, el amor no pasa de ser puro sentimentalismo. Lo sabemos por experiencia propia. El amor debe unir el corazón para sentir bien, los labios para bendecir, las manos para hacer el bien y los pies para ir al encuentro de los necesitados. Benevolencia, bendición y beneficencia están conectadas a través del vínculo del amor.

Por nosotros Cristo se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz. En la Cruz de Cristo se guardan muchos secretos que sólo se descubren amándola. El misterio de la cruz del Señor, sólo se penetra, cuando permitimos que la sabiduría de Dios lo manifieste a los sencillos de corazón.

Cargar con la cruz cada día es una gracia absolutamente necesaria para crecer en la vida cristiana. Así nos configuramos con Cristo y nos adentrarnos en las profundidades de lo inefable. En este mundo donde todo es inestable, cambiante, efímero e incierto, “sólo la cruz permanece en pie, mientras el mundo gira alrededor”. El calvario es la cima desde donde podemos verlo todo con ojos nuevos, los ojos de la fe y del amor, los ojos de Cristo. La Cruz es el corazón de la humanidad y el punto de anclaje de nuestra estabilidad.

El evangelista san Juan nos da el verdadero sentido de la aparente impotencia y debilidad de Jesucristo: nadie le quita la vida, sino que es El quien la entrega con libertad soberana. Porque tiene poder para entregarla y para recuperarla (Jn 10,18). Jesús reconoce que él mismo no es la fuente de su ser y de su vida, sino que es el Padre. Pero en la medida en que el Hijo reconoce agradecido la fuente de su vida y de su ser en el Padre, él mismo se convierte en fuente suprema de entrega y servicio a los otros. Así, su muerte, como expresión de suprema debilidad, es capaz de generar vida, de iniciar la nueva creación.

Desde esta perspectiva podemos comprender, finalmente, la *resurrección* como el signo supremo del poder de Dios. A la entrega en debilidad de Jesús al Padre, éste le responde resucitándolo con la fuerza del Espíritu y constituyéndolo Hijo de Dios en poder (Cf. Rm 1,3). Pablo ha percibido en esta acción de Dios Padre una fuerza tan tremenda que la ha relacionado con el poder manifestado por Dios en su obra creadora. El Dios que tuvo el poder de crear de la nada, de llamar a la existencia lo que no existe, es el mismo que tiene la capacidad de suscitar vida de la muerte. Si grande es el paso de la nada al ser,

más inaudito es el paso de la muerte a la vida. No obstante, no podemos olvidar que el resucitado es el Crucificado que se aparece a los suyos con los signos permanentes de su amor entregado, sus llagas gloriosas, ofreciendo la paz y la reconciliación como gracia para sus vidas y como regalo para todos los hombres de la tierra (Jn. 20,19-23). Cristo, en su pasión y muerte en cruz, no sólo nos redime del pecado y del mal, sino que hace posible el ‘hombre nuevo’. Jesús es el hombre nuevo en quien la humanidad ha encontrado su propia identidad.

En Cristo crucificado encontramos 1) la clara constatación de un hecho histórico que funda nuestra salvación, 2) la enorme humillación y rebajamiento de Jesús y 3) el sentido escandaloso del Evangelio: “Nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; pero para los llamados, lo mismo judíos que griegos, fuerza de Dios y sabiduría de Dios” (1Cor 1,23-24).

1. Un Hecho histórico: Jesús se entrega a la muerte voluntariamente aceptada.

“Jesús decidió irrevocablemente ir a Jerusalén” (Lc 9, 51). En Lc 13, 31-33 queda patente la decisión de Jesucristo de ir a Jerusalén para morir como murieron los profetas. Jesús no va a la muerte porque no le queda más remedio, sino movido por el amor que se perfecciona en la entrega. “Nadie me quita la vida, sino que yo la entrego libremente”. Jesús vive su vida y se prepara para su muerte con gozosa serenidad que se sustenta en su experiencia única de Dios como Padre suyo. “El cáliz que mi Padre me da, ¿no lo voy a beber”. Porque sólo el que está familiarizado con el dolor tiene capacidad de gozar. “El hombre –dijo Leon Bloy- tiene lugares en su propio corazón que no existen hasta que el dolor entra en ellos para que existan”.

¡Cuánto he deseado cenar con vosotros esta Pascua antes de mi Pasión!”, dice Jesús a sus apóstoles (Lc. 22,14-15). Y Jn. 11, 53 deja constancia de la decisión de matarlo por parte de los sumos sacerdotes y fariseos que formaban el Sanedrín. El viaje decisivo a Jerusalén desde el punto de vista humano terminará en su muerte, una nueva forma de redención. El verdadero Mesías, es el Ungido para “ser entregado” (Lc 22, 19), “Este es mi cuerpo entregado por vosotros” (Lc 22,19), proclama Jesús en la última Cena. Tras el rechazo tanto de los jefes como del mismo pueblo de Israel, el Mesías se convierte en el que se inmola. Después de la confesión de Pedro: “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo” (Mt 16, 18), comienza el anuncio de su pasión: “Desde entonces, empe-

zó Jesús a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén, y padecer mucho a manos de los senadores, sumos sacerdotes y letrados, y ser ejecutado y resucitar al tercer día” (Mt 16, 21). Ni siquiera sus discípulos comprenden que el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres (Cf. Lc 9. 43-45). Tres veces anota el evangelista que no entienden este lenguaje y, además, no se atreven a preguntar.

Escuchemos a San Cirilo de Jerusalén que subraya el hecho de que Jesús va a la pasión libremente, contento, consciente y gozoso: «*Él no perdió la vida coaccionado ni fue muerto a la fuerza, sino voluntariamente. Oye lo que dice: “soy libre para dar mi vida y libre para volverla a tomar. Tengo poder para entregar mi vida y tengo poder para recuperarla” (Jn 10,17-18). Fue, pues, a la pasión por su libre determinación, contento con la gran obra que iba a realizar, consciente del triunfo que iba a obtener, gozoso por la salvación de los hombres; al no rechazar la cruz, daba la salvación al mundo. El que sufría no era un hombre vil, sino el Dios humanado, que luchaba por el premio de su obediencia*»⁶.

Dios Padre «tanto amó al mundo que no dudó en entregar a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna», dice Juan evangelista (Jn 3,16). Los Sinópticos, por su parte, insisten en que «era necesario» que el Mesías padeciese. Recordemos el episodio de Emaús: «¿No tenía que sufrir el Mesías todo esto antes de ser glorificado?» (Lc 24, 26). Y los anuncios de la Pasión dan a entender que nada ocurre por casualidad, sino que todo estaba previsto (cf Mc 8, 31; 9,31; 10,33). Era la previsión de Aquel que, en su sabiduría, se había adelantado a amarnos, a solidarizarse con nuestra suerte... El Padre estaba implicado en la entrega de su Hijo. No era algo ajeno a su voluntad. Pero, viniendo del Padre, sólo una podía ser la razón de esta entrega: su amor incondicional. S. Pablo en Rom 8,32, hace del Padre el sujeto mismo de la entrega de su Hijo: «El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por nosotros, ¿cómo no nos dará graciosamente todas las cosas juntamente con él?». Libre y gratuitamente entregó al Hijo. El Padre se muestra como sujeto de esta acción portentosa. Y lo hizo por amor, como gracia, regalo o don. No podía ser de otro modo, teniendo en cuenta que «Dios es Amor» (1 Jn 4, 8. 16)⁷.

La cruz de Cristo es el testimonio de la fuerza del mal contra Aquel que no conoció el pecado, pero al que “Dios lo hizo pecado en favor nuestro” (2 Cor.5, 21). “¿Dónde está tu Dios?” es una pregunta lacerante, que dirigían a los judíos los enemigos ante las deportaciones, sufrimientos y calamidades padecidos. La misma pregunta que podía escuchar o hacerse personalmente

un israelita fiel en presencia de las desgracias que le afligían. ¿Dónde estaba Dios mientras moría Jesús en la cruz en medio de atroces tormentos? ¿Por qué Dios callaba? ¿No se enteraba de lo que padecía su hijo? ¿Por qué lo abandonaba? San Pablo responde así: “Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo” (2Co 5,19). Dios es omnipotente, sufre con nosotros en la tribulación, es compasivo y misericordioso, es amor que padece con los heridos; la omnipotencia del amor de Dios aparece en la debilidad que acompaña en la cruz; es un amor que sabe esperar el momento de actuar salvando, haciendo justicia, resucitando. “Sobre Jesús en su pasión escribe el autor de la carta a los hebreos: “Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, cuando en su angustia fue escuchado. Él, a pesar de ser Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna” (Hb 5,7-9). ¿Cómo fue escuchado Jesús? Dios Padre no lo libró de la muerte, pero le dio la fuerza para entrar en su pasión, recorrerla desde el principio hasta el final y morir en la cruz poniendo su espíritu y su vida en manos del Padre. Dios nos escucha también sosteniéndonos en la oscuridad, en las pruebas y por el sufrimiento. Jesús, siendo Hijo, aprendió a obedecer y fue perfeccionando por el sufrimiento. El dolor es escuela de humildad, de sabiduría y de paciencia (Cf. Sal 119,65ss). Cuando no dominemos las situaciones, cuando temamos que las cosas se vayan de las manos, pidamos también entonces a Dios, que nos acompaña en el valle de tinieblas. Paradójicamente, Jesús es autor de salvación eterna a través de la cruz; y nosotros también podemos vencer apoyándonos en Dios para entrar en lo desconocido e imponente”⁸.

2. La cruz, expresión de la humillación y el rebajamiento de Jesús

El amor misericordioso del Padre y del Hijo hacia nosotros alcanza su cima contemplando el misterio de la Cruz. Porque el Padre entrega generosamente a su Hijo y el Hijo se entrega totalmente a los designios del Padre. Así lo expresa San Agustín, parafraseando a San Pablo y a San Juan: “¡Oh cómo nos amaste, Padre bueno, ‘que no perdonaste a tu Hijo único, sino que le entregaste por nosotros, impíos!’ (cf. Rom 8, 32) ¡Oh cómo nos amaste, haciéndose por nosotros, ‘quien no tenía por usurpación ser igual a ti, obediente hasta la muerte de cruz, siendo el único libre entre los muertos (cf. Fil 2, 6), teniendo potestad para dar su vida y para nuevamente recobrarla’ (cf. Jn 10, 18). Por nosotros se hizo ante ti vencedor y víctima, y por eso vencedor,

por ser víctima; por nosotros sacerdote y sacrificio ante ti, y por eso sacerdote, por ser sacrificio, haciéndonos para ti de esclavos hijos, y naciendo de ti para servirnos a nosotros”. Jesús nos ha traído la misericordia del Padre descendiendo, rebajándose hasta humillarse pasando por la muerte y una muerte de cruz. Así ha quedado patente que es manso y humilde de corazón. La misericordia del Padre manifestada en Cristo Jesús no es una misericordia arrogante, ni se ha manifestado desde la altura como si quisiera mantener las distancias, sino que aparece sencilla y fraterna, sin diluirse en el puro sentimentalismo humano: la transcendencia permanece en el seno mismo de la condescendencia.

En la cruz el poder de Dios se torna ‘debilidad’. El verdadero amor no domina, es entrega callada, sacrificada, manos abiertas y traspasadas. En la cruz la sabiduría de Dios es para muchos «necedad». Porque es búsqueda de los últimos, de los pequeños y perdidos. El poder, lejos del servicio que simboliza la cruz, puede ser tiranía, provecho propio, atropello de lo ajeno. La sabiduría que no entiende de una entrega generosa, es engreimiento vacío. En la cruz entendemos que los caminos de Dios no son nuestros caminos. En la cruz, Dios nos confunde, nos descoloca humanamente. Calla el Dios de los filósofos y se nos manifiesta el Dios más humanamente humano que pueda pensarse, el Padre de nuestro Señor Jesucristo.

3. El escándalo de la Cruz

En el suplicio de la cruz, Jesús no encontró misericordia humana. Dios parece que abandonaba a Jesús: “Dios mío, ¿Por qué me has abandonado?” (Mc.15, 34). Ante el grito angustiado de Jesús, Dios Padre parece que no responde. Los discípulos se han dispersado, sus adversarios parecen vencedores, la causa del Reino por la que ha trabajado tanto parece perdida para siempre y su vida está a punto de extinguirse. Y su Padre calla, pero está cerca. No lo abandona, está junto a la cruz de Jesús, pero calla y no interviene.

Jesús atraviesa su ‘noche oscura’. La noche en la Escritura es el tiempo de la impotencia, del dolor, de la dificultad del combate espiritual (Gen 32,25). De noche y a escondidas se acerca Nicodemo a Jesús por miedo a los judíos; de noche sale del cenáculo Judas para traicionar a Jesús (Jn. 13, 30). Pero también la noche puede preparar el día radiante de luz. Pasando por la noche oscura se llega a una vida nueva. Madre Teresa de Calcuta también tuvo que atravesar su ‘noche oscura’: “Hay tanta contradicción en mi alma, un profundo anhelo de Dios, tan profundo que produce dolor, un sufrimiento conti-

nuo, y con esto el sentimiento de no ser amada por Dios, rechazada, vacía, sin fe, sin amor, sin celo. El cielo no significa nada para mí, se me presenta como un lugar vacío”⁹. Pero llega el momento en que la noche se convierte en tiempo y camino para el encuentro con el Esposo que une consigo y en el abrazo transforma el alma, como bien canta S. Juan de la Cruz: “¡Oh noche que guiaste!./ ¡Oh noche amable más que la alborada!/ ¡Oh noche que juntaste Amado con amada,/ amada en el Amado transformada!”¹⁰. Por eso en la Vigilia proclamamos con la Iglesia: “¡Qué noche tan dichosa!”.

Dios no interviene de manera brusca en la historia, no irrumpe de un modo clamoroso y casi mágico. Nos cuesta aceptar que Dios acompaña silenciosamente al hombre cuando sufre. Nos resulta laborioso asimilar que el Señor está presente en la Iglesia bajo el signo de la cruz. Sin embargo, Dios no abandona nunca. Y nunca estuvo más cerca de su Hijo que cuando estuvo clavado en la cruz.

Podemos preguntarnos: en definitiva ¿por qué muere Jesús? Pues, en primer lugar, Cristo afronta la muerte por fidelidad al Padre; porque tiene que dar un “sí” total y radical al Padre en coherencia con su misión, con lo que ha vivido y predicado. En segundo lugar, Jesús muere por dar un «no» radical a los poderes de este mundo. Ahora bien, este «sí» de Cristo al Padre lleva aparejado, también, un «sí», una entrega total a la humanidad. Fidelidad de Cristo a aquellos que él colocó en un primerísimo lugar en el reino de su Padre: a los pobres y a los débiles, a los niños y a las mujeres, a los socialmente excluidos¹¹.

El historiador inglés Tom Holland, con la autoridad de quien lleva toda su vida sumergido en la mentalidad de los antiguos, escribe: “En el mundo antiguo el papel de los dioses era mantener el orden del universo infligiendo castigos... no sufrirlos ellos mismos”. Por eso, “la noción de que un dios podía sufrir tortura y muerte en una cruz era tan chocante como para parecer repulsiva. A nosotros, nuestra familiaridad con la narración bíblica de la crucifixión nos dificulta entender hasta qué punto Cristo era una deidad completamente novedosa”. “Jesús, la figura de Cristo, funcionó frente a la crueldad de los dioses griegos, los del mundo clásico. Me gustó la idea de una fe que tiene en su centro una deidad omnipotente que es humillada y machacada, porque eso canaliza el tipo de miedo que tengo a cómo funciona el mundo, a la crueldad del mundo”.

II DIMENSIÓN GLORIOSA DE LA CRUZ DE JESUCRISTO

La cruz no ha sido nunca un símbolo exclusivamente decorativo. En tiempos de Jesús representaba una de las formas de ajusticiar que más deshonra y sufrimiento provocaban. Tanto es así que los ciudadanos romanos no podían morir crucificados. La cruz muestra la fuerza del pecado que está en la Ley (1 Cor. 15). Pero la Ley, como dirá San Pablo a los Romanos, no ha sido creada para matarnos; ha sido el hombre, engañado por el diablo, el que ha utilizado la Ley para matar al otro, para ajusticiar al otro. Cristo nos ha rescatado del pecado y por eso cantamos en la noche de Pascua: “Oh feliz culpa que mereció tan gran redentor”. La Cruz, después de resucitar Jesucristo, viene a ser una síntesis teológica y catequética que nos revela la victoria del bien sobre el mal, que nos habla no sólo de Adán y Eva, sino sobre todo del Nuevo Adán y de la Nueva Eva. Por eso S. Pablo exclama: «En cuanto a mí, Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo» (Gal 6,14). El prefacio de la Misa de la Exaltación de la Santa Cruz sintetiza muy bien el misterio de la cruz como instrumento de salvación: “Porque has puesto la salvación del género humano en el árbol de la cruz, para que donde tuvo origen la muerte, de allí resurgiera la vida; y el que venció en un árbol fuera en un árbol vencido”.

“Mirad el árbol de la cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo. Venid a adorarlo”. Ésta es la invitación que la Iglesia hace a todos, ministros y fieles, en la celebración de la pasión del Señor la tarde del Viernes Santo. Y hará de nuevo uso del canto durante el tiempo pascual para proclamar: “Resucitó el Señor del sepulcro, que por nosotros colgó en el madero. Aleluya” (Cf. Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistía*, n. 4). Al alba del tercer día, la cruz de Cristo, hasta entonces instrumento de muerte y escarnio, reventó en vida y en resurrección. El amor siempre es luz y vida. Y el árbol de la cruz floreció hasta la eternidad. La Resurrección es el misterio que lo resume todo. “Si Cristo no ha resucitado vuestra fe no tiene sentido, seguís estando en vuestros pecados [...]. Pero Cristo ha resucitado de entre los muertos y es primicia de los que han muerto” (1 Cor 15, 17-20).

El misterio para el cristiano no es un enigma que pide ser descifrado. Ni tampoco un problema que reclama ser resuelto. El misterio no está en contra, sino por encima de cualquier razonamiento, de cualquier pretensión de

querer dominarlo. Ante el misterio, desde luego, no abandonamos la razón. Sólo nos ponemos en las manos de Dios Padre a quien no siempre comprendemos del todo, pero que sabemos que nos ama... La cruz de su Hijo es ante todo, misterio, misterio desnudo. No pretendamos, pues, abarcarlo. Arrodillemos ante ella, y adoremos a Aquel que murió en ella y le ha dado sentido. Por eso, la Iglesia canta en tiempo de Pasión: *Fulget crucis mysterium!* Es el encabezamiento de un himno: «¡Resplandece el misterio de la cruz!»¹².

Ahora bien, el misterio de la cruz no ofusca ni ciega. Sólo brilla. Merece la pena contemplarlo porque a su resplandor podemos adentrarnos un poco en las entrañas de Dios. Tendríamos que preguntarle al Señor: ¿Qué nos has querido revelar, oh Dios, por medio de la cruz de tu Hijo? Lo que nos ha revelado es sin duda alguna algo muy importante para nuestra vida. Cristo, ante todo en su cruz, nos ha revelado el perdón, la generosidad sin límites, la fidelidad al Padre. El sacrificio va unido aquí al amor. Un sufrimiento sin amor no merece la pena. Hay que decir que sólo el amor da sentido al sufrimiento. Cuando el Hijo de Dios se abraza a nuestros sufrimientos, nos está diciendo: «Ánimo, sigo a tu lado también en la dificultad».

Jesús no huyó cuando tuvo que mostrar, con el sacrificio de su vida, que el amor y la fidelidad son más fuertes que la muerte. Aunque se tratara de una muerte cruel y despiadada como la suya. Cristo fue fiel a su Padre hasta el final, hasta subir al madero de la cruz. Por eso el Padre lo exaltó, reconoció su entrega total y en la mañana de Pascua lo resucitó y vive para siempre. El amor de Dios, paradójicamente, resplandece en la cruz de su Hijo como un faro que no se apaga¹³.

San Pedro Crisólogo (380-450), Obispo de Rávena en Italia, Doctor de la Iglesia, fue llamado *Crisólogo* (palabra de oro), por sus dotes oratorias. Sus Sermones –se conservan 725– se difundieron por toda la Iglesia de Occidente. En este bellissimo texto que transcribo a continuación nos exhorta a acudir a Dios como Padre y a no dejarnos confundir por los inmensos dolores de su Pasión porque sus llagas no le producen dolor, sino que permanecen abiertas para introducirnos en ellas:

“Os exhorto, por la misericordia de Dios, nos dice San Pablo [Rm 12,1]. Él nos exhorta, o mejor dicho, Dios nos exhorta, por medio de él. El Señor se presenta como quien ruega, porque prefiere ser amado que temido, y le agrada más mostrarse como Padre que aparecer como Señor. Dios, pues, suplica por misericordia para no tener que castigar con rigor.

Escucha cómo suplica el Señor: «*Mirad y contemplad en mí vuestro mismo cuerpo*, vuestros miembros, vuestras entrañas, vuestros huesos, vuestra sangre. Y si ante lo que es propio de Dios teméis, ¿por qué no amáis al contemplar lo que es de vuestra misma naturaleza? Si teméis a Dios como Señor ¿por qué no acudís a él como Padre?

Pero quizá sea la inmensidad de mi Pasión, cuyos responsables fuisteis vosotros, lo que os confunde. No temáis. Esta cruz no es mi agujón, sino el agujón de la muerte. Estos clavos no me infligen dolor, lo que hacen es acrecentar en mí el amor por vosotros. Estas llagas no provocan mis gemidos, lo que hacen es introducirnos más en mis entrañas. Mi cuerpo al ser extendido en la cruz os acoge con un seno más dilatado, pero no aumenta mi sufrimiento. Mi sangre no es para mí una pérdida, sino el pago de vuestro precio.

Venid, pues, retornad y comprobaréis que soy un padre, que devuelvo bien por mal, amor por injurias, inmensa caridad como paga de las muchas heridas». [...] Dios quiere tu fe, no desea tu muerte; tiene sed de tu entrega, no de tu sangre; se aplaca, no con tu muerte, sino con tu buena voluntad”¹⁴.

1. El triunfo de la Cruz

Para S. Cirilo de Jerusalén todos los milagros de la vida pública de Jesús como la multiplicación de los panes, la resurrección de Lázaro, etc... son “un orgullo para la Iglesia católica” pero sus beneficios aislados no pueden compararse “a la gloria de las glorias que es la Cruz” porque el triunfo de la Cruz desató a todos aquellos que retenía la culpa, y rescató a toda la humanidad”. Por ese motivo la decimotercera catequesis bautismal – ya citada (XIII, 1) – está totalmente consagrada al misterio de la Cruz.

S. Cirilo afirma sin dudar: “Cristo por elección a su Pasión, feliz de su hazaña, sonriendo a la corona, encantado de salvar a la humanidad – y no avergonzándose de la Cruz porque salvaba la tierra entera. El hombre que abordaba el sufrimiento no era un hombre ordinario, sino un Dios hecho hombre”¹⁵.

La liturgia de la Iglesia católica continúa transmitiendo a los fieles esta visión de la Cruz como victoria, triunfo y por tanto fuente de gozo. Durante los primeros siglos de la historia cristiana, los bautizados reaccionaron contra la tentación de avergonzarse de la Pasión de Jesús exaltándola. El conjunto de la vida cristiana era considerada como una “exaltación de la Cruz; había ahí un factor dominante de la espiritualidad patristica. El prestigioso teólogo

dominico Reginald Garrigou-Lagrange sostiene que la Resurrección era percibida como el “signo visible de la invisible victoria de la Cruz” actualmente, por el contrario, numerosos cristianos parecen considerar su cruz cotidiana como una derrota, como un fardo muy pesado para cargar, más que como un yugo ligero para ser llevado en acción de gracias. Nada parece, pues, más urgente que ayudar, apoyándose en los Padres y la liturgia, a los discípulos del Crucificado a retomar conciencia de que, ya antes de la Resurrección, la Cruz es victoria. “Cuando tengas que discutir con los incrédulos sobre la Cruz de Cristo no tengas vergüenza, la Cruz es gloria, no un deshonor”.

En otros términos, los Padres, en su catequesis sobre la Pasión, nos ayudan a considerar, más allá de las apariencias, los efectos reales de la Pasión en el destino de cada uno y de la humanidad entera. De ahí el interés de S. Cirilo por el buen ladrón. “Uno de los ladrones se unía a las injurias de los judíos mientras que el otro reprendía al ofensor; para él era el fin de la vida, pero el comienzo de su enderezamiento; entregaba el alma y recibía la salvación. Luego de haber reprendido al otro, dijo “Acuérdate de mí, Señor”, no pongas atención en aquel cuyos ojos de su inteligencia están ciegos, sino “acuérdate de mí, tu compañero de ruta, heme aquí tu compañero de ruta hacia la muerte: “acuérdate de mí, tu compañero de viaje; no digo ahora, sino “cuando estés en tu reino”. Cirilo se vuelve entonces hacia el ladrón: “¿Qué potencia te iluminó, oh ladrón? ¿Quién te enseñó a adorar al ser despreciado y crucificado contigo? ¡Oh Luz eterna que ilumina las tinieblas!”. Luego Cirilo continúa representándose el diálogo de Cristo con el ladrón: “Ten valor, no que tus obras sean capaces de darte valor sino porque aquí está el Rey que te favorece. La pregunta admitía una larga espera, pero la gracia fue rapidísima: “En verdad te digo, hoy día estarás conmigo en el Paraíso”, porque hoy día escuchaste mi voz y no endureciste tu corazón. Estuve presto a condenar a Adán, estoy presto a darte mi favor... Para ti, que hoy obedeciste a la fe, hoy la salvación es tu heredad... ¡Oh gracia inmensa e inexplicable: Abraham, el creyente por excelencia no había entrado todavía, y el ladrón entra, el hombre de la hora undécima... No presto atención a la obra, sino que me contenté con acoger la fe¹⁶. Para Cirilo, el buen ladrón se vuelve, pues, un ejemplo elocuente de la doctrina paulina de la justificación por la fe, operante bajo el imperio de la caridad (Cf. Gal 3, 9; 5, 6). Interpretación aceptable si no se olvida que Lucas, narrador del incidente relativo al buen ladrón, era un discípulo de Pablo.

La contemplación creyente de la Pasión de Jesús hace de Cirilo un apóstol del signo de la Cruz: “No nos ruboricemos de la Cruz de Cristo, aun si otro la esconda, tu márcala visiblemente sobre tu frente con el fin de que los

demonios, a la vista de este signo real, huyan lejos, aterrorizados. Traza este signo al momento de comer y de beber, de levantarte, de caminar, en fin, en toda acción. Porque quien fue crucificado aquí está en los cielos... Cuando los demonios ven la cruz, recuerdan al Crucificado. Temen a Aquél que aplastó las cabezas del dragón”¹⁷.

En S. Cirilo, la explicación del Símbolo se convierte en pedagogía con miras a un crecimiento en la fe, como en la caridad hacia el Señor crucificado y sus amigos en humanidad, frente a los cuales hace falta dar testimonio para atraerlos a la fe. El catequista de Jerusalén suscita en sus oyentes el deseo de ser crucificados con Cristo: “Jesús fue crucificado por ti a pesar de su inocencia, ¿no serás crucificado por Aquél que fue crucificado por ti? No concedes un favor, pagas tu deuda a Aquél que fue crucificado por ti sobre el Gólgota” (XIII, 23).

2. ¿Qué significa gloria en la Biblia?

La palabra ‘gloria’, en hebreo kabod, aparece 199 veces en el Antiguo Testamento. Los Setenta la traducen por el griego ‘doxa’. Este último término sufre en la Biblia una gran variación en cuanto al significado y adquiere un sentido religioso. En el Nuevo Testamento aparece 116 veces. La gloria de Dios está constituida por su mismo ser: “Yo soy el que soy” (Ex. 3,14). Es potencia, esplendor, misterio que genera sorpresa, admiración y, a veces estupor, respeto y temor. Pero la manifestación de Dios es siempre misericordia. La gloria de Dios se manifiesta en las grandes obras en favor de su pueblo como la creación, la liberación de Egipto, el éxodo, el don de la Ley: “los cielos narran la gloria de Dios” (Sal. 19). El Dios glorioso se hace cada vez más el Dios misericordioso de un resto de Israel pequeño y humillado: “Tu eres mi siervo, Israel, sobre el que yo manifestaré mi gloria” (Is. 49,31). La gloria, por tanto, en su sentido primigenio, conlleva un doble movimiento: mostración deslumbrante y atracción fascinadora; realidad luminosa en el orden exterior y alumbramiento interior del sujeto que queda atraído para poder conocerla; esplendor exterior y luz interior. La gloria de Dios no se deduce ni se demuestra, se muestra, se impone sin argumentos, sin armas desarma, sin lazos sujeta, sin yugo subyuga.

En los Sinópticos la gloria de Dios se manifiesta en la Pascua, en la resurrección y en la Parusía: “¿No era necesario que el Mesías padeciese para entrar en su gloria?” (Lc 24,26). Para Pablo la humanidad de Jesucristo, sometida a las consecuencias del pecado en su vida mortal, ha sido resucitada para

gloria del Padre (Rom 6,4), “la gloria divina refulge en el rostro de Cristo” (2Cor 4,6). Aunque la gloria de Cristo se manifiesta en la Transfiguración y en algunos milagros, siempre lo hace bajo el signo de la reserva y del ocultamiento. En el evangelio de San Juan la gloria del Padre se manifiesta en Jesús de una forma plena: “Hemos contemplado su gloria, como de Hijo unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” (Jn 1,14) y el término ‘gloria’ adquiere un significado más profundo. Como bien sabemos la Pasión para Juan coincide con su ‘exaltación’ y ‘glorificación’, en la cruz Jesucristo reina como en su trono, porque ella misma es la manifestación suprema de obediencia al Padre y de amor a los hombres. Por medio de ella, Jesús glorifica al Padre y manifiesta su Nombre (Jn 12,28; 13,31-32; 17,1-6). Jesús renuncia a la ‘gloria’ que los hombres le pueden dar y se ocupa únicamente de la gloria que le da su Padre.

3. La cruz gloriosa o la exaltación de la cruz

En el siglo IV la cruz se convirtió en el símbolo predilecto para representar a Cristo y su misterio de salvación. Gracias a Constantino y a su madre Elena la atención de los cristianos a la cruz fue creciendo, de tal modo que desde el siglo V en Oriente y desde el VII en Occidente se celebra el 14 de septiembre la fiesta de la Exaltación de la Cruz.

En un principio las representaciones artísticas ofrecían un Cristo glorioso, vestido con larga túnica y corona real. Aun estando en la cruz es el Vencedor del pecado y de la muerte. Más adelante, la espiritualidad de la Edad Media le representará en su estado de sufrimiento y de dolor. La tradición artística representa a Cristo crucificado por nuestras culpas, como lo profetizó Isaías en su visión del “Siervo de Yahvé” (Is. 53), pero al mismo tiempo vencedor sobre el pecado y la muerte, de tal modo que el que crea obtendrá la salvación, como insiste San Pablo en la carta a los Romanos.

La cruz que se debería usar generalmente es una cruz elevada. ¿Por qué una cruz elevada? Una de las respuestas la encontramos en el libro de los Números, en un relato en el que los israelitas son atacados por serpientes enviadas por Dios para castigar la murmuración de su pueblo, fruto de su rebeldía. Moisés, intercediendo por el pueblo, pide a Dios un remedio que permita sobrevivir a los que han sido mordidos, y el Señor le responde: “Hazte un serpiente de bronce y ponla sobre un mástil. Todo el que haya sido mordido y la mire, vivirá” (Num.21, 8). De la misma manera que todo israelita que mirara la serpiente colgada del mástil quedaba sano, así todo aquel que

mira la cruz elevada recibe la salvación, porque experimenta dentro de sí el perdón de los pecados. Y como Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre (Jn 3, 14).

Desde el siglo IV la cruz se ha convertido en la insignia de los cristianos. Pero la cruz es mucho más que un símbolo o una imagen. La cruz tiene un sentido y una dimensión muy profunda en nuestra vida: nos recuerda que Dios nos amó hasta el extremo. Él nos ha abierto personalmente el camino de la reconciliación con Dios. Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. Él soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados (Is 53, 5). Es decir, Dios mismo carga con nuestras culpas, muere, y resucita regalándonos la vida eterna. Y de esta forma nos da la posibilidad de poder asumir la cruz en nuestra vida de cada día. Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna (Jn 3, 16).

Nuestras culpas han sido pagadas por el crucificado. Nuestros sufrimientos han adquirido un sentido nuevo en la cruz de Cristo. Nuestra muerte física ha sido vencida porque Jesús ha muerto en la cruz y con su sacrificio, representado en muchas de las cruces que vemos en las Iglesias, nos ha dado a nosotros la vida, y nos ha reconciliado con Dios. Gracias a su sacrificio, la cruz que antes era un símbolo de muerte, es ahora un símbolo glorioso del amor de Dios, y de la resurrección que nos da la Vida.

Pero todo esto sucede en el ámbito del misterio. Por eso no es extraño que los que no tienen fe no quieran interpretar este signo: para ellos sigue siendo símbolo de sufrimiento y muerte. La predicación de la cruz sigue siendo, como en tiempos de S. Pablo, una locura para los que se pierden; pero para los que se salvan -para nosotros- es fuerza de Dios (1 Cor 1, 13). A nosotros los cristianos, nos recuerda siempre que la muerte ha sido vencida, como nos indica el Papa Francisco: La cruz de Jesús expresa dos cosas: Toda la fuerza negativa del mal, y toda la omnipotencia de la misericordia de Dios. La Cruz parece declarar la quiebra de Jesús, pero en realidad marca su victoria. Por eso, para los cristianos la cruz es una Cruz Gloriosa, una cruz donde se ha hecho presente que Dios nos ha amado hasta el extremo.

4. Los santos padres hablan de la cruz gloriosa de Jesucristo

En este apartado no vamos a mencionar a S. Cirilo de Jerusalén, S. Pedro Crisólogo y a S. Efrén de quienes ya hemos hablado. Sí hemos de comenzar señalando que los Santos Padres desarrollaron el significado de la cruz “como

instrumento de la divina obra salvífica comparando la cruz con el paradisíaco árbol de la vida, el arca de Noé, la leña del sacrificio que Isaac llevó al monte Moria, la escala de Jacob, la vara de Moisés y la serpiente de bronce. Estos motivos dieron juego en la catequesis de la época como parte de la liturgia del Bautismo y de la Eucaristía”¹⁸.

La cruz, en efecto, es fuente de salvación. Pero hoy no es fácil aceptar el mensaje de la salvación, que brota de la cruz, como no lo fue para los judíos y griegos. El desarrollo de la ciencia y de la técnica, la ingenua esperanza de llegar a dominar la naturaleza y regir los destinos del universo, llevan al hombre de hoy a rechazar al Salvador. La implantación de un modelo de vida dominado por el consumismo y el disfrute a toda costa, lleva a muchos hombres y mujeres, incluso bautizados, a prescindir en la práctica de Dios y de su salvación tanto en su vida pública como en la privada. Más aún, estamos llegando a unas formas de vida en las que el hombre pierde la capacidad de preguntarse por el origen y el último sentido de su vida, de dónde venimos y a dónde vamos. La cultura pública occidental moderna se aleja consciente y decididamente de la fe cristiana y camina hacia un humanismo sin Dios.

Como consecuencia de estos fenómenos, levemente apuntados, nace un tipo de hombre desconfiado, pragmático, amigo de disfrutar del mundo y de la vida, sin poner la confianza en la salvación, que Dios nos brinda en su Hijo Jesús Salvador del mundo. Este tipo de hombre, ampliamente difundido entre nosotros, es más propenso a la incredulidad y agnosticismo que a la fe, al pragmatismo que a la esperanza, al egoísmo narcisista que al amor y a la solidaridad.

San Ignacio de Antioquía (+117) da gracias a Jesucristo porque los cristianos de Esmirna viven “clavados en la cruz de Cristo..., arraigados en amor en la sangre de Cristo..., verdaderamente clavado en la cruz por amor a nosotros..., de cuya bienaventurada pasión somos fruto”: “Doy gracias a Jesucristo, el Dios que os concede tal sabiduría; porque he percibido que estáis afianzados en fe inamovible, como si estuvierais clavados a la cruz del Señor Jesucristo, en carne y espíritu, y firmemente arraigados en amor en la sangre de Cristo, firmemente persuadidos por lo que se refiere a nuestro Señor que El es verdaderamente del linaje de David según la carne, pero Hijo de Dios por la voluntad y el poder divinos, verdaderamente nacido de una virgen y bautizado por Juan para que se cumpliera en El toda justicia, verdaderamente clavado en cruz por amor a nosotros bajo Poncio Pilato y Herodes el Tetrarca – de cuya bienaventurada pasión somos fruto-, para que El pueda alzar un estandarte para todas las edades por medio de su resurrección, para sus santos

y sus fieles, tanto si son judíos como gentiles, en el cuerpo único de su Iglesia”¹⁹.

San Clemente Romano (+101) nos hace esta invitación: «Fijémonos atentamente en la sangre de Cristo y reconozcamos cuán valiosa es a los ojos de Dios y Padre suyo, ya que, derramada por nuestra salvación, ofreció a todo el mundo la gracia de la conversión»²⁰.

Ninguno puede llegar al Reino de Cristo, afirma *San Cipriano* (+258), si no es siguiendo sus huellas: aborreciéndose a sí mismo para conseguir la vida eterna: «*Como sabéis, desde el comienzo del mundo las cosas han sido dispuestas de tal forma que la justicia sufre aquí una lucha con el siglo. Ya desde el mismo comienzo, el justo Abel fue asesinado, y a partir de él siguen el mismo camino los justos, los profetas y los apóstoles. El mismo Señor ha sido en sí mismo el ejemplar para todos ellos, enseñando que ninguno puede llegar a su reino sino aquellos que sigan su mismo camino: “El que se ama a sí mismo se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo se guardará para la vida eterna” (Mt 16,24-25)*»²¹.

¿Cuál es el motivo –se pregunta *S. Basilio Magno* (+379)- por el que Cristo sufrió la pasión y llegó a la resurrección: salvar al hombre y llevarle a la familiaridad con Dios recuperando su condición de hijo adoptivo: «Nuestro Dios y Salvador realizó su plan de salvar el hombre levantándolo de su caída y haciendo que pasara del estado de alejamiento, al que le había llevado su desobediencia, al estado de familiaridad con Dios. *Éste fue el motivo de la vida de Cristo en la carne, de sus ejemplos de vida evangélica, de sus sufrimientos, de su cruz, de su sepultura y de su resurrección: que el hombre, una vez salvado, recobrara, por la imitación de Cristo, su antigua condición de hijo adoptivo*»²².

San Agustín (+430) destaca que Cristo llegó a ser vencedor de la muerte porque por amor a Dios y a los hombres fue víctima de ella, sacerdote del sacrificio que fue él mismo: «*¡Oh, ¡cómo nos amaste, Padre bueno, que “no perdonaste a tu Hijo único, sino que lo entregaste por nosotros”, que éramos impios (Rm 8,32)!... Por nosotros se hizo ante ti vencedor y víctima: vencedor, precisamente por ser víctima. Por nosotros se hizo ante ti sacerdote y sacrificio: sacerdote, precisamente del sacrificio que fue él mismo. Siendo tu Hijo, se hizo nuestro servidor, y nos transformó, para ti, de esclavos en hijos. Con razón tengo puesta en él la firme esperanza de que sanarás todas mis dolencias por medio de él, que está “sentado a tu diestra y que intercede por nosotros” (Rm 8,34)*»²³.

San León Magno (+461) subraya que la pasión y crucifixión del Señor es la hora de su glorificación: “Que nuestra alma, iluminada por el Espíritu de verdad, reciba con puro y libre corazón la gloria de la cruz que irradia por cielo y tierra, y trate de penetrar interiormente lo que el Señor quiso significar cuando, hablando de la pasión cercana, dijo: *Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del Hombre*. Y más adelante: *Ahora mi alma está agitada, y, ¿qué diré? Padre, librame de esta hora. Pero si por esto he venido, para esta hora, Padre, glorifica a tu Hijo*. Y como se oyera la voz del Padre, que decía desde el cielo: *Lo he glorificado y volveré a glorificarlo*, dijo Jesús a los que le rodeaban: *Esta voz no ha venido por mí, sino por vosotros. Ahora va a ser juzgado el mundo; ahora el Príncipe de este mundo va a ser echado fuera. Y cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí*.

¡Oh admirable poder de la cruz! ¡Oh inefable gloria de la pasión! En ella podemos admirar el tribunal del Señor, el juicio del mundo y el poder del Crucificado. Atrajiste a todos hacia ti, Señor, porque la devoción de todas las naciones de la tierra puede celebrar ahora con sacramentos eficaces y de significado claro, lo que antes solo podía celebrarse en el templo de Jerusalén y únicamente por medio de símbolos y figuras. Ahora, efectivamente, brilla con mayor esplendor el orden de los levitas, es mayor la grandeza de los sacerdotes, más santa la unción de los pontífices, porque tu cruz es ahora fuente de todas las bendiciones y origen de todas las gracias: *por ella los creyentes encuentran fuerza en la debilidad, gloria en el oprobio, vida en la misma muerte*¹²⁴.

San Andrés de Creta (+740), nos enseña a comprender que la cruz es el gran tesoro del cristiano y que por eso es grande y preciosa al mismo tiempo: “Por la cruz, cuya fiesta celebramos, fueron expulsadas las tinieblas y devuelta la luz. Celebramos hoy la fiesta de la cruz y, junto con el Crucificado, nos elevamos hacia lo alto, para, dejando abajo la tierra y el pecado, gozar de los bienes celestiales; tal y tan grande es la posesión de la cruz. Quien posee la cruz posee un tesoro. Y, al decir un tesoro, quiero significar con esta expresión a aquel que es, de nombre y de hecho, el más excelente de todos los bienes, en el cual, por el cual y para el cual culmina nuestra salvación y se nos restituye a nuestro estado de justicia original.

Porque, sin la cruz, Cristo no hubiera sido crucificado. Sin la cruz, aquel que es la vida no hubiera sido clavado en el leño. Si no hubiese sido clavado, las fuentes de la inmortalidad no hubiesen manado de su costado la sangre y el agua que purifican el mundo, no hubiese sido rasgado el documento en que constaba la deuda contraída por nuestros pecados, no hubiéramos sido

declarados libres, no disfrutaríamos del árbol de la vida, el paraíso continuaría cerrado. Sin la cruz, no hubiera sido derrotada la muerte, ni despojado el lugar de los muertos.

Por esto, *la cruz es cosa grande y preciosa*. Grande, porque ella es el origen de innumerables bienes, tanto más numerosos, cuanto que los milagros y sufrimientos de Cristo juegan un papel decisivo en su obra de salvación. Preciosa, porque la cruz significa a la vez el sufrimiento y el trofeo del mismo Dios: el sufrimiento, porque en ella sufrió una muerte voluntaria; el trofeo, porque en ella quedó herido de muerte el demonio y, con él, fue vencida la muerte. En la cruz fueron demolidas las puertas de la región de los muertos, y la cruz se convirtió en salvación universal para todo el mundo.

La cruz es llamada también gloria y exaltación de Cristo. Ella es el cáliz rebosante, de que nos habla el salmo, y la culminación de todos los tormentos que padeció Cristo por nosotros. El mismo Cristo nos enseña que la cruz es su gloria, cuando dice: *Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él, y pronto lo glorificará*. Y también: *Padre, glorifícame con la gloria que yo tenía cerca de ti, antes que el mundo existiese*. Y asimismo dice: «Padre, glorifica tu nombre». Entonces vino una voz del cielo: «Lo he glorificado y volveré a glorificarlo», palabras que se referían a la gloria que había de conseguir en la cruz.

También nos enseña Cristo que la cruz es su exaltación, cuando dice: *Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí*. Está claro, pues, que la cruz es la gloria y exaltación de Cristo²⁵.

5. La cruz gloriosa y la sabiduría de los santos

“Los santos –afirmaba Benedicto XVI–, en su experiencia de unión con Dios, alcanzan un ‘saber’ tan profundo de los misterios divinos, en el cual amor y conocimiento se compenetran, que son una ayuda para los mismos teólogos en su compromiso de estudio, de *intelligentia fidei*, de inteligencia de los misterios de la fe”²⁶. Ellos son testigos de que el sufrimiento y el gozo, no sólo pueden coexistir, sino que tiene una secreta afinidad entre sí.

La cruz no está ausente de la celebración de Pascua. Como tampoco está nunca ausente de nuestras vidas cuando vivimos acontecimientos gozosos o dolorosos. En todo tiempo y lugar se nos exhorta a llevar la cruz. Pero no debemos desanimarnos. El gozo no sólo puede coexistir con el sufrimiento, sino que incluso tiene cierta afinidad secreta con él. Las vidas de los santos

son testimonios vivos de esta afirmación. Ellos experimentaban gran alegría y al mismo tiempo gran sufrimiento, porque conformaban sus vidas con la cruz de Cristo. El papa Pablo VI, en su exhortación *Gaudete in Domino*, dedica una sección entera a la “Alegría en el corazón de los santos”. En ella muestra cómo los santos dan testimonio de que “el combate por el Reino incluye necesariamente el paso a través de una pasión de amor”. Todos los seguidores de Cristo sostienen el mismo principio: Por la cruz a la luz (*per crucem ad lucem*), y de este mundo al Padre, en el sopro vivificador del Espíritu.

La Iglesia en la oración del ofertorio de la misa de *San Francisco de Asís* (+1230) dice: «Al presentarte, Señor, nuestras ofrendas, te rogamos nos dispongas para celebrar dignamente el misterio de la cruz, al que se consagró San Francisco de Asís con el corazón abrasado en tu amor» (4 octubre). Y su biógrafo y compañero Tomás de Celano destaca: «Rogaron por aquel tiempo a Francisco sus discípulos que les enseñase a orar... A ello contestó: “cuando oréis, decid: *Padre nuestro*, y también *Adorámoste, Cristo, en todas las iglesias que hay en el mundo entero, y te bendecimos, pues por tu santa cruz redimiste al mundo*”» (*II Vida Tomás de Celano* p.I, c.18, 45). Según el mismo autor, «el santo Padre se vio sellado en cinco partes del cuerpo con la señal de la cruz, no de otro modo que si, juntamente con el Hijo de Dios, hubiera pendido del sagrado madero. Este maravilloso prodigio evidencia la distinción suma de su encendido amor»²⁷.

Con dos razones explica *Santo Tomás de Aquino* (+1274) la necesidad de que Cristo padeciera por nosotros: «¿Era necesario que el Hijo de Dios padeciera por nosotros? Lo era, ciertamente, y por dos razones fáciles de deducir: la una, para remediar nuestros pecados; la otra, para darnos ejemplo de cómo hemos de obrar. Para remediar nuestros pecados, en efecto, porque en la pasión de Cristo encontramos el remedio contra todos los males que nos sobrevienen a causa del pecado. La segunda razón tiene también su importancia, ya que la pasión de Cristo basta para servir de guía y modelo a toda nuestra vida. Pues todo aquel que quiera llevar una vida perfecta no necesita hacer otra cosa que despreciar lo que Cristo despreció en la cruz y apetecer lo que Cristo apeteció. En la cruz hallamos el ejemplo de todas las virtudes»²⁸.

En un clima de oración de alabanza y acción de gracias *Santa Brígida* (+1373) se dirige a Jesucristo diciendo: «Alabanza eterna a ti, mi Señor Jesucristo, por todos y cada uno de los momentos que, en la cruz, sufriste las mayores amarguras y angustias por nosotros, pecadores; porque *los dolores agudísimos* procedentes de tus heridas penetraban intensamente en tu alma bienaventurada y atravesaban cruelmente tu corazón sagrado, hasta que dejó de

latir y exhalaste el espíritu e, inclinando la cabeza, lo encomendaste humildemente a Dios, tu Padre, quedando tu cuerpo invadido por la rigidez de muerte. Bendito seas tú, mi Señor Jesucristo, que con tu sangre preciosa y *tu muerte sagrada* redimiste las almas y, por tu misericordia, las llevaste del destierro a la vida eterna»²⁹.

A *Santa Catalina de Siena* (+1380) en cierta ocasión «un demonio la atacaba diciéndole: “¿qué pretendes, desgraciada? ¿Quieres vivir toda la vida en ese estado miserable [de penitencias]?” Y ella, dispuesta y segura, le contestó: “*por mi alegría he elegido los dolores*. No me es difícil soportar ésta y otras persecuciones en nombre del Salvador, mientras así lo quiera su Majestad. Más todavía, ¡son mi gozo!”» (Beato Raimundo de Capua, OP, su director espiritual: *Legenda maior* 109). Huyó el demonio y la habitación quedó toda iluminada: «en medio de la luz estaba el mismo Jesucristo clavado en la cruz, sangrando como lo estuvo en el tiempo de su crucifixión. Sin bajar de la cruz, llamó a la santa virgen diciéndole: “hija mía, Catalina, ¿ves cuánto he sufrido por ti? No te disguste, por tanto, sufrir por mí”»³⁰.

San Juan de Dios (+1550) en una carta a doña María de Mendoza, afligida por muchas penas, le recomienda: «Confiad sólo en Jesucristo: “maldito sea el hombre que confía en el hombre” [Jer 17,5]; de los hombres has de ser desamparado, que quieras o no; mas de Jesucristo no, que es fiel y durable: *todo perece sino las buenas obras...* No estéis desconsolada, *consolaos con solo Jesucristo; no queráis consuelo en esta vida sino en el cielo*, y lo que Dios os quisiera acá dar dadle siempre gracias por ello. Cuando os vieres apasionada [sufriendo], *recorred a la Pasión de Jesucristo, nuestro Señor, y a sus preciosas llagas y sentiréis gran consolación*. Mirad toda su vida, ¿qué fue sino trabajos para darnos ejemplo? De día predicaba y de noche oraba; pues nosotros, pecadorcitos y gusanitos, ¿para qué queremos descanso y riqueza?, pues que aunque tuviésemos todo el mundo por nuestro no nos haría un punto mejores, ni nos contentaríamos con más que tuviésemos. Sólo aquel está contento que despreciadas todas las cosas ama a Jesucristo. Dadlo todo por el todo que es Jesucristo, como vos lo dais y lo queréis dar, buena Duquesa, y decid que más queréis a Jesucristo que a todo el mundo, fiando siempre en él, y por él queréis a todos para que se salven». San Juan de Dios, a la hora de morir, estando solo, bajó de la cama al suelo, y allí murió de rodillas. Varios testigos oculares que así lo hallaron, dieron de ello testimonio unánime en su Proceso de beatificación.

San Juan de Ávila (+1569), a su vez, pregunta: «¿Quieres, hermano, que tu corazón arda en viva llama de amor de Dios? Toma una rajica [astilla] de la

cruz de Jesucristo. Unos [en la oración] piensan en la creación del mundo, otros en el cielo, otros en diversas cosas buenas; todo es bueno; pero es frío en comparación de la cruz. *La cruz de Jesucristo hace hervir el corazón, arder el ánima en devoción*»³¹.

Santa Teresa de Jesús (+1582) en el último capítulo de su *Vida* declara: «Estaba una vez en oración y vino la hora de ir a dormir, y yo estaba con hartos dolores... me vi tan fatigada que comencé a llorar mucho y a afligirme... Estando en esta pena, me apareció el Señor y regaló mucho, y me dijo que hiciese yo estas cosas por amor de Él y lo pasase, que era menester ahora mi vida. Y así me parece que nunca me vi en pena después que estoy determinada a servir con todas mis fuerzas a este Señor y consolador mío... Y así *ahora no me parece que hay para qué vivir sino para esto*, y [es] lo que más de voluntad pido a Dios. Le digo algunas veces con toda ella: “Señor, o morir o padecer; no os pido otra cosa para mí”. Dame consuelo oír el reloj, porque me parece que me allego un poquito más para ver a Dios, de que veo ser pasada aquella hora de la vida»³².

Santa Teresa es autora del siguiente poema:

*«En la cruz está la vida y el consuelo, y ella sola es el camino para el cielo.
En la cruz está el Señor de cielo y tierra
y el gozar de mucha paz, aunque haya guerra.
Todos los males destierra en este suelo,
y ella sola es el camino para el cielo. [...]
El alma que a Dios está toda rendida,
y muy de veras del mundo desasida,
la cruz le es árbol de vida y de consuelo,
y un camino deleitoso para el cielo. [...]
Después que se puso en cruz el Salvador,
en la cruz está la gloria y el honor,
y en el padecer dolor, vida y consuelo,
y el camino más seguro para el cielo».*

San Juan de la Cruz (+1591), comenta que produce gran alivio andar por la vida abrazado a la cruz de Cristo sin querer ser propietario de nada: «Mi yugo es suave y mi carga ligera [Mt 11,30], la cual es la cruz. Porque si el hombre se determina a sujetarse a llevar esta cruz, [...] hallará grande alivio y suavidad para andar este camino así, desnudo de todo, sin querer nada; empero si pretende tener algo, ahora de Dios, ahora de otra cosa con propiedad alguna, no va desnudo ni negado en todo, y así, ni cabrá ni podrá subir por esta sen-

da angosta hacia arriba»³³. Y con toda razón constata: «La puerta es la cruz, que es angosta, y desear entrar por ella es de pocos, mas desear los deleites a que se viene por ella es de muchos»³⁴.

Santa Rosa de Lima (+1617) hace esta confidencia: «El divino Salvador, con inmensa majestad, me dijo: “que todos sepan que la tribulación va seguida de la gracia; que todos se convenzan que sin el peso de la aflicción no se puede llegar a la cima de la gracia; que todos comprendan que la medida de los carismas aumenta en proporción con el incremento de las fatigas. Guárdense los hombres de pecar y de equivocarse: *ésta es la única escala del paraíso, y sin la cruz no se encuentra el camino de subir al cielo*». «Apenas escuché estas palabras, experimenté un fuerte impulso de ir en medio de las plazas, a gritar muy fuerte a toda persona de cualquier edad, sexo o condición: “Escuchad, pueblos, escuchad todos. Por mandato del Señor, con las mismas palabras de su boca, os exhorto. *No podemos alcanzar la gracia, si no soportamos la aflicción*; es necesario unir trabajos y fatigas para alcanzar la íntima participación en la naturaleza divina, la gloria de los hijos de Dios y la perfecta felicidad del espíritu”»³⁵.

San Luis María Grignon de Montfort (+1717) recuerda lo que supone ser miembros del cuerpo místico de Cristo y discípulos del crucificado: «*Sois miembros de Jesucristo. ¡Qué honor, pero qué necesidad hay en ello de sufrir!* Si la Cabeza está coronada de espinas ¿estarán los miembros coronados de rosas? Si la Cabeza es escarnecida y ensuciada por el barro camino del Calvario ¿se verán los miembros cubiertos de perfumes sobre un trono?... No, no, mis queridos Compañeros de la Cruz, no os engañéis: esos cristianos que veis por todas partes, vestidos a la moda, altivos y engreídos hasta el exceso, no son verdaderos discípulos de Jesús crucificado. Y si pensarais de otro modo, ofenderíais a esa Cabeza coronada de espinas y a la verdad del Evangelio. ¡Ay Dios mío, cuántas *caricaturas de cristianos*, que pretenden ser miembros del Salvador, son sus más alevosos perseguidores!»³⁶.

Dos meses antes de morir, estando *Santa Teresa del Niño Jesús* (+1897) en la enfermería del convento se presentaba como testigo de que Dios le ha concedido una gracia muy particular: encontrar felicidad y alegría precisamente en el sufrimiento: «*He encontrado la felicidad y la alegría aquí en la tierra, pero únicamente en el sufrimiento*, pues he sufrido mucho aquí abajo. Habrá que hacerlo saber a las almas... Desde mi primera comunión, cuando pedí a Jesús que me cambiara en amargura todas las alegrías de la tierra, he tenido un deseo continuo de sufrir. Pero no pensaba cifrar en ello mi alegría. Ésta es una gracia que no se me concedió hasta más tarde»³⁷. Y el mismo día

en que murió confesaba: «Todo lo que he escrito sobre mis deseos de sufrir es una gran verdad... Y no me arrepiento de haberme entregado al Amor»³⁸.

Santa Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein) (+1937), judía conversa y luego carmelita descalza, escribía una meditación el día de *la Exaltación de la Cruz* (14.09. 1939), día en que se renovaban los votos en su comunidad: «Hoy más que nunca la cruz se presenta como un signo de contradicción. Los seguidores del Anticristo la ultrajan mucho más que los persas cuando robaron la cruz [en la batalla de Hattin, 1187]. *Deshonran la imagen de la cruz y se esfuerzan todo lo posible para arrancar la cruz del corazón de los cristianos. Y muy frecuentemente lo consiguen*, incluso entre los que, como nosotras, hicieron un día voto de seguir a Cristo cargando con la cruz. Por eso hoy el Salvador nos mira seriamente examinándonos, y nos pregunta a cada una de nosotras: *¿Quieres permanecer fiel al Crucificado? ¡Piénsalo bien! El mundo está en llamas [cf. Santa Teresa, Camino 1,5], el combate entre Cristo y el Anticristo ha estallado abiertamente. Si te decides por Cristo, te puede costar la vida*».

«*¡Ave Crux, spes unica! El mundo está en llamas. ¿Te sientes impulsada a apagarlas? Mira la cruz. Desde el corazón abierto brota la sangre del Redentor. Haz libre tu corazón con el fiel cumplimiento de tus votos; entonces se derramará en tu corazón el caudal del Amor divino hasta inundar y hacer fecundos todos los confines de la tierra... Son innumerables, grandes y diversos los sufrimientos y males del mundo. Mira al Crucificado... Unida a él eres omnipresente como él. Tú no puedes ayudar como el médico, la enfermera o el sacerdote aquí o allí. En el poder de la cruz puedes estar en todos los frentes, en todos los lugares de aflicción; a todas partes te llevará tu amor misericordioso, el amor del corazón divino, que en todas partes derrama su preciosísima sangre, sangre que alivia, santifica y salva.*

«Los ojos del Crucificado te están mirando, interrogándote y poniéndote a prueba. ¿Quieres sellar de nuevo y con toda seriedad la alianza con el Crucificado? ¿Cuál será tu respuesta? “Señor, ¿a quién iríamos? Tú solo tienes palabras de vida eterna” [Jn 6,68]. *Ave Crux, spes unica!*»³⁹.

San Fío de Fietrelcina (+1968) fue el primer sacerdote estigmatizado. Al celebrar la Santa Misa, el P. Fío revivía la Pasión de Cristo cada día. El sacerdote don Alejandro Lingua hizo esta descripción: «Desde el primer momento en que hace la señal de la cruz, y en toda la celebración, se ve que *está participando plenamente, con toda la emoción vital posible, en el misterio de la Pasión de Cristo... En el ofertorio se puede observar cómo se adentra más y más en Dios, en ese Dios que, en un pacto de dolor y de amor, acepta los sufri-*

mientos que en estos momentos padece. *La consagración* señala el momento culminante del martirio de Cristo y del celebrante... *La comunión* era otro de los momentos impresionantes de la misa del padre Pío. Aquí sí que parecía que el Divino Crucificado se unía con unión intensísima con el fraile estigmatizado; crucificado también él en su carne con Cristo»⁴⁰.

6. La cruz gloriosa en la reflexión de los teólogos

6.1. La cruz signo de victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte

La Cruz no representa el fracaso absoluto de Jesús, sino que es la expresión suprema de su entrega amorosa que llega hasta la donación de la propia vida. El Padre quiso amar a los hombres en el abrazo de su Hijo crucificado por amor. Desde la primera Pascua, la cruz está ya transfigurada. Levantar la cruz sobre lo alto para que todo el mundo la mire con fe y se salve, es atender a una promesa del mismo Cristo: “Y yo cuando sea elevado de la tierra, dijo refiriéndose a su muerte, atraeré a todos hacia mí” (Jn 12,32). La muerte de Cristo sobre la cruz no nos habla solamente de una elevación en el sentido físico. También se trata de una elevación en el sentido profundamente espiritual. Cristo crucificado es el gran signo del amor de Dios que ofrece su perdón y reconciliación a todos los hombres. El Crucificado es el Resucitado, no lo olvidemos. La cruz de Cristo es gloriosa. Es el trono desde el cual el Hijo del hombre reina como vencedor del pecado y de la muerte. Así lo presenta San Juan en su evangelio. Y por eso la Iglesia canta a la cruz como signo de victoria y de triunfo: “Victoria, tu reinarás, oh cruz tu nos salvarás”. El amor de Cristo vence sobre todos los odios, rencores, venganzas y crímenes de los hombres. Es un amor que sana, libera, purifica, rescata y pacifica. Es un amor eterno e inefable. Es un amor humano y divino, capaz de elevarnos con Él a lo más alto de la gloria. Es un amor fecundo: “Ha llegado la hora en que sea glorificado el Hijo del hombre. En verdad, en verdad, os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto” (Jn. 12, 23-24). Y es que “todo el que se enaltece será humillado; y el que se humilla será enaltecido” (Lc 14, 11). “La cruz es signo de salvación, de victoria de la vida sobre la muerte, de la más alta elevación del hombre, signo de amor y de esperanza”⁴¹, afirmó S. Juan Pablo II. La cruz es la esperanza fundada de que la muerte no tendrá la última palabra. No es derrota, sino triunfo. No es muerte, sino vida nueva. La cruz es paso obligado para la meta que es la Resurrección. Por eso el mensaje permanente es: “No busquéis entre los muertos al que vive”.

La resurrección, subraya el papa Francisco, es una fuerza imparable: “Su resurrección [de Cristo] no es algo del pasado; entraña una fuerza de vida que ha penetrado el mundo. Donde parece que todo ha muerto, por todas partes vuelven a aparecer los brotes de la resurrección. Es una fuerza imparable. Verdad que muchas veces parece que Dios no existiera: vemos injusticias, maldades, indiferencias y crueldades que no ceden. Pero también es cierto que en medio de la oscuridad siempre comienza a brotar algo nuevo, que tarde o temprano produce un fruto. En un campo arrasado vuelve a aparecer la vida, tozuda e invencible. Habrá muchas cosas negras, pero el bien siempre tiende a volver a brotar y a difundirse. Cada día en el mundo renace la belleza, que resucita transformada a través de las tormentas de la historia. Los valores tienden siempre a reaparecer de nuevas maneras, y de hecho el ser humano ha renacido muchas veces de lo que parecía irreversible. Ésa es la fuerza de la resurrección y cada evangelizador es un instrumento de ese dinamismo”⁴².

6.2 La cruz de Cristo, revelación del amor misericordioso del Padre y del Hijo

Al entregar a su hijo Jesús a la muerte en cruz, Dios no es cruel, sino amor insondable (cf. Gn 22,16; Rm 5, 6-11; 8,32; 1Jn 3,16). Dios, entregando a su Hijo por nosotros, nos ha amado hasta el extremo. No somos para Dios extraños ni indiferentes, nos ha amado con obras y de verdad, ya que el amor verdadero se manifiesta con el sufrimiento real por la persona amada (cf. Jn 15,13). Dios ha tomado la iniciativa de venir a nuestro encuentro, ha abierto la historia del amor hasta lo inimaginable. Tanto amó Dios al mundo que nos entregó a su único Hijo para que todo el que cree en Él tenga vida eterna (cf. Jn 3,16-17).

Jesús, por su parte, entrega su vida al Padre. Incluso en Getsemaní lo llama *Abbá*, mostrándonos el rostro de Dios, compasivo y misericordioso. Dios no es un Dios distante, insensible, ajeno a nuestro sufrimiento. Jesús muerto y resucitado nos revela que Dios es amor, perdón, compasión. Escuchó al Hijo, no ahorrándole anticipadamente la muerte, sino liberándolo de la muerte y constituyéndolo Señor y dador de vida. En la cruz de Jesús confluyen el rechazo y la condenación de los hombres y el amor y la entrega del Hijo de Dios. Jesús nos amó hasta el extremo (cf. Jn 13,1), hasta lo indecible, hasta entregar su vida por nosotros. Por todos y por cada uno: “*Me amó y se entregó por mí*”, pudo decir S. Pablo (Gal. 2,20).

¿Cómo respondió Jesús a la traición de Judas, a las negaciones de Pedro, al abandono de todos, al escarnio de los enemigos? Entregándose, perdonan-

do. Jesús no se defendió, no se escabulló con artimañas, no se hundió en la amargura, no se quebró en la desesperación, no se revolvió en insultos y amenazas. Su muerte fue como la de un cordero, pidiendo perdón al Padre por los que lo crucificaban, poniendo su espíritu en manos de Dios, prometiendo el Paraíso a quien se dirigió a Él invocándolo como Salvador. Su muerte fue reflejo del amor de Dios. Por la forma de morir, tan mansa y dignamente, se transparentó su condición divina (cf. Lc 23, 47-48; Mt 27,54; Mc 15,39). Jesús es el rostro personal de Dios, también y particularmente en su pasión y muerte⁴³.

Toda esta riqueza de pruebas de amor y misericordia divina no hace sino proporcionar nuevos impulsos a las manifestaciones de trato filial, osado y atrevido, de quien se deja arrebatarse y conmover por Dios. Santa Catalina de Siena oraba así a Dios Padre: “¡Oh Misericordia, que procede de tu divinidad, Padre eterno, y que gobierna con tu poder el mundo entero! En tu misericordia fuimos creados, en tu misericordia fuimos creados de nuevo por la sangre de tu Hijo; tu misericordia nos conserva; tu misericordia hizo que tu Hijo usara sus brazos en el madero de la cruz para la lucha de la muerte con la vida y de la vida con la muerte (...) ¡Oh Misericordia! El corazón se sofoca pensando en ti, pues dondequiera que intente fijar mi pensamiento no encuentro más que misericordia. ¡Oh Padre eterno!, perdona mi ignorancia, pero el amor a tu misericordia me excusa ante tu benevolencia”.

Jesús, murió en la cruz, pidiendo al Padre que perdonara a quienes lo crucificaban. El que mandó perdonar a los enemigos (cf. Lc 6, 27-28) dio ejemplo (cf. Lc 23,34). Fue crucificado por odio, pero Él respondió con amor. Cuando lo insultaban, no devolvía el insulto (cf. 1P 2,23). Jesús venció en la cruz, aceptando la voluntad del Padre, superando la natural resistencia al extremo sufrimiento y a la muerte, dominando el miedo y la angustia, dando muerte en Él al odio (cf. Ef 2,16). Respondió con amor a la crueldad de quienes lo condenaron y entregó su espíritu confiadamente en manos del Padre. Por eso el anuncio de Jesús crucificado es para nosotros el anuncio y la promesa del perdón de los pecados.

En la encíclica *‘Dives in misericordia’* S. Juan Pablo II nos dejó expresiones tan bellas como éstas: “La cruz es como un toque del amor eterno sobre las heridas más dolorosas de la existencia terrena del hombre”⁴⁴. “El amor conteniendo la justicia, abre el camino de la misericordia”⁴⁵. “En el cumplimiento escatológico, la misericordia se revelará como amor, mientras que, en la temporalidad, en la historia del hombre -que es a la vez historia del pecado y

de muerte-, el amor debe revelarse ante todo como misericordia y actuarse en cuanto a tal⁴⁶.

La Iglesia ha de dar testimonio de la misericordia de Dios en toda su misión. Profesándola y proclamándola en toda su verdad, viviéndola sobre todo en los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. La auténtica misericordia es la fuente más profunda de la justicia y la más perfecta encarnación de la igualdad entre todos los hombres. La misericordia crea fraternidad. El perdón atestigua que en el mundo está presente el amor más fuerte que el pecado⁴⁷.

Benedicto XVI recuerda que así como por un árbol, el del Paraíso, nos vino la muerte, otro árbol, el de la cruz, nos ha traído la vida: “El madero de la cruz se convirtió en vehículo para nuestra redención, así como el árbol del que fue hecho había ocasionado la caída de nuestros primeros padres. El sufrimiento y la muerte, que habían sido una consecuencia del pecado, se convirtieron en los mismos medios por los que el pecado fue vencido. El Cordero inocente fue muerto en el altar de la cruz, y sin embargo de la inmolación de la víctima, estalló nueva vida: el poder del mal fue destruido por el poder del amor del autosacrificio⁴⁸”.

Dios no impone su amor, propone, invita, pero no obliga a aceptar su amor; nos quiere demasiado para ello. Para entender esto podemos traer a la memoria lo que pasó en el monte Calvario cuando Jesús estuvo clavado en la cruz. Allí, en la cruz, encima del monte, estaba Jesús, la prueba definitiva del amor de Dios por el mundo. Era un amor para todos, era el deseo de Dios de que todos sean felices y tengan vida. Estaban allí muchas personas. La Cruz era igual para todas: la marca del amor de Dios. Pero no todos quedaron *marcados* de la misma manera. No todos bajaron del Calvario de la misma manera.

Allí estaban los que insultaban, los que blasfemaban. Podemos agruparlos en tres grupos. Eran las autoridades, “los sumos sacerdotes con los escribas y los ancianos se burlaban, diciendo: no se puede salvar. ¿No ha confiado en Dios? Si tanto lo quiere Dios, que lo libre ahora” (cf. Mt 27,42-43). Eran también las gentes del pueblo, los que prefirieron la libertad de Barrabás, “los que pasaban lo injuriaban, meneando la cabeza y diciendo: ¡Anda!, tú que destruías el templo, sálvate a ti mismo” (Cf. Mc 15, 29-30). Por último “hasta los bandidos que estaban crucificados con él lo insultaban” (Mt 27,44).

Había también en el Calvario otra persona. El Evangelio dice que era “el que Jesús tanto ama”. La tradición dice que es Juan. Pero ese discípulo po-

demos ser nosotros, aquellos a quienes Jesús ama tanto que dio por ellos su vida. “Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15,13). A ese la cruz lo dejó marcado para siempre. Tuvo la experiencia de que Jesús se fiaba de él. A éste Jesús le habló, a los otros no les dijo nada. Éste bajó del Calvario distinto. La cruz lo había marcado, le cambió la vida. Otros fueron al sepulcro, a lo de siempre; él se fue a casa con una nueva familia, la familia de los que siguen a Jesús. Porque Jesús no es un fantasma, no es una energía, no es una opción política, no es un conjunto de normas que hay que cumplir: Jesús es una persona real, es el Hijo de Dios que vino a este mundo a decirnos que Dios nos quiere y nos lo demostró dando su vida por nosotros en una cruz ⁴⁹.

Miremos a Cristo traspasado en la cruz. Él es la revelación más impresionante del amor de Dios. En la cruz Dios mismo mendiga nuestro amor: tiene sed del amor de cada uno de nosotros. El apóstol Tomás, metiendo su mano en la herida del costado de Cristo, reconoció a Jesús como su Señor y su Dios. No es de extrañar que, entre los santos, muchos hayan encontrado en el corazón de Jesús la expresión más conmovedora de este misterio de amor. En verdad, sólo el amor en el que se unen el don gratuito de uno mismo y el deseo apasionado de reciprocidad infunde un gozo tan intenso que convierte en leves incluso los sacrificios más duros.

6.3. La cruz de Cristo fuente de nuestra esperanza en la gloria

Nuestra esperanza lleva siempre el signo de la cruz. Porque quien cree sabe que en las contrariedades y pruebas que la vida nos presenta, vivimos rodeados por el amor fiel y lleno de ternura de Dios. La cruz encierra ya en sí misma la esperanza y la victoria de la resurrección. El Señor, muriendo en la cruz, ha devuelto a los hombres la esperanza y el derecho a la vida.

“La pasión de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, enseña S. Agustín, es origen de nuestra esperanza en la gloria y nos enseña a sufrir. En efecto, ¿qué hay que no puedan esperar de la bondad divina los corazones de los fieles, si por ellos el Hijo único de Dios, eterno como el Padre, tuvo en poco el hacerse hombre, naciendo del linaje humano, y quiso además morir de manos de los hombres, que él había creado?

Mucho es lo que Dios nos promete; pero es mucho más lo que recordamos que ha hecho ya por nosotros. ¿Dónde estábamos o qué éramos, cuando Cristo murió por nosotros, pecadores? ¿Quién dudará que el Señor ha de dar la vida a sus santos, siendo así que les dio su misma muerte? ¿Por qué vacila la fragilidad humana en creer que los hombres vivirán con Dios en

el futuro? Mucho más increíble es lo que ha sido ya realizado: que Dios ha muerto por los hombres.

¿Quién es, en efecto, Cristo, sino aquella Palabra que existía al comienzo de las cosas, que estaba con Dios y que era Dios? Esta Palabra de Dios se hizo carne y puso su morada entre nosotros. Es que, si no hubiese tomado de nosotros carne mortal, no hubiera podido morir por nosotros. De este modo el que era inmortal pudo morir, de este modo quiso darnos la vida a nosotros, los mortales; y ello para hacernos partícipes de su ser, después de haberse hecho él partícipe del nuestro. Pues, del mismo modo que no había en nosotros principio de vida, así no había en él principio de muerte. Admirable intercambio, pues, el que realizó con esta recíproca participación: de nosotros asumió la mortalidad, de él recibimos la vida.

Por tanto, *no sólo no debemos avergonzarnos de la muerte del Señor, nuestro Dios, sino, al contrario, debemos poner en ella toda nuestra confianza y toda nuestra gloria*, ya que al tomar de nosotros la mortalidad, cual la encontró en nosotros, nos ofreció la máxima garantía de que nos daría la vida, que no podemos tener por nosotros mismos. Pues quien tanto nos amó, hasta el grado de sufrir el castigo que merecían nuestros pecados, siendo él mismo inocente, ¿cómo va ahora a negarnos, él, que nos ha justificado, lo que con esa justificación nos ha merecido? ¿Cómo no va a dar el que es veraz en sus promesas el premio a sus santos, él, que, sin culpa alguna, soportó el castigo de los pecadores?

Así pues, hermanos, reconozcamos animosamente, mejor aún, *proclamemos que Cristo fue crucificado por nosotros; digámoslo no con temor sino con gozo, no con vergüenza sino con orgullo*.

El apóstol Pablo se dio cuenta de este título de gloria y lo hizo prevalecer. Él, que podía mencionar muchas cosas grandes y divinas de Cristo, no dijo que se gloriaba en estas grandezas de Cristo -por ejemplo, en que es Dios junto con el Padre, en que creó el mundo, en que, incluso siendo hombre como nosotros, manifestó su dominio sobre el mundo-, sino: En cuanto a mí -dice-, líbreme Dios de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo ⁵⁰.

6.4 La cruz de Cristo, fuente de todas las gracias y manantial de los bienes supremos

Santo Tomás de Aquino muestra cómo en la cruz Cristo nos da ejemplo de todas las virtudes: “¿Era necesario que el Hijo de Dios padeciera por nosotros?” Lo era, ciertamente, y por dos razones fáciles de deducir: la una, para

remediar nuestros pecados; la otra, para darnos ejemplo de cómo hemos de obrar.

Para remediar nuestros pecados, en efecto, porque en la pasión de Cristo encontramos el remedio contra todos los males que nos sobrevienen a causa del pecado.

La segunda razón tiene también su importancia, ya que la pasión de Cristo basta para servir de guía y modelo a toda nuestra vida. Pues todo aquel que quiera llevar una vida perfecta no necesita hacer otra cosa que despreciar lo que Cristo despreció en la cruz y apetecer lo que Cristo apeteció. En la cruz hallamos el ejemplo de todas las virtudes.

Si buscas un ejemplo de *amor*: “Nadie tiene más amor que el que da la vida por sus amigos”. Esto es lo hizo Cristo en la cruz. Y, por esto, si él entregó su vida por nosotros, no debemos considerar gravoso cualquier mal que tengamos que sufrir por él.

Si buscas un ejemplo de *paciencia*, encontrarás el mejor de ellos en la cruz. Dos cosas son las que nos dan la medida de la paciencia: sufrir pacientemente grandes males, o sufrir, sin rehuirlos, unos males que podrían evitarse. Ahora bien, Cristo, en la cruz, sufrió grandes males y los soportó pacientemente, ya que “en su pasión no profería amenazas; como cordero llevado al matadero, enmudecía y no abría la boca”. Grande fue la paciencia de Cristo en la cruz: “Corramos en la carrera que nos toca, sin retirarnos, fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe: Jesús, que, renunciando al gozo inmediato, soportó la cruz, despreciando la ignominia”.

Si buscas un ejemplo de *humildad*, mira al crucificado: él, que era Dios, quiso ser juzgado bajo el poder de Poncio Pilato y morir.

Si buscas un ejemplo de *obediencia*, imita a aquel se hizo obediente al Padre hasta la muerte: “Si por la desobediencia de uno –es decir, de Adán– todos se convirtieron en pecadores, así por la obediencia de uno todos se convertirán en justos”.

Si buscas un ejemplo de *desprecio de las cosas terrenales*, imita a aquel que es Rey de reyes y Señor de señores, en quien están encerrados todos los tesoros del saber y el conocer, desnudo en la cruz, burlado, escupido, flagelado, coronado de espinas, a quien finalmente, dieron a beber hiel y vinagre.

No te aficiones a los vestidos y riquezas, ya que “se repartieron mis ropas”; ni a los honores, ya que él experimentó las burlas y azotes; ni a las dignidades, ya que “le pusieron una corona de espinas, que habían trenzado”; ni

a los placeres, ya que “para mi sed me dieron vinagre”. (Conferencia 6 de santo Tomás de Aquino sobre el Credo).

Quien experimenta la cruz desde la resurrección, no la ve principalmente como algo negativo. Sin negar su dureza la contempla como *fuentes de paz y felicidad*: “Gran consuelo es tener cruz”⁵¹, afirma el Hermano Rafael sin temor alguno a la paradoja. Y añade: “En el amor a la cruz de Cristo he encontrado la verdadera felicidad”⁵². Aquí ya se superan las fronteras de lo paradójico y empezamos a adentrarnos en el campo del misterio. No puede uno menos de recordar el “muero porque no muero” de nuestros más elevados místicos al leer: “Cuando (el alma) se da cuenta de que lo que tiene es sed, sed de amores divinos, pena aún de vivir, ansias de vida eterna, entonces, pero no antes, es cuando cesa el sufrir y el penar es sabroso...”.

También la cruz se convierte en *fuentes de conocimiento*. Rafael, un joven que ha cambiado los estudios de arquitectura por los que se imparten en un monasterio trapense escribe: “Si el mundo conociera cuánto se aprende a los pies de la Cruz... Toda la Teología... la Mística... la Ascética... la Filosofía... no sirve para nada si no se estudia a los pies de la Cruz de Cristo... Al perfecto conocimiento de Dios y de sí mismo... se llega poniéndose ante esa Cruz, en la que murió un Dios”⁵³. La cruz es la cátedra del único Maestro del Hermano Rafael: “No quiero que me hable ninguna criatura, ¿qué me pueden decir que Tú desde la cruz no me enseñes?”⁵⁴. Y El le enseña a perdonar: “Tú desde la Cruz me enseñas a perdonar...”⁵⁵. Y le aporta luz en los momentos difíciles: “Siempre a los pies de la cruz del Señor... En la nada y simplicidad de la Cruz hallarás la solución de problemas difíciles de resolver”⁵⁶. “La cruz –escribió Simone Weil– es la única puerta del conocimiento y, por tanto, la verdadera ciencia, pues de nada vale una ciencia que no nos acerque a Dios, pero si nos acerca mal, es decir, lo hace a un Dios imaginario, entonces es peor”⁵⁷. Y corrobora S. Juan Pablo II: “El verdadero punto central que desafía toda la filosofía es la muerte de Cristo en la cruz... y por eso la sabiduría de la cruz supera todo límite cultural que se quiera imponer y obliga a abrirse a la universalidad de la verdad, de la que la fe es portadora”⁵⁸.

Descubrir vitalmente lo que significa el Reino de Dios es hallar el tesoro escondido, la perla preciosa, por los que se hacen auténticas locuras. Algo semejante ocurre con la invención o el descubrimiento de la cruz, cuando no es algo puramente teórico, sino vivencial. Si la cruz es fuente de paz, felicidad, perfecto conocimiento de Dios y de uno mismo... ¿cómo no se la va a considerar un tesoro, cómo no se van a cometer locuras por ella?

Es la cruz de Jesús la que garantiza la fecundidad de nuestra labor misionera, según el papa Francisco: “La fecundidad pastoral, la fecundidad del anuncio del Evangelio no procede ni del éxito ni del fracaso según los criterios de valoración humana, sino de conformarse con la lógica de la Cruz de Jesús, que es la lógica del salir de sí mismos y darse, la lógica del amor... Es la Cruz, siempre la Cruz con Cristo, la que garantiza la fecundidad de nuestra misión. Y desde la Cruz, acto supremo de misericordia y de amor, renacemos como “criatura nueva” (Gal 6,15)”⁵⁹.

La cruz de Cristo es fuente de una sublime sabiduría que es necesidad y locura para los sabios de este mundo, pero conocimiento perfecto de Dios y de uno mismo para el que cree. Lo expresó ya con agudeza san Pablo en 1 Cor. 1, 23-25. Todo lo que sabe, lo poco que sabe, S. Rafael Arnáiz lo ha aprendido en la cruz de Jesús: “Es en la Cruz donde he hallado consuelo. Es en la Cruz donde he aprendido lo poco que sé... Es en la Cruz donde he hecho mi oración... Por eso... al ver la divina escuela de tu cruz... no permitas que me aparte de ti”⁶⁰.

7. La cruz confiere sentido al sufrimiento humano

La cruz de Cristo nos manifiesta no un Dios que salva desde fuera, sino un Dios que «sufre» con nosotros desde dentro. El rostro ensangrentado de Jesucristo es el de un Dios que ama habiendo asumido en todo la condición humana, menos el pecado. Porque el pecado nos destruye como personas, es por lo que no ha sido asumido por el Hijo de Dios. A partir de la tarde del Viernes Santo, las innumerables cruces esparcidas por el mundo dejaron de ser un absurdo y recibieron sentido. Desde entonces no podemos decir que Dios se desentiende de nuestros sufrimientos. Y el corazón se llena de alegría porque sabemos que Dios también nos acompaña en el sufrimiento. El papa S. Juan Pablo II dejó escrito: “Solo la cruz de Cristo proyecta un rayo de luz sobre este misterio; solo en la cruz puede encontrar el hombre una respuesta válida a la angustiada interpelación que surge de la experiencia del dolor”⁶¹. Y más adelante en otra ocasión enseñaba: “La palabra cruz es, ciertamente, la última palabra que explica la realidad tremenda del dolor, así como cualquier forma de injusticia y violencia, de opresión y de muerte. Esta palabra tiene dos aspectos: por una parte, pone de manifiesto la realidad inefable del sufrimiento y de la muerte, y denuncia la maldad y la miseria que caracterizan la existencia personal y las situaciones humanas; por otra, proclama la victoria sobre el mal y la muerte y, por tanto, el amor de Dios que perdona, redime y vuelve a dar la vida”⁶².

Tal vez el tan traído y llevado «silencio de Dios» no es tal silencio, si se sabe ver más allá de las tinieblas. La cruz está envuelta en oscuridad, sí; pero también y sobre todo en solidaridad. El Hijo de Dios tiene sus manos talaradas y abiertas para abrazarnos a todos. Y nos espera con los pies clavados. Es hermoso aquel soneto de Lope de Vega en que le dice a Jesucristo: «Oye, Pastor que por amores mueres, / no te espante el rigor de mis pecados, / pues tan amigo de rendidos eres; / espera, pues, y escucha mis cuidados. / Pero, ¿cómo te digo que me esperes, / si estás para esperar los pies clavados».

¿Cómo es posible que Dios sufra si es impasible?, podemos preguntarnos. “La teología nos dice que Dios es el absolutamente Otro, y que, si goza y sufre, tendrá que hacerlo de otro modo distinto a como lo hace su criatura. Es verdad, Dios sufrirá de otra manera, pero sufrirá. Los humanos sufrimos así, como humanos, y Dios lo hará como Dios. Pero no podemos concebir un Dios sin sentimientos, sin corazón, sin conectar con los estados de ánimo o las situaciones por las que pasamos nosotros, sus hijos. Si Dios es amor, no podrá ejercitar este amor sin interesarse o compartir los sentimientos de aquellos que salieron de sus entrañas.

¿Y cómo sufre Dios? Sólo por la vía de la solidaridad e identificación con sus hijos. Volvemos a lo del amor. El Padre «sufrió» con su Hijo en la cruz, al «entregárnoslo». Cuando alguien se solidariza con otro, toma parte en sus ideales y rebeliones, en sus alegrías y penas, en sus aflicciones y hasta en los más pequeños detalles de la persona con la que se solidariza. Las manifestaciones de la vida del otro se hacen realmente presentes en aquel que le ama¹⁶³.

El sufrimiento es escuela para profundizar y purificar la fidelidad (Hch. 5, 7-9). Poco a poco Jesús en su vida pública va dándose cuenta de que Dios le pide fidelidad y no éxito inmediato. Jesucristo “aprendió” sufriendo lo que cuesta obedecer” (Hch. 5, 7-9) y “tenía que ser consagrado sacerdote por el dolor” (Hch. 2, 10).

Una poetisa gallega ha expresado muy bella y plásticamente que mirar al Crucificado y a su Padre da fuerzas para seguir con el calvario propio, aunque uno esté lleno de dudas y miedos: “Tan sólo dudas y terrores siento / divino Cristo, si de Ti me aparto / mas cuando hacia la cruz vuelvo los ojos / me resigno a seguir con mi calvario / Y alzando al cielo la mirada ansiosa / busco a tu Padre en el espacio inmenso / como el piloto en la tormenta busca / la luz del faro que le guíe al puerto¹⁶⁴.

8. El que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí (MT 10, 38)

La muerte, que nos tenía esclavos, ha sido completamente vencida. La muerte era nuestro límite en el amor, pero ¡gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo! (1 Cor 15, 57). ¡Dios ha borrado el límite del amor! Por eso se dice: Nosotros amamos, porque Él nos amó primero (1 Jn 4, 19). Y por eso cantamos alegremente: ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? (1 Cor 1, 55). En la Cruz los cristianos vemos el amor que Dios tuvo con el hombre haciéndose participante de todos sus sufrimientos: despreciado, difamado, perseguido, traicionado, abandonado, torturado, condenado injustamente, y finalmente asesinado. ¡Tanto nos ha amado Dios que ha compartido voluntariamente todos nuestros sufrimientos! Y también lo hace en nuestras cruces personales, porque verdaderamente... ¡Es infinito es el amor de Dios hacia nosotros!

La cruz acaba siempre en resurrección. Algo semejante a lo que el invierno es para la primavera, es la cruz para la resurrección. “Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos” (1 Jn 3, 14). Debemos ser cristianos que vivamos la alegría de la Pascua. Este es el mensaje que el mundo espera de nosotros. Una de las causas de la escasez de vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada es seguramente consecuencia de la poca hondura de nuestra fe y de la falta de un testimonio alegre de nuestra vida. Cuando no se vive la experiencia de Dios y el encuentro vivo con el Señor, el Evangelio deja de producir entusiasmo y deja de seducir. En lugar de ser un tesoro que nos llena de alegría, se convierte en una carga pesada, que amarga la vida. La causa de la nueva evangelización requiere nuevos evangelizadores. Nadie puede evangelizar sin una fuerte experiencia del encuentro personal con Cristo. El buen evangelizador transparente en su mirada el fuego del amor de Cristo.

Ante la dificultad para aceptar la cruz del Señor, los cristianos hemos de ser para los hombres de nuestro tiempo testigos de la salvación, con palabras y con obras, con el testimonio de la vida. Porque el hombre moderno hace más caso a los testigos que a los maestros. El creyente que acepta la salvación de Jesús no debe vivir en un falso espiritualismo, que le lleve a desentenderse de los problemas reales de la vida temporal. Por el contrario, porque se sabe ya salvado aunque todavía no por completo, sabe buscar, ante todo, el Reino de Dios y su justicia, y trabajar por un mundo nuevo y mejor. Es un hombre que, siguiendo las pautas de vida plasmadas en el Sermón de la Montaña, da gusto y sentido a las cosas (Cf. Mt 5, 13-16), vive en armonía con todos (Cf. Mt

5, 21-26); devuelve bien por mal (Cf. Mt 5, 38-42); se perfecciona en el amor (Cf. Mt 5, 43-48); actúa con humildad y reza con sencillez (Cf. Mt 6, 1 y ss); no se hace esclavo del dinero y su riqueza es la verdad (Cf. Mt 6, 19-34); es exigente consigo mismo y comprensivo con los demás (Cf. Mt 7, 1-12) y construye la vida sobre fundamentos firmes (Cf. Mt 7, 24-29).

Nada podrá ya apartarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús: ni la espada, ni el hambre, ni la sed, ni la desnudez, ni el peligro, ni la persecución, ni la enfermedad, ni la muerte (Cf. Rom 8, 37-39). En todo vencemos por Aquel que nos ha amado hasta hacerse cruz redentora, cruz florecida, cruz transfigurada, pascua sin ocaso, humanidad nueva y definitiva, aurora de eternidad.

La cruz nos lleva a la luz como el monte Tabor fue preludeo, anuncio y anticipo del Calvario. El Calvario no es solo el monte santo de la cruz, sino también el jardín de la resurrección, la montaña sagrada de la luz y de la vida.

9. La Cruz expresa el gozo de pertenecer a Jesucristo

En el bautismo y en la confirmación fuimos sellados con la cruz gloriosa de Jesucristo. Es una cruz imborrable. Los cristianos somos propiedad de Cristo. Eso significa hacer el signo de la cruz en nuestra frente, en nuestros labios y en nuestro corazón: afirmar que somos suyos. Vivamos, pues, con gozo pertenecer a Cristo, Señor de la Vida. No hagamos el signo de la Cruz de un modo superficial, rutinario, sin darnos cuenta. Haciendo repetidas veces la señal de la cruz mostramos en la vida de cada día que elegimos el amor, el servicio sacrificado a los hermanos. Nuestra vida avanzará por los caminos de la verdad, la humildad y la obediencia a los mandamientos de Dios. No nos dejamos llevar por los atractivos de este mundo como son el dinero, el poder, y la mentira. Como discípulos de Cristo queremos aportar la felicidad de las bienaventuranzas, la alegría y la esperanza del Evangelio, la paz y la verdad de las que tan necesitado anda nuestro mundo. Por tanto, la fe cristiana no son principalmente ideas, ni ritos, ni comportamientos de tipo moral. La fe cristiana es un acontecimiento, se basa en el encuentro personal con Cristo crucificado y resucitado. De esta experiencia, que es individual y comunitaria, surge un nuevo modo de pensar y de actuar, nace una existencia marcada por el amor.

10. La locura del amor a la cruz en S. Rafael Arnáiz

“La lógica de las almas grandes es la locura de la cruz”, dejó escrito el Hermano Rafael⁶⁵. Descubrir la cruz como el más valioso tesoro, amar la cruz

hasta llegar a la ‘locura’, no se consigue en un momento ni en unos días. Con frecuencia es un regalo que Dios hace a quien se presta a cubrir las etapas de un proceso que Él quiere ordinariamente que recorramos. Mons. Rafael Palmero, buen conocedor de S. Rafael, ha descubierto y descrito con suma precisión y belleza los tres momentos por los que pasa el Hermano Rafael hasta llegar a sentirse “el hombre más feliz de la tierra, a pesar de mis sufrimientos”⁶⁶. Designándoles con tres verbos podrían ser:

a. Aceptar

La primera etapa o el primer momento es no rehuir la cruz, no rechazarla, que es, por otra parte, lo instintivo. Por una razón muy sencilla: es el Señor quien la envía. “Dios me envía la cruz... bendita sea”⁶⁷. Más aún, se llega a desear más cruz como demostración de más amor: “Señor, si para amarnos necesito cruz, mándamela... Cuanta más cruz tenga, más os amo”⁶⁸. Se siente su peso, se llega a derramar copiosas lágrimas por ella, pero se intuye ya que llegará el tiempo en que la cruz se va a convertir en suprema delicia: “¡Cuántas lágrimas cuesta el llegar a besar la cruz!... La cruz debe y tiene que ser nuestra delicia”⁶⁹. “El acompañarle en la cruz cuesta a veces copiosas lágrimas”⁷⁰. “El amor de Dios es cruz”⁷¹, llega a decir sintetizando al máximo su experiencia.

A los ocho días de su primera salida de la Trapa por culpa de la diabetes que le hizo perder 24 kilos en ocho días le confía a su tío el duque de Maqueda: “Dura, muy dura es la prueba que estoy pasando, pero ni tiemblo, ni me asusto, ni desconfío de Dios, cada vez veo su mano en todo lo que me ocurre y me acontece, y te aseguro que es muy dulce abandonarse en manos de tan buen Padre..., feliz el que sufre por Cristo y desgraciado el que en la tierra ve cumplidos sus deseos”⁷². Rafael no es de piedra ni hace teorías abstractas sobre la cruz.

En carta dirigida al Maestro de Novicios desde Oviedo expresa su convencimiento de que hemos de confiarnos como niños a los designios del Padre: “Dios, en su infinita sabiduría, no pregunta al hombre lo que desea para otorgárselo inmediatamente, pues generalmente éste no sabe lo que le conviene para su salvación, sino que obrando por encima de la razón y los designios de la criatura, la trae, la lleva y la prueba de mil maneras... y el hombre dice: “Señor, ¿por qué hacéis esto?...” y Dios parece que dice: “Confía en Mí, vosotros sois como niños, y para llegar al Reino de mi Padre no podéis ir solos, ni señalar el camino, Yo os conduciré.; seguidme aunque contraríe vuestros deseos..., el Reino de Dios sufre violencia... y para llegar al término no ha

de ser por donde el hombre dispone, pues como niño que es a los ojos de Dios apenas sabe andar...; confía en Mí -dice Jesús- y yo te llevaré”⁷³.

b. Amar

Desde la aceptación serena de la cruz, aunque cueste lágrimas, se puede llegar a amar la cruz. Es decir, a abrazarse a ella por amor a Cristo y a los hombres: “El camino del Señor... desde luego, es cruz, pero bendita cruz cuando por amor a Cristo se abraza”⁷⁴.

No se trata de un amor a la cruz en general, sino a la cruz concreta que Dios pone en nuestro camino: “El hombre... a donde quiera que vaya llevará la cruz. Sepamos amar esa bendita cruz que el Señor pone en nuestro camino, sea cual sea, fuere como fuere”⁷⁵. Sólo desde el amor se puede comprender el sufrimiento: “Para entender la cruz hay que amarla... Quisiera, Señor, amar tu bendita cruz con toda el ansia que el mundo no pone y debería poner si supiera el tesoro que encierras en... tu cruz... Quien me diera sufrir junto a tu Cruz para aliviar tu dolor”⁷⁶.

S. Juan Pablo II que nos dio la lección de no bajarse de la cruz cuando padecía una grave enfermedad había dicho: “Los tiempos nos estimulan a aceptar con ánimo y serenidad nuestra cruz para testimoniar la presencia de Dios en la historia humana, para despertar el sentido de la eternidad, para infundir esperanza y confianza”⁷⁷.

Pero llegar a amar la cruz es un regalo de Dios, no una adquisición humana: “En la escuela del Verbo encarnado comprendemos que es sabiduría divina aceptar con amor la cruz: la cruz de la humildad de la razón ante el misterio; la cruz de la voluntad en el cumplimiento fiel de toda la ley moral, natural y revelada; la cruz del propio deber, a veces arduo y poco gratificante, la cruz de la paciencia en la enfermedad y en las dificultades de todos los días; la cruz del empeño infatigable para responder a la propia vocación; y la cruz de la lucha contra las pasiones y las acechanzas del mal”⁷⁸.

c. Saborear

Este verbo emplea S. Rafael para indicar la meta de su camino. Desde aceptar, pasando por amar, hay que llegar a saborear la cruz. O lo que es lo mismo experimentar su dulzura. Y por eso querer más cruz, más sufrimiento, si eso es exigencia del amor a Cristo: “No me atrevo a pedirte sufrimiento y cruz, pues me parecería una soberbia presunción para mi enorme flaqueza, pero si me las envías, benditas sean”. No es masoquismo, no es sufrir por sufrir o experimentar alegría en el sufrimiento por sí mismo. Lo afirma expre-

samente el Hermano Rafael: “Se ama el sufrimiento... no... tal como es éste en sí, sino tal como es en Cristo y el que ama a Cristo, ama su Cruz”⁷⁹. El mismo Rafael confiesa que “son alegrías interiores desconocidas, ansias de padecer y amor a la Cruz de Jesús, que llenan mi alma de paz y sosiego en medio de la soledad y de mis dolores, que no cambiaría por nada del mundo”⁸⁰.

Algo muy distinto es lo que siente fray Rafael cuando brotan de su corazón más que de sus labios estas palabras: “Saborear la cruz... Saborear la cruz... He hallado lo que desea mi alma... la cruz. ¡Qué bien se vive sufriendo a tu lado, en tu cruz!... Saborear la cruz... Sólo Tú y en la cruz... Qué dulces son las lágrimas derramadas junto a tu cruz”⁸¹. “Déjame seguir junto a tu Cruz... Sólo quiero amar la cruz, sentir la cruz, saborear la cruz”⁸². Amar, sentir, saborear... ¡qué tres verbos!

Dice el Hermano Rafael que el sufrimiento se torna dulce cuando se sufre abrazado a la cruz de Cristo: “¡Qué dulce es la cruz de Jesús!... ¡Qué dulce es sufrir... abrazado a la cruz de Cristo!... ¡Qué bueno es Dios que... desde su Cruz santa me enseña!”⁸³. Puede uno volverse loco de alegría precisamente sufriendo: “¿Cómo no volverse loco de alegría al ver que es Dios quien nos envía la cruz? ¿Cómo no adorar hasta morir a esa bendita cruz que es nuestra única salud, resurrección y vida?”. Al final, se llega al silencio de la adoración: “Adora en silencio esa cruz que es tu tesoro... Sigue tu vida... uniéndote a la cruz, ¿qué más quieres?”⁸⁴.

Al intentar medir la profundidad del cambio que se ha obrado en él, el Hermano Rafael se siente sobrepasado y habla de milagro: “Señor quisiera morir de amores a los pies de tu Cruz; ¿qué divino milagro hiciste con mi alma? ¿Dónde están mis penas?... ¿Dónde mis alegrías? ¿Dónde mis ilusiones? Todo voló... Mis penas eran egoísmos... Mis alegrías vanidades... Mis ilusiones, Tú las desvaneciste al soplo de tu amor... Yo bien quisiera callar... pero el escribir este inmenso milagro que estás haciendo con mi alma, aunque quizá nadie lo lea..., me parece que con ello te doy un poquito de gloria, pues mi escritura muchas veces es oración”⁸⁵, escribe el 13 de marzo de 1938, a poco más de un mes de su muerte.

“Para seguir lo más de cerca posible al Divino Maestro-testificaba su novicio el P. Damián-, el Hermano Rafael, que no podía pertenecer de lleno a la Orden por razón de sus achaques, ni hacer votos públicos, le había pedido con insistencia morir mártir en la cruz con El, en el mayor abandono humano; sus deseos fueron cumplidos: dolores agudos, fiebres abrasadoras, malestar interno general que le obligaba a revolverse en el lecho sin el menor

descanso...”. “Cuando la Comunidad quiso acudir para asistirle en su agonía... que no fue sino un raudo vuelo a la mansión celestial, el Hermano Rafael, asistido tan sólo por su confesor y por algún Hermano, dejaba este destierro por la verdadera Patria. Eran las seis de la mañana del 26 de abril de 1938”.

11. La Virgen María asociada a la cruz y resurrección de su Hijo

María estuvo asociada al sufrimiento salvífico de su Hijo en la cruz. Así lo expresa el texto del Concilio Vaticano II: “María, padeciendo con su Hijo cuando moría en la cruz, cooperó de forma enteramente singular a la obra del Salvador” (LG 61). Además, esto ocurrió así, no por iniciativa de ella, sino por voluntad del Padre: “María, no sin designio divino, se mantuvo erguida, sufriendo profundamente con su Unigénito y asociándose con entrañas de Madre a su sacrificio, consintiendo amorosamente en la inmólación de la víctima que ella misma había engendrado” (LG 58). A la “pasión” de Cristo corresponde la “com-pasión” de María. Si el Hijo es “el varón de dolores” (cfr. *Is* 53, 3), su Madre se convierte en “la madre dolorosa”.

Cuando llevó al niño Jesús al templo de Jerusalén “para presentarle al Señor” (*Lc* 2, 22), oyó anunciar al anciano Simeón que aquel niño sería “señal de contradicción” y también que una “espada” traspasaría su propia alma (cfr. *Lc* 2, 34-35). Se preanunciaba así el drama del Hijo crucificado y, en cierto modo, se prefiguraba el “*stabat Mater*” de la Virgen al pie de la cruz.

María con su dolor en la cruz cooperó a restaurar la vida sobrenatural en los fieles. Por eso es nuestra Madre en el orden de la gracia y se convierte también en Madre de la Iglesia. En efecto, las dos personas presentes en la cruz tienen una relación con la Iglesia, si bien de forma diversa. La Madre de Jesús se convierte en la Madre del discípulo y de todos los discípulos; por su parte, el discípulo amado representa a todos los discípulos de Cristo, cada uno de los creyentes de la Iglesia. El último acto de Jesús, antes de morir, fue el de constituir el pueblo mesiánico, fundar la Iglesia en las personas de su Madre y del discípulo amado.

III LA PEREGRINACIÓN A SANTO TORIBIO DE LIÉBANA

Uno de los signos del Año Santo lebaniego es la *peregrinación*. Al santuario de Santo Toribio de Liébana acuden multitud de peregrinos en todo tiempo, pero especialmente cada Año Santo. Peregrinar es mucho más que una aventura o un viaje turístico. Si sólo caminamos para curiosarsear, para encontrarnos con amigos, para ver obras de arte y vivir experiencias sorprendentes, hacemos turismo pero no peregrinamos. Peregrinar no es hacer una ruta cultural disfrutando de monumentos admirables, testigos silenciosos de siglos de historia. La peregrinación posee un alma humana y cristiana. La peregrinación exterior debe ir acompañada de la peregrinación interior. Esta es una llamada a desperezar el espíritu, y a vivir la realidad de sentirnos hermanos los que somos hijos de un mismo Padre. Es una experiencia que cambia la vida de verdad, que no es maquillaje, que no es moda... que es Vida. “El ser humano es un buscador insaciable de la paz y de la felicidad. Ninguna adquisición de bienes materiales, ninguna situación vital, por satisfactoria que parezca, consigue detener esa búsqueda. Somos peregrinos hacia un destino de plenitud que no encontramos nunca del todo en el mundo”⁸⁶.

1. La peregrinación exterior

“Todos cuantos vivimos y sobre pies andamos/ aunque acaso en prisión o en un lecho yazgamos/todos somos romeros/ que en un camino andamos”, dijo con validez sempiterna el poeta Gonzalo de Berceo. Y Jorge Manrique, por su parte, expresó la condición peregrina del hombre sobre la tierra con estos versos inmortales: “Este mundo es el camino/ para el otro, que es morada/ sin pesar; / mas cumple tener buen tino/ para andar esta jornada/ sin error.

Partimos cuando nacemos,/ andamos mientras vivimos/ y llegamos al tiempo que perecemos, / así cuando morimos descansamos.

Este mundo es el camino /para el otro que es morada sin pesar,/ mas cumple tener buen tino/ para andar esta jornada sin error”.

Quien no camina no sabe de puntos de partida ni de metas laboriosamente alcanzadas. Todo es don para el caminante: las fuentes y la compañía, la soledad y el sueño de llegar a la meta. Cuando se hace camino hay que prescindir de muchas cosas para cargar la mochila con sólo lo impres-

cindible. Pero no hay que olvidar meter la propia vida: las luchas y los proyectos, las esperanzas y los cansancios. De lo contrario no encontraremos ninguna respuesta a los problemas verdaderamente vitales.

“Caminar es un arte, porque si caminamos siempre de prisa nos cansamos y no podemos llegar al final, al final del camino. En cambio, si nos detenemos y no caminamos, ni siquiera llegamos al final. Caminar es precisamente el arte de mirar el horizonte, pensar adónde quiero ir, pero también soportar el cansancio del camino. Y muchas veces el camino es difícil, no es fácil. «Quiero ser fiel a este camino, pero no es fácil, escuchas: hay oscuridad, hay días de oscuridad, también días de fracaso, incluso alguna jornada de caída... uno cae, cae...». Pero pensad siempre en esto: no tengáis miedo de los fracasos; no tengáis miedo de las caídas. En el arte de caminar lo que importa no es no caer, sino no «quedarse caídos». Levantarse pronto, inmediatamente, y seguir andando. Y esto es bello: esto es trabajar todos los días, esto es caminar humanamente. Pero también: es malo caminar solos, malo y aburrido. Caminar en comunidad, con los amigos, con quienes nos quieren: esto nos ayuda, nos ayuda a llegar precisamente a la meta a la que queremos llegar”⁸⁷.

“El cansancio del andar, la variedad de paisajes, el encuentro con personas de otra nacionalidad, los abren a lo más profundo y común que nos une a los humanos: seres en búsqueda, seres necesitados de verdad y de belleza, de una experiencia de gracia, de caridad y de paz, de perdón y de redención. Y en lo más recóndito de todos esos hombres resuena la presencia de Dios y la acción del Espíritu Santo. Sí, a todo hombre que hace silencio en su interior y pone distancia a las apetencias, deseos y quehaceres inmediatos, al hombre que ora, Dios le alumbrará para que le encuentre y para que reconozca a Cristo. Quien peregrina a Santiago, en el fondo, lo hace para encontrarse sobre todo con Dios que, reflejado en la majestad de Cristo, lo acoge y bendice al llegar al Pórtico de la Gloria”⁸⁸.

Peregrinar es una pedagogía que nos lleva a recobrar el sentido profundo de la vida. “Peregrinar –ha escrito Mons. Ricardo Blázquez– es mucho más que un deporte, mucho más que una aventura, mucho más que un viaje turístico, mucho más que una ruta cultural a través de monumentos admirables, testigos silenciosos de una historia secular. Sin negar el sentido específico de los motivos indicados, la peregrinación posee un alma humana y cristiana, amortiguada la cual pierde su íntima elocuencia, su llamada a desperezar el espíritu, su capacidad fraternizadora de hombres y de pueblos. Sin el alma el camino sería una realidad inerte”⁸⁹.

No podemos olvidar, en el tiempo presente, que el peregrino es un hombre de hoy, con sus virtudes y con sus defectos: “el peregrino contemporáneo –advierde el arzobispo de Santiago- respira la atmósfera de la llamada cultura postmoderna que junto a los logros de una solidaridad acrecentada, de un maduro voluntariado, de un mayor respeto y defensa de los derechos humanos ofrece, a su pesar, una cosmovisión propia entretejida con los hilos del relativismo y del pluralismo, de la percepción exclusiva del presente que toca vivir, del puro placer, de una estética superficial, de una razón débil que cede cómodamente el paso a la sensación, al sentimiento y al instinto, y de un retorno a una ‘religiosidad confortable’ que no comprometa. Por otra parte, un discernimiento sobre esta situación concluye frecuentemente resaltando ‘el malestar de la civilización’. Se suele decir que otros tiempos fueron mejores porque no son los nuestros. En todo caso, Dios sigue siendo Señor del tiempo y de la historia, y nosotros, salvados en Cristo, tenemos más motivos para alegrarnos que para quejarnos de nuestros tiempos”⁹⁰.

2. La “peregrinación interior”

Hay una peregrinación exterior y otra interior. Lo verdaderamente importante no es en sí la ruta física que podamos recorrer, sino la experiencia interior del peregrino al compás de lo va experimentando por fuera. “Olvidar el espíritu con que se hace el camino, equivale a desfigurar la dimensión más esencial de la peregrinación”⁹¹. Porque hay un antes y un después en el corazón del peregrino. Bien sabe él que hay más de lo que se ve, que la verdad reside en el hombre interior, tal y como intuyó ya hace siglos Agustín de Hipona. “Quien está enamorado –señalaba a su vez Romano Guardini- se da cuenta de que ha empezado, en verdad, a caminar, de que tiene que crecer, paso a paso en el amor”. El hombre se acerca a Dios “con los pies del deseo”, dice bellamente S. Agustín. El peregrino es un enamorado, un seducido, un fascinado por la estrella que le guía hacia el deseo de su corazón. Y aquí radica su fuerza secreta y la eficacia purificadora del camino. El camino es ascesis en la medida en que se entra en la realidad del despojamiento y se desea ardentemente la meta que guía los pasos del peregrino y configura su vida. Pero el Señor que se convierte para el peregrino en comida y bebida de salvación, mientras sacia al que come y bebe de él, despierta en él más hambre y más sed: “Porque el Señor –recordaba san Columbano a sus monjes- es bueno y suave; y por más que lo bebamos y lo comamos, siempre seguiremos teniendo hambre y sed de él, porque esta nuestra comida y bebida no puede acabar nunca de comerse y beberse; aunque se coma, no se termina, aunque se be-

ba, no se agota, porque este nuestro pan es eterno y esta nuestra fuente es perenne, y esta nuestra fuente es dulce. Por eso, dice el profeta: Sedientos todos acudid por agua. Porque esta fuente es para los que tienen sed, no para los que ya la han apagado. Y, por eso, llama a los que tienen sed, aquellos mismos que en otro lugar llama dichosos, aquellos que nunca se sacian de beber, sino que cuanto más beben, más sed tienen”⁹².

El Papa Juan Pablo II hablaba en estos términos a los jóvenes que se preparaban para la Jornada Mundial de la Juventud en Compostela: “Hoy día, hay en el mundo un resurgir de la práctica de la peregrinación, sobre todo en la juventud. Estáis entre los más sensibles que reviven la peregrinación como ‘camino’ de renovación interior, de profundización de la fe, de fortalecimiento del sentido de comunión y de solidaridad con los hermanos y como medio para descubrir la vocación personal”⁹³.

Ninguna ciudad santa, ningún santuario, constituye la meta definitiva de la peregrinación. Esta se encuentra más allá de este mundo, en lo profundo del misterio de Dios, invisible todavía para nosotros. Porque caminamos en la fe, no en una visión clara, y lo que seremos no se nos ha revelado todavía. La nueva Jerusalén, de la que somos desde el bautismo ciudadanos e hijos, descende de lo alto, de Dios. Nosotros no hemos contemplado aún el esplendor de esa única ciudad definitiva, como dice bellamente San Pablo, sino que lo entrevemos como en un espejo, de manera confusa, manteniendo con firmeza la palabra profética. Toda peregrinación espiritual recibe su significado interior de este destino último.

El prototipo del peregrino lo hallamos en María. “La Bienaventurada Virgen avanzó en la peregrinación de la fe”⁹⁴, pasando a través de las pruebas que el peregrinar creyente comporta para nosotros. Según S. Juan Pablo II, María, “icono de la Iglesia peregrina en el desierto de la historia”, conduce a Cristo, que es el único mediador para encontrar en plenitud al Padre. El Pueblo de Dios, peregrino en la historia, mira continuamente a la Virgen como su modelo perfecto y acabado, porque la Santísima Virgen va siempre por delante⁹⁵. Ella ha sido pre-destinada, pre-llamada y pre-justificada, también ha sido pre-glorificada. Ahora, colmada de gloria en el cielo constituye la meta de sus anhelos más profundos.

El Camino lebaniego es un ámbito propicio para que quien peregrina en espíritu y en verdad dialogue con Dios, es un signo que le ayuda a sentirse creado por Dios y liberado por Cristo, y es una experiencia en la que se aprende a dar y a recibir posponiendo el tener por el ser”. Los peregrinos emprenden la

peregrinación porque buscan y porque esperan encontrar lo que el mundo moderno no es capaz de ofrecerles.

La hospitalidad de la fe brilla en la acogida de los peregrinos que se acercan a la Santísima Cruz de Cristo. “La peregrinación es un acontecimiento espiritual que puede llevar a acoger el don de la fe en Jesucristo a quien no lo tiene, o a revitalizarlo a quien ya lo tiene”. “En medio del laicismo y relativismo, la tecnología y la electrónica, la movilidad y los viajes de bajo coste, la exploración del espacio y las superautopistas de la información, todo parece indicar que las personas buscan echar raíces en el suelo firme y estable de lo sagrado. Cuanto más rápidamente camina la humanidad, tanto mayor es la necesidad que siente de unos cimientos firmes”. “Los lugares de peregrinación responden a esta profunda necesidad antropológica”. Porque “cuantos mayores conocimientos científicos poseemos y cuanto más amplia es la información de que disponemos, tanto mayor es el ansia de encontrar un sentido último. Cuanto más nos sometemos al análisis y a la terapia psicológicos, mayor es la necesidad de penitencia y purificación”.

Como Obispo y Pastor del Pueblo de Dios que peregrina en Cantabria y el Valle de Mena, exhorto vivamente a todos los diocesanos a realizar la peregrinación a Liébana y a participar en ella con espíritu de renovación cristiana. Individualmente o como miembros de una parroquia, una Unidad Pastoral, un arciprestazgo, un instituto de Vida consagrada o una Asociación de seglares. Animo de manera especial a los jóvenes. Vayamos jubilosos a venerar el *Lignum Crucis*, emblema glorioso de la historia de Liébana, centro de la fe y del sentido de nuestra vida cristiana. Por la cruz hemos sido salvados y redimidos.

IV EL DON DE LA INDULGENCIA PLENARIA

El Año Santo es el Año de la gran perdonanza y de la misericordia. A este respecto me parece oportuno recordar las bellísimas páginas de Papini sobre el Jubileo, que tienen plena actualidad: “El Año Santo es una donación extraordinaria a los pecadores que piden limosna del tesoro colectivo de gracias constituido por los excedentes de la santidad de los santos y administrado por el Papa. Es inútil hacer tantos preparativos para el Año Santo si falta en las almas la esencial premisa que fue y es su razón de ser: el sentido del pecado. El Año Santo presupone el sentido y el dolor del pecado; es peregrinación de pecadores conscientes; es un extraordinario ofrecimiento de perdón,

es decir de amor activo en nombre del Amor eterno. Es un acontecimiento religioso, es decir espiritual, nacido de la fe y justificado por el arrepentimiento, mientras muchos, demasiados, actúan como si fuese una estación turística, un pretexto para viajar cómodamente y sin gran gasto, una especie de feria mundial regocijada por las distracciones de los peregrinos y por las ganancias de los hospederos”⁹⁶.

La indulgencia es manifestación de la plenitud de la misericordia del Padre, que sale al encuentro de todos con amor. Esta misericordia se hace visible en y por la Iglesia, que es presencia viva del amor de Dios, inclinado sobre toda debilidad humana. El sacramento de la Penitencia ofrece el perdón de Dios, la comunión con el Padre y con su Iglesia. Ahora bien, el perdón gratuito de Dios implica un cambio de vida, una renovación de la propia existencia. Permanecen en el pecador reconciliado algunas consecuencias del pecado que necesitan curación y purificación. En este ámbito adquiere relevancia la indulgencia. La purificación restaña por un lado las heridas del pecado en el hombre y le libera de lo que se llama la ‘pena temporal’, restaña aquí y ahora el tejido social de la Iglesia, también mutilado por el pecado.

La reconciliación con Dios, siendo un don de la misericordia divina, implica un proceso en el que se hallan implicados el hombre, mediante su compromiso personal, y la Iglesia, mediante su función sacramental. El camino de reconciliación tiene su centro en el sacramento de la penitencia, pero, incluso después del perdón del pecado obtenido mediante ese sacramento, el ser humano permanece marcado por esas «cicatrices» *que no le permiten estar totalmente abierto a la gracia y necesita una purificación y una renovación total en virtud de la gracia de Cristo*. Decía Pablo VI, hablando de las indulgencias, que su esencia está en la remisión ante Dios de la pena temporal por los pecados, ya perdonados en cuanto a la culpa. El fiel cristiano, bien dispuesto y cumpliendo unas determinadas condiciones, lo consigue por mediación de la Iglesia que distribuye y aplica con autoridad el tesoro de las satisfacciones de Cristo y de los santos. Poniendo un ejemplo se entiende tal vez mejor: El pecado es como una profunda herida en el corazón del ser humano. Aun siendo perdonado por Dios mediante el sacramento de la penitencia, deja como una huella, una ‘cicatriz’, que conviene subsanar para que el corazón quede totalmente limpio, esa sería la ‘pena temporal’ que desaparece a través de las indulgencias plenaria o parcial. La indulgencia es parcial o plenaria –dice el Catecismo de la Iglesia Católica– según libere de la pena temporal debida por los pecados en parte (parcial) o totalmente (plenaria).

¿Por qué se pueden aplicar también por las almas del purgatorio? Porque en la unidad sobrenatural del Cuerpo místico de Jesucristo formamos una misma familia los que vivimos en este mundo y los que han dejado este mundo y o bien participan ya de la vida eterna o bien tienen que purificarse para poder contemplar el rostro de Dios. Esta es la comunión de los santos. Por eso la aplicación de las indulgencias sirven para los vivos o para los difuntos. Estos bienes espirituales, los llamamos el tesoro de la Iglesia que no es suma de bienes materiales, sino que es el valor infinito e inagotable que tienen ante Dios los méritos de Cristo nuestro Señor.

Pero se exigen unas condiciones tanto en las parciales como en las plenas. Las primeras se hacen efectivas cuando en las obligaciones personales o en el sufrimiento de las dificultades de la vida, eleve el cristiano su alma a Dios con humilde confianza. También cuando, movido por el espíritu de fe, se entrega a sí mismo o sus bienes, con sentimientos de misericordia, al servicio de los hermanos necesitados. Y cuando, con espíritu de penitencia, se priva voluntariamente de alguna cosa lícita y agradable.

- tenga la disposición interior de un *desapego total del pecado, incluso venial*;

- *se confiese sacramentalmente* de sus pecados;

- *reciba la sagrada Eucaristía* (ciertamente, es mejor recibirla participando en la santa Misa, pero para la indulgencia sólo es necesaria la sagrada Comunión);

- *ore por las intenciones del Papa*.

Como resumen meditemos lo que nos decía San Juan Pablo II: “La caridad de Dios, aunque no esté limitada en el tiempo y en el espacio, resplandece de modo muy especial en el Año Jubilar: al don fundamental de la restitución de la gracia, de modo ordinario mediante el sacramento de la penitencia, y al consiguiente perdón de la pena del infierno, el Señor, *dives in misericordia [rico en misericordia]*, une también, mediante el ministerio de la Iglesia, la remisión de la pena temporal con el don de las indulgencias, obviamente si se consiguen con las debidas disposiciones de santidad, o por lo menos, de tendencia a la santidad. Por tanto, las indulgencias, “lejos de ser una especie de *descuento* con respecto al compromiso de conversión, son más bien una ayuda para un compromiso más firme, generoso y radical”⁹⁷. En efecto, la indulgencia plenaria exige el perfecto desapego del pecado y el recurso a los sacramentos de la penitencia y de la Eucaristía, en la comunión

jerárquica con la Iglesia, expresada mediante la oración según las intenciones del Sumo Pontífice”⁹⁸.

V EL SIGNO DE CARIDAD EN EL AÑO SANTO LEBANIEGO

Este Año Jubilar ha de ser un camino con sentido de Pascua. Todo en él ha de ser una actualización de la victoria de Jesús sobre el pecado y la muerte, animándonos a nosotros a que, de la misma manera y luchando contra el mal, vencamos nuestro egoísmo y vivamos más fuertemente la caridad cristiana. Por eso ha de ser un año para la verdadera conversión. Porque la conversión es un aspecto que caracteriza la vida cristiana entera. Es un reconocerse pecador, dispuesto a recibir el don de Dios, que sana; es creer que somos capaces de amar de nuevo a Dios en una relación filial y de amar de nuevo a nuestros hermanos con un amor verdaderamente fraterno. Todo ello sintiéndonos en comunión gozosa en Cristo crucificado y resucitado para realizar juntamente con La voluntad del Padre. La conversión a Dios pasa obligatoriamente por la conversión a nuestros hermanos: “Si cuando vas a presentar tu ofrenda te acuerdas que tu hermano tiene algo contra ti..., deja la ofrenda y vete a reconciliarte con tu hermano”. Pidámosle al Señor: “Haz de esta piedra de mis manos/ una herramienta constructiva;/ cura su fiebre posesiva/ y ábrela al bien de mis hermanos” (Himno de Cuaresma). Sólo Dios puede hacer en nosotros un auténtico trasplante de corazón: “Arrancarás de cuajo el corazón soberbio y harás un pueblo humilde de corazón sincero”.

La celebración del Año Santo de Santo Toribio de Liébana ha de ser una buena oportunidad para crecer en la caridad con los más pobres y necesitados. El amor misericordioso de Dios nos abre a las necesidades de los hombres y mujeres, que viven en situaciones de pobreza y marginación. Esta realidad sangrante de la pobreza afecta hoy a grandes áreas del mundo y cubre con su sombra de muerte a pueblos numerosos, especialmente del Tercer mundo.

La conversión del corazón a la que estamos llamados muy especialmente en este Año Jubilar ha de manifestarse en obras concretas de caridad. Porque la fe obra por la caridad. Con palabras muy fuertes, el apóstol Santiago nos dice: “¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe? Si un hermano o una hermana andan

desnudos y faltos de alimento diario y alguno de vosotros les dice: “Id en paz, abrigaos y saciaos”, pero no les da lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así es también la fe: si no se tienen obras, está muerta por dentro. Pero alguno dirá: “Tú tienes fe y yo tengo obras, muéstrame esa fe tuya sin las obras, y yo con mis obras te mostraré la fe” (*Sant 2, 14-18*).

En nuestra Diócesis de Santander, debemos continuar promoviendo la iniciativa de caridad que hemos comenzado en el Año de la Misericordia –el Proyecto Eléos- hasta que se consolide. En esta misma dirección de unir fe y caridad, va el *Gesto de Cuaresma*: “*Ayuna comparte y ora*” que cada año financia proyectos destinados a pueblos y personas pobres y necesitados, especialmente en el Tercer Mundo. Necesita un empujón porque con el paso del tiempo corre peligro de decaer y es una iniciativa bien hermosa que vale la pena potenciar. Esto no impide que surjan nuevas iniciativas que broten de la ‘imaginación de la caridad’ en los arciprestazgos, las Unidades Pastorales, las parroquias, la vida consagrada y los diversos movimientos de apostolado laical.

VI ALGUNAS ORIENTACIONES PASTORALES

En este Año Jubilar en que contemplamos de un modo especial la dimensión gloriosa de la cruz del Señor todos (obispos, sacerdotes, consagrados y fieles laicos) estamos llamados a vivir la alegría del Evangelio y a llevársela a los demás.

La alegría cristiana tiene en la cruz su clave decisiva. «Cada día muero» (1Cor 15,31). «En cuanto a mí, no quiera Dios que me glorie sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado por mí y yo para el mundo» (Gál 6,14). La «tristeza según Dios» es buena, la «tristeza según el mundo» es mala (2Cor 7,10). Esa distinción nos ayuda a resolver la aparente contradicción entre el mandato de «*alegrarnos siempre en el Señor*» (Flp 4,4) y la *tristeza* sufrida a veces por Cristo, que llora la muerte de Lázaro (Jn 11,35), o que dice en Getsemaní «me muero de tristeza» (Mt 26,38). *Tristeza y alegría* son en principio palabras contradictorias; pero no *sufrimiento y alegría*. Es posible sufrir con alegría.

Con el lenguaje directo que le caracteriza nos recuerda el papa Francisco que no podemos ser cristianos de ‘Cuaresma sin Pascua’. «Un evangelizador no debería tener permanentemente cara de funeral». El Papa constata que el

consumismo y hedonismo que inundan la sociedad actual conducen a una tristeza individualista, que produce gente resentida, instalada en la queja, sin capacidad de engendrar vida a su alrededor. El anuncia que se ha acabado el tiempo de los cristianos pesimistas, quejosos y desencantados con cara de vinagre. Los que “se dejan salvar por Jesús son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento». El Evangelio es «buena noticia» y por eso reporta alegría. «Con Jesucristo –dice el Papa- siempre nace y renace la alegría”. Por eso nos invita “a una nueva etapa evangelizadora marcada por esta alegría”. Los cristianos anunciamos el Evangelio «no como quien impone una nueva obligación, sino como quien comparte una alegría. La Iglesia no crece por proselitismo, sino por atracción». Porque la alegría es como una especie de imán que atrae hacia Cristo.

“La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría”⁹⁹.

“*La alegría del Evangelio que llena la vida de la comunidad de los discípulos es una alegría misionera.* La experimentan los setenta y dos discípulos, que regresan de la misión llenos de gozo (cf. Lc 10,17). La vive Jesús, que se estremece de gozo en el Espíritu Santo y alaba al Padre porque su revelación alcanza a los pobres y pequeñitos (cf. Lc 10,21). La sienten llenos de admiración los primeros que se convierten al escuchar predicar a los Apóstoles «cada uno en su propia lengua» (Hch 2,6) en Pentecostés. Esa alegría es un signo de que el Evangelio ha sido anunciado y está dando fruto. Pero siempre tiene la dinámica del éxodo y del don, del salir de sí, del caminar y sembrar siempre de nuevo, siempre más allá. El Señor dice: «Vayamos a otra parte, a predicar también en las poblaciones vecinas, porque para eso he salido» (Mc 1,38). Cuando está sembrada la semilla en un lugar, ya no se detiene para explicar mejor o para hacer más signos allí, sino que el Espíritu lo mueve a salir hacia otros pueblos”¹⁰⁰.

El Papa sostiene que la actividad misionera es el mayor desafío actual para la Iglesia y subraya que la causa misionera debe ser la primera. «La salida misionera es el paradigma de toda obra de la Iglesia», destaca. «Todos estamos llamados a esta nueva salida misionera» y nos invita a «salir de la propia comodidad y a atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio». Más aún: el papa Bergoglio sostiene que «es vital que hoy la Iglesia salga a anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las

ocasiones, sin demoras, sin asco y sin miedo». «Bajando hasta la humillación si es necesario», “tocando la carne sufriente de Cristo en el pueblo”.

“La pastoral en clave de misión pretende *abandonar el cómodo criterio pastoral del «siempre se ha hecho así»*. Invito a todos a ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades. Una postulación de los fines sin una adecuada búsqueda comunitaria de los medios para alcanzarlos está condenada a convertirse en mera fantasía”¹⁰¹. La alegría nos es muy necesaria, al menos en muchos ambientes eclesiales y pastorales de la vieja Europa. En el rostro que la Iglesia presenta ante la sociedad apenas se percibe esta alegría luminosa. El sentimiento de escasa eficacia evangelizadora, la apatía de muchos receptores potenciales, la moral baja de bastantes comunidades, la fatiga pastoral tocada a veces por un cierto pesimismo escéptico, la perspectiva de un futuro “largo invierno” para la fe ensombrecen el rostro de la comunidad. El mismo tono tristón de la sociedad europea nos afecta.

1. Los sacerdotes, ‘servidores de la alegría’

En el Ritual de la ordenación de presbíteros, cuando el obispo entrega la patena y el cáliz al sacerdote, le dice: “Recibe la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios. Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor”. Es verdad, pero conformar nuestra vida con el misterio de la cruz del Señor no está en contradicción con nuestra condición de “servidores de la alegría”, como llama san Pablo a los ministros del Evangelio. Y a los cristianos de Corinto les escribe: “No es que pretendamos dominar sobre vuestra fe, sino que contribuimos a vuestra alegría, pues os mantenéis firmes en la fe” (2 Co 1, 24). Son palabras programáticas para todo sacerdote. Para ser colaboradores de la alegría de los demás, en un mundo a menudo triste y negativo, es necesario que el fuego del Evangelio arda dentro de nosotros, que reine en nosotros la alegría del Señor.

¿Cómo podremos vivir entusiasmados el ministerio sacerdotal? La respuesta nos la da San Pedro: “A los presbíteros que están entre vosotros les exhorto yo, presbítero como ellos, testigo de los sufrimientos de Cristo y partícipe de la gloria que está para manifestarse. Apacentad la grey de Dios que os está encomendada, vigilando, no forzados, sino voluntariamente, según Dios; no por mezquino afán de ganancia, sino de corazón; no tiranizando a los que os ha tocado cuidar, sino siendo modelos de la grey. Y cuando apa-

rezca el Mayoral, recibiréis la corona de gloria que no se marchita” (1Pe 5, 1-4). No puede haber, por tanto, en el ejercicio del ministerio sacerdotal, un sentimiento de amargura, como de quien tiene que llevar una carga pesada y no querida, ni tampoco buscar en el servicio ministerial otro interés que no sea el del anuncio del Evangelio.

Los hermanos de santo Domingo siempre hablaban de su alegría. Cuando el arzobispo Hurley de Durban, Sudáfrica, fue a ver al papa Juan XXIII, el papa le dijo: «No hablemos de nuestros problemas. Todos tenemos problemas y yo tengo más que tú. Compartamos nuestras alegrías». Por supuesto, el Maestro debe ayudarnos a afrontar nuestros problemas con honestidad. Pero cualquier superior que crea que su papel es resolver problemas solamente creará más problemas de los que resuelve. Busquemos, pues, a un hermano para compartir su esperanza y su alegría.

2. Los consagrados: “Dónde hay religiosos hay alegría”

La cruz no está ausente de la celebración de pascua; como tampoco está nunca ausente de nuestras vidas. No hay una época cerrada para el sufrimiento, ni existe tiempo en que no se nos exhorte a llevar nuestra cruz. Pero no debemos desanimarnos. El gozo no sólo puede coexistir con el sufrimiento, sino que incluso tiene cierta afinidad secreta con él. Las vidas de los santos son testimonios vivos de esta afirmación. Ellos experimentaban gran alegría y al mismo tiempo gran sufrimiento, porque conformaban sus vidas con la cruz de Cristo.

A los consagrados os digo con el papa Francisco: Alegraos y contagiad alegría. La fuerza irradiadora del gozo es contagiosa. Las personas, cuando descubren en los consagrados, el regocijo en Dios, quieren participar también de esa alegría. Tal es la tarea evangelizadora y misionera de la vida consagrada. El regocijo en la fe es la fuente de energía que nos capacita para dar a los hombres un testimonio vibrante de la cercanía amorosa del Dios vivo. “Donde hay religiosos, hay alegría. Estamos llamados a experimentar y a mostrar que Dios es capaz de colmar nuestro corazón y de hacernos felices, sin necesidad de que busquemos en otro lado nuestra felicidad; que la fraternidad auténtica que vivimos en nuestras comunidades alimenta nuestra alegría; que nuestra entrega total al servicio de la Iglesia, de las familias, de los jóvenes, de los ancianos, de los pobres, nos realiza como personas y da plenitud a nuestra vida” (Papa Francisco). Es una constatación y un reto. Vuestra alegría no vendrá de una decisión voluntarista ni de propuestas artificiales,

sino de una convicción interna, profunda y humilde a la vez, de sorprenderos cada día al escuchar la voz de Dios para luego pregonarla desde los areópagos de este siglo XXI.

Por supuesto, son numerosos los consagrados que irradian el regocijo en Dios y dan, afortunadamente, un semblante alegre a la misión de la Iglesia. Por otra parte, hay muchos que por diversas razones se resignan a vivir al día con cinismo e insatisfacción y ponen cara de malhumor, avinagrada, como dice el papa Francisco. Esto no significa, ciertamente, que los consagrados tengan que estar siempre de buen humor o que deban ir por el mundo con una alegría artificial. Como todos los demás seres humanos, también ellos experimentan dificultades, noches oscuras del espíritu, fracasos, ingratitud, decepciones, enfermedades... El arte de la vida consagrada consiste en vivir e irradiar, a pesar de todo, alegría espiritual interior. Se trata de buscar razones más profundas que posibiliten el gozo que mana de la fe. La verdadera alegría solamente puede brotar de las entretelas del corazón. Sentirnos alegres o no depende esencialmente de nosotros mismos. No podemos dejar que nuestra alegría dependa de otras personas y de condiciones exteriores a nosotros. La alegría es y será siempre un don del Espíritu Santo. Nosotros únicamente podemos abrirnos para recibir este don. El gozo nos es concedido si estamos dispuestos a abrirnos a la acción del Espíritu Santo y a crear las condiciones para que este don pueda conquistar espacio y echar raíces en nuestro corazón.

3. Los Laicos: “No os dejéis robar la alegría de la evangelización”

La Iglesia tiene la vocación de llevar la alegría al mundo, una alegría auténtica y duradera, aquella que los ángeles anunciaron a los pastores de Belén en la noche del nacimiento de Jesús (cf. *Lc 2,10*), aquella que regala el Señor resucitado. En el difícil contexto actual, muchos hombres y mujeres de nuestro entorno tienen una inmensa necesidad de sentir que el mensaje cristiano es un mensaje de alegría y esperanza. Buscan la alegría, pero no aciertan a ver los caminos para encontrarla. Por eso es necesario que los cristianos la vivamos cada vez con mayor profundidad para poder ser mensajeros de ella entre los que os rodean. A veces se presenta una imagen del cristianismo como una propuesta de vida que oprime nuestra libertad, que va contra nuestro deseo de felicidad y alegría. Pero esto no corresponde a la verdad. Los cristianos somos hombres y mujeres verdaderamente felices, porque sabemos que nunca estamos solos, sino que siempre estamos sostenidos por las manos de Dios. Por lo tanto, sed misioneros entusiasmados de la nueva

evangelización. Llevad a los que sufren, a los que están buscando, la alegría que Jesús quiere regalar. Llevadla a vuestras familias, a vuestras escuelas y universidades, a vuestros lugares de trabajo y a vuestros grupos de amigos, allí donde vivís. Veréis que es contagiosa. Y recibiréis el ciento por uno: la alegría de la salvación para vosotros mismos, la alegría de ver la Misericordia de Dios que obra en los corazones. En el día de vuestro encuentro definitivo con el Señor, Él podrá deciros: «¡Siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu señor!» (Mt 25,21)¹⁰².

¿Es posible vivir de verdad con alegría incluso en medio de tantas pruebas de la vida? El cristiano auténtico no está nunca desesperado o triste, incluso ante las pruebas más duras, y muestra que la alegría cristiana no es una huida de la realidad, sino una fuerza sobrenatural para hacer frente y vivir las dificultades cotidianas. Sabemos que Cristo crucificado y resucitado está con nosotros, es el amigo siempre fiel. Cuando participamos en sus sufrimientos, participamos también en su alegría. Con Él y en Él, el sufrimiento se transforma en amor. Y ahí se encuentra la alegría (cf. Col 1, 24)¹⁰³.

«*¡No nos dejemos robar la alegría de la evangelización!*», advierte el papa Francisco con un lenguaje claro, inmediato, sin retórica ni subterfugios. El Papa latinoamericano va al núcleo de los problemas que vive el hombre de hoy y que exigen de la Iglesia mucho más que una simple presencia. A ella se le pide una diligente acción programática y una renovada práctica pastoral que manifieste su compromiso por la nueva evangelización. Como en otros momentos cruciales de la historia, también hoy la Iglesia siente la urgencia de afinar la mirada para cumplir la evangelización a la luz de la adoración; con una mirada contemplativa para continuar viendo los signos de la presencia de Dios. Signos de los tiempos no solo estimulantes, sino puestos como criterio para un testimonio eficaz.

El Papa Francisco es el primero de todos en recordar el misterio central de nuestra fe: «No huyamos de la resurrección de Jesús, no nos demos por vencidos jamás, suceda lo que suceda». La Virgen María, estrella de la nueva evangelización, es el icono de la genuina acción de anunciar y transmitir el Evangelio que la Iglesia está llamada a realizar con gran entusiasmo y amor por el Señor Jesús.

Exhorto a todos los diocesanos a vivir con autenticidad este tiempo de gracia y bendición. Acojamos también a los peregrinos, que lleguen hasta Liébana. Pido la oración de todos, especialmente de los consagrados de vida contemplativa, para que este Año Santo de Santo Toribio de Liébana sea para

gloria y honor de Nuestro Señor Jesucristo que reina desde la cruz y para santificación de todos los miembros del Pueblo de Dios.

En Santander 7 de febrero de 2017, fiesta de los beatos Anselmo Polanco y compañeros, mártires por la Cruz de Cristo.

**+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Santander**

ORACION DEL PAPA FRANCISCO

Al concluir el Viacrucis que presidió el pasado Viernes Santo (25.03.2016) alrededor del Coliseo Romano acompañado de miles de fieles, el Papa Francisco rezó una oración que escribió especialmente para esta ocasión titulada “Oh Cruz de Cristo”.

Oh Cruz de Cristo, símbolo del amor divino y de la injusticia humana, icono del supremo sacrificio por amor y del extremo egoísmo por necesidad, instrumento de muerte y vía de resurrección, signo de la obediencia y emblema de la traición, patíbulo de la persecución y estandarte de la victoria.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendoalzada en nuestras hermanas y hermanos asesinados, quemados vivos, degollados y decapitados por las bárbaras espadas y el silencio infame.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los rostros de los niños, de las mujeres y de las personas extenuadas y amedrentadas que huyen de las guerras y de la violencia, y que con frecuencia sólo encuentran la muerte y a tantos Pilatos que se lavan las manos.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los doctores de la letra y no del espíritu, de la muerte y no de la vida, que en vez de enseñar la misericordia y la vida, amenazan con el castigo y la muerte y condenan al justo.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los ministros infieles que, en vez de despojarse de sus propias ambiciones, despojan incluso a los inocentes de su propia dignidad.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los corazones endurecidos de los que juzgan cómodamente a los demás, corazones dispuestos a condenarlos incluso a la lapidación, sin fijarse nunca en sus propios pecados y culpas.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los fundamentalismos y en el terrorismo de los seguidores de cierta religión que profanan el nombre de Dios y lo utilizan para justificar su inaudita violencia.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los que quieren quitarte de los lugares públicos y excluirte de la vida pública, en el nombre de un cierto paganismo laicista o incluso en el nombre de la igualdad que tú mismo nos has enseñado.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los poderosos y en los vendedores de armas que alimentan los hornos de la guerra con la sangre inocente de los hermanos.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los traidores que por treinta denarios entregan a la muerte a cualquier persona.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los ladrones y en los corruptos que en vez de salvaguardar el bien común y la ética se venden en el miserable mercado de la inmoralidad.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los necios que construyen depósitos para conservar tesoros que perecen, dejando que Lázaro muera de hambre a sus puertas.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los destructores de nuestra «casa común» que con egoísmo arruinan el futuro de las generaciones futuras.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los ancianos abandonados por sus propios familiares, en los discapacitados, en los niños desnutridos y descartados por nuestra sociedad egoísta e hipócrita.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en nuestro mediterráneo y en el Mar Egeo convertidos en un insaciable cementerio, imagen de nuestra conciencia insensible y anestesiada.

Oh Cruz de Cristo, imagen del amor sin límite y vía de la Resurrección, aún hoy te seguimos viendo en las personas buenas y justas que hacen el bien sin buscar el aplauso o la admiración de los demás.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los ministros fieles y humildes que alumbran la oscuridad de nuestra vida, como candelas que se consumen gratuitamente para iluminar la vida de los últimos.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en el rostro de las religiosas y consagrados –los buenos samaritanos– que lo dejan todo para vendar, en el silencio evangélico, las llagas de la pobreza y de la injusticia.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los misericordiosos que encuentran en la misericordia la expresión más alta de la justicia y de la fe.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en las personas sencillas que viven con gozo su fe en las cosas ordinarias y en el fiel cumplimiento de los mandamientos.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los arrepentidos que, desde la profundidad de la miseria de sus pecados, saben gritar: Señor acuérdate de mí cuando estés en tu reino.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los beatos y en los santos que saben atravesar la oscuridad de la noche de la fe sin perder la confianza en ti y sin pretender entender tu silencio misterioso.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en las familias que viven con fidelidad y fecundidad su vocación matrimonial.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los voluntarios que socorren generosamente a los necesitados y maltratados.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los perseguidos por su fe que con su sufrimiento siguen dando testimonio auténtico de Jesús y del Evangelio.

Oh Cruz de Cristo, aún hoy te seguimos viendo en los soñadores que viven con un corazón de niños y trabajan cada día para hacer que el mundo sea un lugar mejor, más humano y más justo.

En ti, Cruz Santa, vemos a Dios que ama hasta el extremo, y vemos el odio que domina y ciega el corazón y la mente de los que prefieren las tinieblas a la luz.

Oh Cruz de Cristo, Arca de Noé que salvó a la humanidad del diluvio del pecado, líbranos del mal y del maligno. Oh Trono de David y sello de la Alianza divina y eterna, despiértanos de las seducciones de la vanidad. Oh grito de amor, suscita en nosotros el deseo de Dios, del bien y de la luz.

Oh Cruz de Cristo, enséñanos que el alba del sol es más fuerte que la oscuridad de la noche. Oh Cruz de Cristo, enséñanos que la aparente victoria del mal se desvanece ante la tumba vacía y frente a la certeza de la Resurrección.

ción y del amor de Dios, que nada lo podrá derrotar u oscurecer o debilitar. Amén.

Notas:

¹ CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Directorio sobre la Piedad popular y la Liturgia. Principios y Orientaciones*, Ciudad del Vaticano 2002, n 128.

² PAPA FRANCISCO, *Homilía a los seminaristas y novicios/as peregrinos a Roma en el Año de la fe*, 7.07.2013.

³ Cf. PAPA FRANCISCO, *Homilía en la Misa en Santa Marta*, 29.05.2013.

⁴ JUAN PABLO II, *Discurso a los enfermos en Crema*, Italia 20.06.1992.

⁵ S. EFRÉN, *Sermón sobre nuestro Señor* 3, 4.9.

⁶ S. CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis de Jerusalén* 13.

⁷ Cf. E. DE LA HERA, *El árbol de la cruz, 150 reflexiones sobre la cruz y el crucificado*, San Pablo, Madrid 2012, 133-134.

⁸ R. BLÁZQUEZ, *Iglesia y Palabra de Dios*, Sígueme, Salamanca 2011, 59-60.

⁹ S. TERESA DE CALCUTA, *Vieni e sii la mia luce*, ed. Por B. Kolo-diejchuk, BUR, Milán 2009.

¹⁰ S. JUAN DE LA CRUZ, *Poesía V, La noche oscura*, 5-8.

¹¹ Cf. E. DE LA HERA, *El árbol de la cruz, 150 reflexiones sobre la cruz y el crucificado*, San Pablo, Madrid 201, 125-126.

¹² Cf. E. DE LA HERA, *El árbol de la cruz, 150 reflexiones sobre la cruz y el crucificado*, San Pablo, Madrid 2012, 35- 36.

¹³ Cf. E. DE LA HERA, *El árbol de la cruz, 150 reflexiones sobre la cruz y el crucificado*, San Pablo, Madrid 2012, 38-39.

¹⁴ S. PEDRO CRISÓLOGO, *Sermón 108*.

¹⁵ *Catequesis bautismales*, XIII, 6.

¹⁶ *Catequesis bautismales* XIII, 31.

¹⁷ *Catequesis bautismales* IV, 14; XIII, 36.

¹⁸ P. LANGA AGUILAR OSA, *Voces de sabiduría patristica*, San Pablo 2011, págs. 175-176.

¹⁹ *Carta a los cristianos de Esmirna*, 1.

²⁰ *Carta a los Corintios* 6.

²¹ *Carta* 6, 1-2.

²² *Libro sobre el Espíritu Santo* 15,35.

²³ *Confesiones* 10,32.

²⁴ S. LEÓN MAGNO, *Sermón 8 sobre la pasión del Señor* 6-8.

²⁵ S. ANDRÉS DE CRETA, *Sermón* 10.

- ²⁶ BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, 12.01.2011.
- ²⁷ S. FRANCISCO DE ASÍS, *I Vida* II, 1,90.
- ²⁸ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Conferencia 6 sobre el Credo*.
- ²⁹ S. BRÍGIDA, *Oración 2. Revelaciones de Sta. Brígida*, lib. 2.
- ³⁰ BEATO RAIMUNDO DE CAPUA, OP (su director espiritual): *Legenda maior* 110.
- ³¹ S. JUAN DE ÁVILA, *Sermón* 38.
- ³² SANTA TERESA DE JESÚS, *Vida* 40,20.
- ³³ S. JUAN DE LA CRUZ, *2 Subida* 7,7.
- ³⁴ S. JUAN DE LA CRUZ, *Cántico* 36,13.
- ³⁵ SANTA ROSA DE LIMA, *Al doctor Castillo*, su médico.
- ³⁶ S. LUIS M^a GRIGNION DE MONFORT, *Carta a los Amigos de la Cruz*, una cofradía de laicos fundada por él, 27.
- ³⁷ S. TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Últimas conversaciones* 31. 07.1897, 13.
- ³⁸ *Ib.* 30.10.1897.
- ³⁹ S. TERESA BENEDICTA DE LA CRUZ, OC. V, 632-634.
- ⁴⁰ L. SÁEZ DE OCÁRIZ, *Pío de Pietrelcina*, S. Pablo, Madrid 1999, 257-259.
- ⁴¹ S. JUAN PABLO II, *Discurso a los fieles polacos*, 29.09. 1988.
- ⁴² PAPA FRANCISCO, EG 276.
- ⁴³ R. BLÁZQUEZ, *Iglesia y Palabra de Dios*, Sígueme, Salamanca 2011, 61.
- ⁴⁴ S. JUAN PABLO II, DM.8.
- ⁴⁵ S. JUAN PABLO II, DM.8
- ⁴⁶ S. JUAN PABLO II, DM 8.
- ⁴⁷ Cf. S. JUAN PABLO II, DM. 146.
- ⁴⁸ BENEDICTO XVI, *Homilía de la Misa celebrada en la iglesia parroquial latina de la Santa Cruz en Nicosia*, 5 de junio de 2010.
- ⁴⁹ Cf. C. LORENZO IGLESIAS, *Marcados por la cruz. Carta Pastoral a los jóvenes*, Astorga 2010.
- ⁵⁰ S. AGUSTÍN, *Sermón Güelferbitano* 3: PLS 2, 545-546.
- ⁵¹ HERMANO RAFAEL, *Obras Completas*, Editorial Monte Carmelo, Burgos 1988, 176,863. El primer número corresponde al del escrito y el segundo al apartado en que se subdividen sus escritos [en Adelante: OC]. Cf. M. SÁNCHEZ MONGE, *La pasión de solo Dios o la espiritualidad del Hno. Rafael*, Monte Carmelo, Burgos 2009².
- ⁵² OC. 207, 1073.
- ⁵³ OC. 158,752.
- ⁵⁴ OC 202, 1041.
- ⁵⁵ OC 221, 1114.
- ⁵⁶ OC 158,753.
- ⁵⁷ S. WEIL, *La gravedad y la gracia*, Madrid 1994, 99-100.

⁵⁸ S. JUAN PABLO II, *FR 23*.

⁵⁹ PAPA FRANCISCO, *Homilía en la Santa Misa con los seminaristas, novicios, novicias y cuantos se encuentran en el camino vocacional*, 7.7.2013.

⁶⁰ OC 203, 1048.

⁶¹ S. JUAN PABLO II, *Mensaje por la Jornada Mundial de las Misiones*, 10.06.1984.

⁶² S. JUAN PABLO II, *Discurso a los enfermos de Roma*, 10.03.1991.

⁶³ E. DE LA HERA, *El árbol de la cruz, 150 reflexiones sobre la cruz y el crucificado*, San Pablo, Madrid 2012, 65.

⁶⁴ ROSALÍA DE CASTRO, *En las orillas del Sar*.

⁶⁵ OC 85,302.

⁶⁶ R. PALMERO RAMOS, *Teología del dolor y la enfermedad en el Hermano Rafael en El hombre más feliz de la tierra*, Ed Monte Carmelo, Burgos 1992, 31-60. También ha estudiado este proceso con profundidad y detenimiento Fray Antonio M^a MARTIN, *El deseo de Dios y la ciencia de la cruz...*, 155-304. En el fondo está la distinción de S. Bernardo: los que comienzan la soportan con paciencia, los que avanzan la llevan con gusto y los que viven del amor la abrazan apasionadamente (“qui initiatur a timore, crucem Christi sustinet patienter, qui proficit in spe portat libenter; qui consummatur in caritate, amplectitur iam ardenter”: *Obras Completas*, t. IV, Sermones litúrgicos (2^o), en el nacimiento de S. Andrés, Serm. 1 (BAC, Madrid 1984, 687-688).

⁶⁷ OC 68,210.

⁶⁸ OC 85,294.

⁶⁹ OC 90,310.

⁷⁰ OC. 176,861.

⁷¹ OC 37, 87.

⁷² OC 61,166.

⁷³ OC 62,174.

⁷⁴ OC 39, 92.

⁷⁵ OC 161,776.

⁷⁶ OC 220, 1139.

⁷⁷ S. JUAN PABLO II, *Discurso a los voluntariados del sufrimiento*, 23-5-1987.

⁷⁸ S. JUAN PABLO II, *Homilía en la parroquia de Santo Tomás, Casteldolfo* 15-9-1991.

⁷⁹ OC 217, 1126.

⁸⁰ OC 207, 1068.

⁸¹ OC 220,1138.

⁸² OC 220, 1142.

⁸³ OC. 221,1146.

⁸⁴ OC 220, 1137.

⁸⁵ OC 214, 1103-1105.

⁸⁶ Benedicto XVI, *DCE*, 20.

⁸⁸ BENEDICTO XVI, *Homilía en la plaza del Obradoiro*, Santiago de Compostela 6.11.2010

⁸⁹ R. BLAZQUEZ, *Dimensión antropológica y misionera de la peregrinación jacobea* en: *En el umbral del tercer milenio*, Sígueme, Salamanca 1999, 296.

⁹⁰ J. BARRIO, *Peregrinar por gracia. Carta Pastoral en el Año Santo Compostela 2004*, n. 14.

⁹¹ Mons Julián BARRIO, *Compostela, capital espiritual de Europa: Alfa y Omega* 100 (10.1.098) p.18.

⁹² S. COLUMBANO, abad, *Instrucción 13, sobre Cristo, fuente de vida*, 1-2, Opera Dublín 1957, 116- 118: LH vol. 4, 124.

⁹³ S. JUAN PABLO II, *Mensaje a los jóvenes para la IV Jornada Mundial de la Juventud*, 1989.

⁹⁴ CONCILIO VATICANO II, *LG* 58.

⁹⁵ CONCILIO VATICANO II, *SC* 103.

⁹⁶ Citado por J. BARRIO BARRIO en *Peregrinos por Gracia*.

⁹⁷ S. JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 29.9.99.

⁹⁸ S. JUAN PABLO II, *El confesor es maestro y padre: Mensaje al card. W. Baum, penitenciario mayor y a los confesores*, 1.4.2000.

⁹⁹ PAPA FRANCISCO, *EG* 1.

100 PAPA FRANCISCO, *EG* 21.

101 PAPA FRANCISCO, *EG* 33.

102 Cf. BENEDICTO XVI, *“Alegráos siempre en el Señor”* (Flp 4,4). Mensaje para la XXVII Jornada Mundial de la Juventud, 27 de marzo 2012.

103 Cf. BENEDICTO XVI, *“Alegráos siempre en el Señor”* (Flp 4,4). Mensaje para la XXVII Jornada Mundial de la Juventud, 27 de marzo 2012.

Homilías

MARÍA, ICONO DE LA CONFIANZA Y DEL ACOMPAÑAMIENTO Homilía en la Jornada Mundial del enfermo, 2017 10 de febrero de 2017

Celebramos este año la Jornada Mundial del enfermo con el lema: “María, icono de la confianza y el acompañamiento”. Vamos a tratar de profundizar en él a la luz de la Palabra de Dios que acabamos de escuchar

1. María confía plenamente en Dios y nos enseña a confiar en Él

“La vida es como un viaje por el mar de la historia, a menudo oscuro y borroso, un viaje en el que escudriñamos los astros que nos indican la ruta. Las verdaderas estrellas de nuestra vida son las personas que han sabido vivir rectamente. Ellas son luces de esperanza. Jesucristo es ciertamente la luz por antonomasia, el sol que brilla sobre todas las tinieblas de la historia. Pero para llegar hasta Él necesitamos también luces cercanas, personas que dan luz reflejando la luz de Cristo, ofreciendo así orientación para nuestra travesía. Y ¿quién mejor que María podría ser para nosotros estrella de esperanza?” (SpS 6o).

María también es para nosotros estrella de confianza y de esperanza. Con su “sí” abrió la puerta de nuestro mundo a Dios mismo. Ella se convirtió en el Arca viviente de la Alianza, en la que Dios se hizo carne, plantó su tienda entre nosotros y se hizo, fue, es y será por los siglos la esperanza que salva y no defrauda para toda la humanidad. Ella es la Madre de la Esperanza porque fue humilde esclava del Señor, porque vivió en el contacto íntimo y permanente con la Palabra de Dios, porque se fío de Dios, porque con su “sí” en la Anunciación, en sus entrañas purísimas se encarnó el Dios de la Vida y de la Esperanza.

María es la Madre de la esperanza, porque el Viernes Santo en el Calvario esperó contra toda esperanza ante el cuerpo destrozado y muerto de su Hijo, creyó y esperó la alegría inenarrable del Domingo de Resurrección y su definitivo impulso misionero en Pentecostés cuando el Espíritu Santo renovó definitivamente, en realidad y en prenda, la faz de la tierra. *La fe madura en el sufrimiento y en la dificultad.*

2. María acompaña en el camino del encuentro con su Hijo

En Caná, María cumple la misión de acercar el Salvador a los necesitados de salvación (cf. Jn 2, 1ss).

- El acompañamiento empieza por *acercarse a las personas y descubrir sus necesidades*: María descubre la necesidad de los novios de una ayuda importante para sacarles del apuro. Y se dispone a remediarla. El enfermo necesita superar la soledad con el bálsamo de la compañía. Sentirse solo redobla su dolor y su tristeza. El enfermo necesita consuelo, pero sólo el que ha sufrido la aflicción es capaz de consolar. El consuelo es una forma exquisita de amor. María, probada en la escuela de la mayor aflicción, es invocada legítimamente como ‘consoladora de los afligidos’. El enfermo necesita encajar el sufrimiento que origina la enfermedad, ser escuchado porque es persona y no un número. Igualmente la compañía de quien le ayude a superar la incertidumbre de cómo va a evolucionar su enfermedad. El enfermo necesita releer su vida para encontrarla un sentido

- Pero el buen acompañamiento logra descubrir la *necesidad de Jesucristo y del Espíritu* que toda persona alberga en su corazón. Cuando María le confía a su Hijo la necesidad de aquellos novios, va más allá de lo puramente material: el «no tienen vino», no se refiere sólo a las necesidades superficiales de los novios, y también del pueblo judío. Les falta el vino nuevo de la alianza nueva. Siguen apegados al agua de la Ley antigua y son incapaces de amar porque les falta el Espíritu.

- Pero, por otra, el buen acompañante como *María dirige la mirada de los hombres hacia el dador de la vida y autor de la salvación*: «Haced lo que él os diga». De este modo, propicia y provoca el encuentro salvador convirtiéndose en intercesora, en «Madre de misericordia». Porque el hombre necesita encontrarse con Dios para experimentar la felicidad que llena el corazón humano, la belleza que atrae sin forzar y el sentido que hace que la vida merezca la pena ser vivida. El encuentro con Dios convierte la opresión en libertad, la ignorancia en conocimiento de la verdad, la enfermedad en salud, la tristeza en alegría. Aunque todo esto llegará a su plenitud en la vida eterna porque ahora sólo estamos salvados ‘en esperanza’, como dice s. Pablo (Rom 8,24)

3. **María icono para quien acompaña al que sufre**

María es un auténtico icono para quien está al lado del que sufre. Visita a su prima Isabel cuando la necesita, confía en Dios cuando no acierta a adivinar los secretos de su voluntad: silenciosamente ‘guarda en su corazón’ lo que no comprende y aguarda a que Dios le revele sus misterios. Acompaña a su Hijo en el camino de la cruz y se deja acompañar por José, por las mujeres y por Juan y los demás discípulos. Por todo esto nos invita a familiares y amigos a acompañar a los enfermos con la presencia muchas veces silenciosa, con la escucha atenta, con la oración compartida, con la solidaridad afectiva y el compromiso concreto

Agradezco a la Delegación de Pastoral de la salud de nuestra diócesis y a cuantos estáis cerca de los enfermos y personas mayores todo el trabajo que realizáis durante todo el año, en el día a día. Seguid el modelo de María como icono de la confianza y del acompañamiento y así no sólo tomaréis en cuenta las necesidades materiales, sino también las espirituales.

**+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Santander**

HOMILÍA EN EL MIÉRCOLES DE CENIZA 2017 1 de marzo de 2017

1. *«Rasgad vuestros corazones, no vuestros vestidos» (J12, 13).*

Con estas palabras del profeta Joel, la liturgia nos introduce hoy en la Cuaresma, llamándonos a la conversión del corazón, característica de este tiempo de gracia. La llamada del profeta es un desafío para todos nosotros. Nos recuerda que la conversión no se reduce a formas exteriores o a vagos propósitos, sino que implica transformar toda nuestra vida a partir del centro de la persona, desde el corazón. Estarnos invitados a abrirnos a Dios y a los hermanos

Sabemos que este mundo nos hace vivir en una cultura del «hacer», de lo «útil» y sin darnos cuenta excluimos a Dios de nuestro horizonte. La Cuaresma nos llama a «espabilarnos», a recordarnos que somos creaturas, sencillamente que no somos Dios y a poner a Dios en el centro de nuestras vidas.

Y también en relación con los demás corremos el riesgo de cerrarnos, de olvidarlos. Pero cuando las dificultades y los sufrimientos de nuestros hermanos nos interpelan, sólo entonces podemos iniciar nuestro camino de

conversión hacia la Pascua. Es un itinerario que comprende la cruz y la renuncia. El Evangelio de hoy indica los elementos de este camino espiritual: la oración, el ayuno y la limosna (cf. *Mt 6, 1-6.16-18*). Los tres comportan la necesidad de no dejarse dominar por las apariencias: lo que cuenta no es la apariencia. El valor de la vida no depende de la aprobación de los demás o del éxito, sino de lo que tenemos dentro.

2. El primer elemento es la oración.

La oración es la fuerza del cristiano y de cada persona creyente. En la debilidad y en la fragilidad de nuestra vida, podemos dirigirnos a Dios con confianza de hijos y entrar en comunión con Él. Ante tantas heridas que nos hacen daño y que nos podrían endurecer el corazón, estamos llamados a sumergirnos en el mar de la oración, que es el mar inmenso de Dios, para gustar su ternura. La Cuaresma es tiempo de oración, de una oración más intensa, más prolongada, más asidua, más capaz de hacerse cargo de las necesidades de los hermanos. Oración de intercesión ante Dios por tantas situaciones de pobreza y sufrimiento.

3. El segundo elemento significativo del camino cuaresmal es el ayuno.

Debemos estar atentos a no practicar un ayuno formal, o que en verdad nos «sacia» porque nos hace sentir satisfechos. El ayuno tiene sentido si verdaderamente menoscaba nuestra seguridad, e incluso si de ello se deriva un beneficio para los demás, si nos ayuda a cultivar el estilo del Buen Samaritano, que se inclina sobre el hermano en dificultad y se ocupa de él. El ayuno comporta la elección de una vida sobria, en su estilo; una vida que no derrocha, una vida que no «descarta». Ayunar nos ayuda a entrenar el corazón en la esencialidad y en el compartir. Es un signo de toma de conciencia y de responsabilidad ante las injusticias, los atropellos, especialmente respecto a los pobres y los pequeños, y es signo de la confianza que ponemos en Dios y en su providencia.

4. Tercer elemento, es la limosna:

Ella indica la gratuidad, porque en la limosna se da a alguien de quien no se espera recibir algo a cambio. La gratuidad debería ser una de las características del cristiano, que, consciente de haber recibido todo de Dios gratuitamente, es decir, sin mérito alguno, aprende a donarse a los demás gratuitamente. Hoy, a menudo, la gratuidad no forma parte de la vida cotidiana, donde todo se vende y se compra. Todo es cálculo y medida. La limosna nos ayuda a vivir la gratuidad del don, que es libertad de la obsesión del poseer,

del miedo a perder lo que se tiene, de la tristeza de quien no quiere compartir con los demás el propio bienestar.

Con sus invitaciones a la conversión, la Cuaresma viene providencialmente a despertarnos, a sacudirnos del sueño, del riesgo de seguir adelante por inercia. La exhortación que el Señor nos dirige por medio del profeta Joel es fuerte y clara: «Convertíos a mí de todo corazón» (Jl 2, 12). ¿Por qué debemos volver a Dios? Porque algo no está bien en nosotros, no está bien en la sociedad, en la Iglesia, y necesitamos cambiar, dar un viraje. Y esto se llama tener necesidad de conversión. Una vez más la Cuaresma nos dirige su llamamiento profético, para recordarnos que Dios puede realizar algo nuevo en nosotros mismos y a nuestro alrededor. Sencillamente porque Dios es fiel, porque no puede negarse a sí mismo, sigue siendo rico en bondad y misericordia, y está siempre dispuesto a perdonar y recomenzar de nuevo. Con esa confianza filial, pongámonos en camino.

**+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Santander**

LA CUARESMA
PREPARACIÓN PARA VIVIR LA PASCUA DE JESÚS
Homilía en el funeral del P. Manuel Angel Martínez Rubín CMF
3 de marzo de 2017

Queridos familiares del P. Rubín, queridos Misioneros Claretianos, miembros de su familia espiritual, representados por el Vicario Provincial y sus hermanos de esta Comunidad, queridos sacerdotes concelebrantes, queridos fieles de S. Vicente de la Barquera y otras parroquias de la Unidad Pastoral, queridos miembros de la Vida Consagrada, queridos hermanos y hermanas todos

1. La Cuaresma un tiempo favorable para acoger la voluntad divina.

La Pascua de Jesús es la fiesta mayor de los cristianos. Nos preparamos para celebrarla cada año durante cuarenta días. La Cuaresma, como itinerario espiritual que nos prepara a la Pascua, es un tiempo favorable para vivir nuestra conversión, intensificando la escucha de la Palabra de Dios, la oración y la penitencia, para practicar con más generosidad la limosna y ayudar al prójimo necesitado, abriendo el corazón a la acogida dócil de la voluntad divina.

Por eso, en medio del profundo dolor, hemos de acoger hoy la muerte de nuestro P. Rubín con paz en el corazón, aun cuando para nosotros nos resulte un tanto precipitada.

Celebrar la Pascua de Jesús es celebrar su paso de la muerte a la vida. Murió verdaderamente, pero su muerte fue una victoria porque culminó en la resurrección. Cristo, por la fuerza del Espíritu, ha sido constituido Señor y dador de vida. Todos los bautizados hemos pasado de la muerte a la vida cuando fuimos sepultados con Cristo para resucitar con El a una vida nueva. También nuestro hermano el P. Rubín. Y por eso ha muerto confortado por las promesas de vida eterna: "Todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre". "Voy a prepararos un lugar; cuando os lo tenga preparado, volveré y os llevaré conmigo". Esta es la Pascua eterna que esperamos celebrar cuando tengamos el encuentro definitivo con el Padre.

2. Celebramos la Pascua del Señor cuando amamos a nuestros hermanos

Pero por si esto fuera poco, los cristianos celebramos la Pascua del Señor mientras peregrinamos por el mundo cuando amamos a nuestros hermanos: 'El que ama a su hermano, dice S. Juan, ha pasado de la muerte a la vida', como hemos escuchado en la primera lectura. Mucho amor ha derrochado nuestro P. Rubín hacia el Señor a quien ha amado con un amor entrañable y fiel. Por Ello dejó todo para hacerse misionero claretiano y poder así amar y servir a sus hermanos. A lo largo de tantos años de ministerio ha sembrado, junto con la Palabra de Dios, el cariño, la ayuda fraterna y hasta la alegría de un pastor del Pueblo de Dios con buen humor y con ganas de ayudar siempre. Lo sabéis bien los niños, los jóvenes y los adultos de S. Vicente de la Barquera, especialmente los enfermos y los matrimonios que le habéis conocido más de cerca.

Gracias a su disponibilidad he podido contar con su colaboración inestimable en la atención a los consagrados y consagradas de la diócesis, especialmente las monjas contemplativas. Como Delegado Episcopal para la Vida Consagrada se ha mostrado cercano a todas las comunidades, ha estado muy atento a sus necesidades y siempre ha derribado muros y construido puentes en la convivencia diaria. Gracias, P. Rubín y gracias Congregación de los Misioneros del Corazón de María por haber realizado un magnífico trabajo en este campo tan delicado de la Iglesia diocesana. Tu muerte será fecunda para los trabajos de la Asamblea de la Vida Consagrada que soñamos juntos y que ahora estamos celebrando.

3. El poder de Dios se manifiesta en la debilidad

La muerte de un cristiano es una celebración especial de la Pascua de Jesús. San Ireneo de Lyon escribió: "De la misma manera que el grano de trigo cuando cae en tierra (Jn 12,24) y se deshace, resurge multiplicado por el Espíritu de Dios que sostiene toda cosa. Y luego se puede convertir en pan de Eucaristía, así son también nuestros cuerpos que se alimentan de la eucaristía, después de ser depositados en la tierra y disueltos en ella, resucitarán a su tiempo, cuando el Verbo de Dios les conceda la resurrección, "para gloria de Dios Padre" (Fil 2.11) Porque Dios dará la inmortalidad a lo que es mortal y la incorruptibilidad a lo que es corruptible (1 Cor 15,53), porque el poder de Dios se manifiesta en la debilidad. (2 Cor 12,9).

De aquí, saca S. Ireneo dos conclusiones: 1 a) "Guardémonos mucho de pensar que tenemos la vida por nuestro propio poder, inflándonos de orgullo y levantándonos contra Dios por nuestra ingratitud. Al contrario, sabiendo que es gracias a la grandeza de Dios... que podemos esperar la vida eterna, no nos apartaremos de la recta manera de pensar acerca de él y acerca de nosotros mismos". Y 2ª) "Por otra parte ... si Dios ha permitido que nuestro cuerpo se deshaga en la tierra ¿no será precisamente para que, instruidos sobre todas las cosas, estemos atentos a todo, no desconociendo ni a Dios ni a nosotros mismos?... Si el cáliz y el pan, por la Palabra de Dios, se transforman en eucaristía ¿cómo pretender que la carne sea incapaz de recibir la vida eterna?"

Oremos por nuestro hermano para que el Señor, rico en misericordia, perdone las faltas y pecados que pudo cometer en la tierra y, sobre todo, premie los trabajos de un pastor diligente y de buen corazón. Que pronto, si no lo ha escuchado ya, pueda oír de labios de Cristo, el buen Pastor por excelencia: "Siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor". Ponemos a nuestro hermano en las manos del Corazón de María, la Virgen de la Barquera, para que ella lo presente al Padre y pueda gozar de la eterna bienaventuranza.

Me han llamado por teléfono para expresar su condolencia y asegurar sus oraciones por el P. Rubín, su Provincial, P. Pedro Belderrain, Mons. Luis Ángel de las Heras, Obispo de Mondoñedo- Ferrol, claretiano como él, y Mons. Vicente Jiménez Zamora, mi predecesor, que no puede dejar de agradecer la ayuda que le prestó en momentos difíciles.

+ **Manuel Sánchez Monge,**
Obispo de Santander.

EDUCAR, ANUNCIAR, TRANSFORMAR"

7 de marzo de 2017

Queridos escolapios, profesores, alumnos y padres de alumnos:

Los escolapios celebráis los 400 años de la fundación de vuestra Orden y los 250 años de la canonización de vuestro fundador S. José de Calasanz. En Santander mantenéis una presencia que se prolonga durante 90 años y en Villacarriedo cumplís los 270. No celebráis simplemente la historia. Lo que buscáis es renovar vuestro compromiso de vivir los mismos dinamismos que han hecho posible el nacimiento de vuestra Orden:

- La centralidad de Jesucristo en vuestra vida: Vivir centrados en Jesucristo, compartir fraternalmente en comunidad y dar la vida por la misión son los ejes de toda vida consagrada.
- La pasión por la misión que es entrega a la educación de los niños y los jóvenes, especialmente de los más pobres. No olvidemos que la única llave del cambio social es la educación.
- La autenticidad en vuestra vida vocacional: no buscar nada para vosotros mismos, entregar la vida por una causa que es más grande que vosotros y que exige ponerse al nivel de los pequeños y de los pobres.

Os ha dicho el papa Francisco en el Mensaje que os dirigió con ocasión de estos acontecimientos: "Si bien las circunstancias en que nació la Orden no son las de hoy en día, las necesidades a las que responde siguen siendo esencialmente las mismas: los niños y jóvenes necesitan que se les distribuya el pan de la piedad y de las letras, los pobres siguen llamándonos y convocándonos, la sociedad pide ser transformada de acuerdo con los valores del Evangelio, y la predicación de Jesús debe ser llevada a todos los pueblos y todas las naciones".

1. Educar

Es la hora de responder "al desafío educativo en su acepción más amplia", en la línea de la "emergencia educativa" señalada por Benedicto XVI. Por esto es preciso, en los ámbitos educativos y especialmente en lo que se refiere a la educación de la fe, reaccionar con urgencia, mejorar la calidad de las ofertas y servicios, crear redes para intercambiar conocimientos y experiencias, impulsar, tanto a nivel regional como nacional e internacional, equipos de educadores lúcidos y experimentados, establecer foros de discusión, abordar jun-

tamente la globalización y las diferencias culturales. Hay que escuchar a los jóvenes y darles oportunidades para que ellos mismos puedan orientar estas cuestiones que les afectan pues con frecuencia tienen gran capacidad para proponer y practicar alternativas que muestran cómo el mundo o la Iglesia podrían ser. "La Iglesia -ha dicho el papa Francisco recientemente a los jóvenes- desea ponerse a la escucha de vuestra voz, de vuestra sensibilidad, de vuestra fe; hasta de vuestras dudas y críticas".

La escuela católica tiene un proyecto educativo que aportar a la sociedad. Debe creer en él y ofrecerlo sin duda y con convicción por el bien de los niños y de los jóvenes. Por eso es fundamental la formación de los educadores y el trabajo en común de todos los que creemos en esta propuesta educativa. Sigue habiendo niños y adolescentes sin escuela, y muchos más necesitan una escuela que crea en ellos y construya el futuro con ellos. Como S. José de Calasanz los escolapios quieren educar en la Verdad y la justicia desde una propuesta vital e integradora que tiende puentes entre la fe y la cultura, atendiendo al desarrollo de toda la persona.

Esta síntesis educativa, expresada en el binomio "Piedad y Letras", lema de todos sus centros, pretende responder de un modo auténtico a la herencia de Calasanz y al deseo de la Iglesia, al tiempo que busca nuevas expresiones que nos acerquen a los niños y a los jóvenes, preferentemente pobres, promoviendo el cambio social.

2. Anunciar

El 46º Capítulo General de las Escuelas Pías invita a iniciar caminos de encuentro y comunicación al servicio a los niños y los jóvenes. Fruto de este impulso renovador ha nacido la Provincia Betania, una realidad colmada de historia, presente y futuro.

Betania es espacio de acogida y encuentro, en el recibís la llamada a vivir en plenitud vuestra vocación escolapia colaborando activamente con la Iglesia en servicio al Evangelio. En Betania Jesús se muestra como centro de la vida y garantía de Resurrección. En Betania Jesús asciende al Padre y nos bendice. En Betania los escolapios, religiosos y laicos, quieren, como Jesús, anunciar, vivir, confiar y bendecir.

3. Transformar

El gran reto de la educación en general y de la educación católica en particular es contribuir a cambiar el mundo. Educamos para construir un mundo más justo y fraterno, que se acerque a los valores del reino de Dios anunciado

por Jesucristo. En concreto, el proyecto educativo de los escolapios quiere ser integral, inclusivo, configurado desde el Evangelio y abierto a todos, especialmente a los más pobres y a los que viven en la periferias existencia les de las que tanto habla el papa Francisco.

Agradecemos la presencia y la labor de la familia escolapia en nuestra diócesis de Santander y pedimos al Señor, por intercesión de S. José de Calasanz, que puedan seguir educando, anunciando el Evangelio y transformando la sociedad en nuestras tierras

**+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Santander**

HOMILÍA EN LA CONSAGRACIÓN DE UN ALTAR

El Astillero,

19 de marzo de 2017

El protagonismo de nuestra celebración lo tiene el altar, que se va a convertir en corazón y alma de este templo. Celebramos la dedicación de un nuevo altar en esta Iglesia donde se celebra el culto divino desde hace muchos años. Pero antes, permítanme que les invite a mirar hacia el ambón. Se trata de un lugar litúrgico que nos recuerda que dos son las mesas para nuestro alimento espiritual. Desde el ambón se escuchará la Palabra de Dios. Desde ese emblemático lugar, Cristo Resucitado nos hablará y nos comunicará su luz, como lámpara para nuestros pasos. Desde el ambón, lugar santo de la Palabra proclamada para que sea escuchada, descubriremos el sentido espiritual y simbólico de la liturgia de su dedicación.

En el primer libro de los Macabeos leemos el relato de la purificación del Templo y de la dedicación del nuevo altar de los holocaustos por obra de Judas Macabeo en el año 164 antes de Cristo, tres años después de que el Templo fuera profanado por Antíoco Epífanes. En recuerdo de aquel acontecimiento se instituyó la fiesta de la Dedicación, que duraba ocho días. Esa fiesta, unida inicialmente al Templo, sobrevivió, bajo esta forma, incluso después de la destrucción de Jerusalén. Además del acontecimiento que narra, el relato pone de relieve, y con razón, la alegría y la felicidad que sentía el pueblo. También a nosotros la Palabra de Dios nos llama a ponerle tono festivo a lo que hoy realizaremos en este rito singular.

La primera carta del Apóstol San Pedro, introduce la novedad del misterio de Cristo en este acontecimiento de la dedicación del altar. Dice la Escritura: "Yo coloco en Sión una Piedra angular, escogida y preciosa; el que crea en ella no quedará defraudado" (1 Pdr 2,4-9). Este altar que hoy se consagra se va a convertir en la Piedra angular de la casa de Dios que formamos todos nosotros como piedras vivas. La Palabra, por tanto, ha orientado nuestra mirada espiritual hacia el protagonista de nuestra celebración, el altar que dedicamos.

1. El altar es Cristo

Lo que vamos a realizar es un gesto litúrgico, en el que nos dirigimos a Dios, nuestro Señor, para que derrame su bendición celestial sobre un objeto material, y lo convierta en lugar de la presencia de Jesucristo, sacerdote, víctima y altar. Tras el rito de Dedicación todos podremos afirmar: "el altar es Cristo". Se convierte, pues, el altar en un misterio de presencia, ligado profundamente al misterio personal de Cristo y de su pascua. Tras su consagración estará dedicado a ser ara de su sacrificio y mesa de su convite. Se convierte, por tanto, en la mesa del Señor y, por ello, en alma y corazón de este templo.

Por eso, todos nosotros, al reconocer a Cristo en el altar, deberemos unirnos a la oración que el sacerdote reza, tras ofrecer el pan y el vino, inclinándose hacia él: "Acepta, Señor, nuestro corazón contrito y nuestro espíritu humilde; que este sea hoy nuestro sacrificio y que sea agradable en tu presencia". En efecto, el ritual que hoy realizamos necesita de nuestra participación interior; ya que nuestra vida queda definitivamente unida a este altar. "Acercándonos a él, piedra viva, desechada por los hombres, pero elegida, precisa ante Dios, también nosotros, cual piedras vivas entramos en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios en Jesucristo" (1 P 2,4- 5).

2. El Ritual evoca el itinerario sacramental por el que nos hacemos cristianos

Ahondado en su significado, podremos comprobar también que la liturgia de la Iglesia ha querido que este rito de conversión en Cristo del altar tenga un fuerte paralelismo con el camino sacramental por el que cada cristiano llega a ser y a vivir en Cristo.

En efecto, todo el ritual evoca el itinerario sacramental en el que se hace un cristiano. Toda la celebración de la dedicación es un calco del ritual de iniciación cristiana. En ella nos encontramos sucesivamente con la aspersion, que ya hemos hecho, y que recuerda al Bautismo; con la unción del santo

crisma, que recuerda la Confirmación; y sobre el altar celebraremos la Eucaristía, que recuerda que la vida eucarística es el horizonte de la vida cristiana. Se puede decir que se "dedica" un altar como se dedica una persona a la vida en Cristo en el Espíritu. Eso significa que entre el altar, que es misterio de presencia de Cristo, piedra angular, y las piedras vivas que constituimos el nuevo templo de Dios se establece una profunda relación. [El rito de dedicación es, por tanto, una experiencia espiritual y eclesial profunda para todos nosotros. La liturgia, en su sabia tradición, quiere que la santidad de la Iglesia celeste se haga también presente y enriquezca lo que será una fuente de vida para nosotros y para cuantos celebren en este altar. En este hermoso rito, en torno a la mesa del sacrificio de Cristo, se evoca el sacrificio de los que han sido redimidos por su pasión.

Las reliquias depositadas en el altar hacen de él un punto de encuentro entre el cielo y la tierra; un lugar de comunión entre la Iglesia celeste y la peregrina que camina en medio de las persecuciones del mundo y de los consuelos de Dios. De los santos y mártires aprendemos que el altar es el lugar del gran consuelo, en el que depositamos el sacrificio permanente de nuestra vida y lo unimos al gran sacrificio del Sumo y Eterno sacerdote.

3. El altar, lugar de la caridad

En el altar se constituye nuestra propia identidad como Iglesia del Señor y se fortalece y diseña nuestra vida cristiana personal y comunitaria. En el altar somos casa de Dios que se une y vive en la caridad. Así nos los ha recordado el Evangelio que ha sido proclamado: "Si cuando vas a poner tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces vuelve a presentar tu ofrenda" (Mt 5,20-26).

Acojamos en este día tan singular el llamamiento del Evangelio a hacer del altar el lugar del amor: del amor acogido de Dios, del amor difundido entre los hermanos. Hagamos del altar el lugar de la caridad fraterna, de una caridad preferencial hacia los más pobres. Este altar ha de ser impulso para nuestra caridad fraterna. No hagamos inútil por nuestra falta de amor lo que nos está siendo ofrecido para la construcción de una vida cristiana sólida, integral y auténtica; no desperdiciemos lo que es una invitación permanente al perdón, a la reconciliación y a la caridad fraterna.

4. El altar, lugar de la confesión de fe en Jesucristo

El altar, por ser lugar de presencia de Cristo y de encuentro con él, ha de ser también para nosotros una llamada a la confesión de fe personal y comunitaria.

ria en Cristo Jesús. Como sabéis muy bien, el altar se besa; lo besa el sacerdote cuando se acerca a él para celebrar la Eucaristía. Es un beso de amor, de amor a Cristo allí presente. Su beso es el beso de la Iglesia, del pueblo sacerdotal. Pero también es un beso de fidelidad. También el sacerdote besa el altar al retirarse, tras la celebración de la Eucaristía. Ese beso, hecho en nombre de los labios y el corazón de todos los fieles, significa un compromiso de entrega apostólica y misionera. En este día de la dedicación del altar del templo parroquial se nos invita a todos a afianzarnos en nuestro compromiso misionero, a convertirnos en una Iglesia en misión, en una Iglesia que, en cada uno de nosotros, presbíteros, consagrados y laicos, transpire por todos sus poros anuncio del Señor, anuncio de la vida nueva en el Señor Resucitado.

**+Manuel Sánchez Monge Obispo
de Santander**

**50 AÑOS DE LA APROBACIÓN PONTIFICIA
DE LA CONGREGACIÓN DE LA VIRGEN DE LOS DOLORES
Selaya, 19 de marzo de 2017**

1.- Cristo sediento del amor de los hombres y los hombres sedientos del amor de Dios

El tema de la sed y el agua es central en la vida. Un tema sugestivo, poético y profundo.

En la primera lectura de este Domingo 3º de Cuaresma aparece un pueblo torturado por la sed en el desierto. En el desierto el agua es la vida. "La belleza del desierto consiste en que esconde un pozo en cualquier lugar" (A. de Saint-Exupéry). ¿Somos capaces de imaginar siquiera lo que es el agua para quien conoce bien el desierto? "Agua, no eres necesaria para la vida, eres la vida. Nos penetras con un placer que no se explica en absoluto con todos los sentidos. Contigo vuelven a nosotros todos los poderes a los que habíamos renunciado. Por tu gracia se abren en nosotros todas las fuentes agotadas del corazón. Eres la riqueza más grande que hay en el mundo, y eres también la más delicada. Tú, tan pura en el vientre de la tierra... No aceptas mezclas, no soportas alteraciones, eres una divinidad recelosa ... Pero derramas sobre nosotros felicidad infinitamente sencilla" (A. de Saint-Exupéry).

El Evangelio de hoy nos presenta la estampa de Jesús, "cansado del camino, sentado, junto al manantial", es conmovedora. Jesús, el Hijo del hombre, se fatiga como nosotros. Experimenta la debilidad y el agotamiento. Y asumiendo el cansancio y la fatiga quiere aliviar con la suya la fatiga de todos los hombres: "Venid a mí que estáis cansado y agobiados, que yo os aliviaré" (Mt. 11,28). Venid a mí y descargad sobre mis hombros y mis espaldas vuestro peso, vuestro agobio, vuestra debilidad, vuestra preocupación. Descargad sobre mí todo lo que os cansa y os deprime. Y yo seré vuestra fuerza y vuestro consuelo, vuestra esperanza y alegría.

"Oh hombre, no descanses, procura descanso a los demás", pedía Gandhi. y lo que reclamaba Gandhi lo cumplió perfectamente Jesús: se cansó y con su cansancio nos hace descansar a los demás. Una misión preciosa pero difícil la nuestra como la de Jesús. Pero a eso estamos llamados: a olvidar nuestros cansancios y ayudar al que está cansado. Seguro que todos nos sentiremos más aliviados. Quitar pesos, preocupaciones, dolores, desesperanzas... Levantar a los que se doblan y tender una mano a los caídos. Es el mejor método para descansar, la mejor terapia relajante: procurar descanso a los demás. Hagamos la prueba.

El evangelio nos presenta también a una mujer de Samaria que acude al pozo a por agua para calmar la sed. Ahora bien, la samaritana es símbolo del hombre que no consigue apagar su sed. Todo hombre está herido de insatisfacción. Vamos de un pozo a otro, de un mercado a otro, buscando nuevos productos para calmar la sed que nos tortura, pero al final seguimos con más sed. La sed son nuestros deseos, ansias, apetencias, necesidades... En la samaritana descubrimos que nuestra sed de agua es símbolo de otra sed más profunda: nuestra sed de felicidad, de nuestra sed de amor, de nuestra sed de Dios.

2. Jesús, agua viva.

Jesús ofrece a la samaritana el agua viva. El diálogo es una maravilla. El que pide de beber es el que puede calmar la sed de todos y para siempre. Jesús nos invita a no buscar el agua en cisternas agrietadas que no retienen agua y a buscar los manantiales de agua viva. "Mujer, no te importe dar a Jesús un poco de agua, que El te puede regalar una fuente. Dale de beber que El te ofrece un agua viva, y no volverás a tener sed ni tendrás que volver a la fuente. El mete un manantial en tus entrañas". Basta con la fe: "Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba el que crea en mí... de su seno correrán ríos de agua viva" (Jn. 7,37-38). Hermosa promesa: todos nuestros deseos cumplidos, nuestras ansias calmadas, nuestras pasiones liberadas, nuestras ausencias

llenas, nuestras esperanzas a tope. Pero hay que ir a Jesús, creer en El, pedirle de beber. Hay que aceptar que Jesús es el Dios que nos salva, que nos ama, que está con nosotros. Aceptar su amor entregado y responder con amor confiado.

Jesús calma nuestra sed de agua, pero suscita en nosotros otra sed más profunda. La sed de amor, la sed de Dios. Pero es una sed dichosa. El sentirla ya es una gracia. Dichosos los que tienen mucha sed de Dios porque serán saciados.

3. Las Hijas de la Virgen de los Dolores

Celebramos en un clima de acción de gracias los 50 años de la aprobación pontificia de la Congregación de la Virgen de los Dolores. Una Congregación que nació del deseo de 'trabajar por las cosas de Dios' que les llevó a los Fundadores Antonia María Hernández Moreno y al P. Juan Tena Fernández a organizar catequesis de niñas y niños pobres por los que sentían preferencia. Se inició la Congregación en 1919. En 1926 se aprobó en la diócesis de Plasencia y en 1967 obtuvo la aprobación pontificia. Hoy está extendida por España, Portugal, Argentina y Angola.

Las religiosas hijas de la Virgen de los Dolores han sentido profundamente la sed de agua viva, la sed de Dios. Y han experimentado que Cristo es el único capaz de saciar su sed. Por eso se han consagrado a El de por vida mediante los votos de pobreza, castidad y obediencia. Y viviendo en comunidad fraterna. Pero no lo han hecho de una manera cómoda y egoísta.

Conocen el cansancio, la sed y los agobios de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Y se sienten llamadas: a olvidar sus propios cansancios y ayudar a los que están cansados. Seguro que todos nos sentiremos más aliviados. Quitar pesos, preocupaciones, dolores, desesperanzas... Levantar a los que se doblan y tender una mano a los caídos es uno de sus quehaceres fundamentales. Y conducir a todos los que puedan a Cristo para que vean cumplidos sus deseos más profundos, sus ansias calmadas, sus pasiones liberadas, sus esperanzas colmadas. ¡Cuánta labor como ésta a través de tantos en este Colegio de Selaya! Agradezco sumamente la presencia de los Colegios de religiosos y religiosas en nuestra diócesis, pero de un modo especial a los Colegios establecidos en los pueblos porque tienen especiales dificultades.

Pero el carisma que da el estilo peculiar a esta Congregación religiosa es, "además del seguimiento de Cristo tal como lo propone el Evangelio, mediante los consejos de castidad, pobreza y obediencia, fomentar y favorecer en las jóvenes la vocación religiosa para cualquier instituto, viviendo nuestra

fe con profundo espíritu de oración en sencillez, humildad, pobreza y amor mutuo." (Const. Capítulo I/1).

Las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada son una necesidad de primer orden en España y en Europa. Necesitamos urgentemente vocaciones. Por eso todos debemos rezar por ellas: con confianza y perseverancia. Y todos podemos promoverlas viviendo nuestra fe sin mediocridades y medias tintas, con profundo espíritu de oración en sencillez, humildad, pobreza y amor mutuo.

Te pedimos, Señor, que suscites en tu Iglesia, el espíritu de piedad y fortaleza para que tengamos muchos sacerdotes santos, santas vocaciones religiosas y laicos que quieran seguir tu Evangelio y que siempre permanezcan en tu amor.

**+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Santander**

LA HOSPITALIDAD, CARISMA Y VALOR PRIORITARIO PARA LA ORDEN HOSPITALARIA DE SAN JUAN DE DIOS

"No os olvidéis de la hospitalidad; gracias a ella, algunos, sin saberlo, hospedaron a ángeles" (Heb 13, 2)

1. Carisma y valor prioritario

"El enfermo mental es un ser humano, frágil y vulnerable que necesita quizás como ningún otro, afecto, apoyo, comprensión y tratamiento médico adecuado que le ayude a vivir dignamente, a superar la enfermedad o a convivir con ella y a integrarse en la sociedad".

HOSPITALIDAD. Es la palabra clave, síntesis de los valores de la Orden Hospitalaria, el valor más grande; su significación inspira sus proyectos, genera actitudes y conforma su forma de actuar. Su raíz nos lleva al modo de practicar la hospitalidad en las antiguas culturas: Abraham acogiendo a los tres huéspedes en el encinar de Mambré en 1850 a.C., es el arquetipo de hospitalidad. En los primeros cristianos, y de modo especial en San Juan de Dios, padre de los pobres (se abrazaba a ellos - a los enfermos - con una boca de risa y con tanto amor y caridad que era cosa que espantaba, que no parecía sino que todos los enfermos los quería meter en las entrañas)

Tengamos ante los ojos la definición, sencilla pero sobradamente elocuente, de Francesc Torralba. La hospitalidad consiste -dice el filósofo catalán- en

acoger al otro extraño y vulnerable en mi casa y hacer todo lo posible para que se sienta como en su casa. Aplicada a nuestro contexto, hospitalidad significa el ejercicio humano, terapéutico y espiritual, de servir al enfermo mental, al que sufre y al necesitado, para que pase de ser excluido a ser acogido y cuidado de modo que pueda sanarse y reingresar en la sociedad. La hospitalidad se traduce en ofrecer espacio y tiempo, humanidad y recursos para realizar la misión encomendada.

La hospitalidad es el referente esencial de vuestra misión a nivel asistencial, de la gestión de los recursos humanos y económicos, de la formación e investigación y de todo lo que tenga que ver con la puesta en marcha de proyectos concretos en cualquier lugar del mundo donde se encuentre la Orden Hospitalaria. La hospitalidad es el valor esencial y transversal, aquello que, porque es bueno, resalta el bien al que se tiende y se quiere conseguir. Es una virtud principal, la práctica habitual que nos acerca al valor esencial. Es un imperativo ético central, la referencia básica del deber ser, con uno mismo y con los demás (*Cf. Camino de Hospitalidad al estilo de San Juan de Dios, 50*).

2. Valores que acompañan a la hospitalidad

La hospitalidad se traduce en la vida de cada día en acogida del pobre y necesitado, tal como hizo S. Juan de Dios. Y sobre todo en respeto al enfermo, considerado como alguien primordial. Aquí se trabaja en beneficio directo de los pacientes. La hospitalidad auténtica exige calidad: hacer bien el bien. Dejar lo mejor de uno mismo en cada momento de su trabajo. Y la calidad ha de ir siempre acompañada de la calidez: trato humano, cercanía, cariño. Advertía S. Juan Pablo II, (Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*, 6 de Enero de 2001, 50): *"Es la hora de una nueva "imaginación de la caridad", que promueva no tanto y no sólo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacerse cercanos y ser solidarios con quienes sufren, para que el gesto de ayudar sea sentido, no como limosna humillante, sino como un compartir fraterno"*.

Estos valores se expresan en unos rasgos distintivos, los del estilo Hospitalario que son entre otros:

- a) Una exquisita calidad del trato; una actitud empática, acogedora y liberadora.
- b) El respeto a los derechos humanos de las personas.
- c) El esfuerzo de personalización y humanización de la asistencia; la dedicación preferente a los enfermos más desasistidos, con las mayores limitaciones físicas o psíquicas, los menos atractivos...

3. La hospitalidad en el Nuevo Testamento

Las palabras de Mt 25,35, «Fui forastero y me hospedasteis», marcan toda la historia de Israel. El huésped recuerda al pueblo de Dios su condición de forastero y extranjero de paso sobre la tierra. «El emigrante que reside entre vosotros será para vosotros como el indígena: lo amarás como a ti mismo, porque emigrantes fuisteis en Egipto» (Lv 19,34; Hch 7,6).

El forastero tiene necesidad de ser acogido y tratado con amor, porque Dios lo ama. Muchas veces no sabemos a quién ayudamos. Algunos han ayudado a ángeles en forma humana: A Abrahán y Lot les sucedió esto. Esto lo recuerda posteriormente el escrito a los Hebreos: «No dejéis de practicar la hospitalidad, pues algunos dieron alojamiento a ángeles sin saberlo» (Hb 13,2).

Todo el Nuevo Testamento está salpicado de referencias más o menos explícitas a la práctica de la hospitalidad: desde la parábola del buen samaritano (Lc 10, 29-37), toda una inolvidable lección de misericordia, que reivindica la auténtica condición de prójimo -especialmente con el desvalido, aun cuando se trate de un extraño o incluso un enemigo-, hasta las múltiples ocasiones en que Jesús es hospedado por amigos o conocidos y se sienta a su mesa: por Marta y María en casa de Lázaro (Lc 10, 38-42), por el rico Zaqueo (Lc 19, 1-10), etc. Sin olvidar uno de los consejos que ofrece el evangelista S. Lucas: "Permaneced en la misma casa, comiendo y bebiendo lo que tengan, porque el obrero merece su salario" (Lc 10, 7). Dicho de otro modo, aceptar la hospitalidad que alguien te brinda le permite a esa persona ejercer la generosidad, una virtud verdaderamente cristiana

También en los escritos de S. Pablo abundan las alusiones a las bondades de la hospitalidad, un don que enriquece la vida comunitaria (Rom 12, 13) Y al que el autor de la carta a los Romanos exhorta continuamente a sus seguidores (Rom 16, 1-2).

Todo lo dicho hasta ahora subraya el potencial de comunión del cristianismo, la religión de la caridad, y pone de manifiesto su aportación fundamental desde la hospitalidad como valor evangélico en estos tiempos que corren: el mensaje cristiano debería espolear un nuevo sistema de relaciones sociales desterrando la extrañeza y la desconfianza hacia el recién llegado y apostando por la fraternidad frente a la exclusión. Porque creer en la casa común y la mesa compartida -símbolos de la hospitalidad por excelencia- no es otra cosa que cultivar día a día el proyecto de Dios que llama al ser humano a inaugurar un mundo diferente de relaciones más cristianas.

SERVICIOS PASTORALES

Cancillería

NOMBRAMIENTOS

CESES

8 de marzo de 2017

Rvdo. D. Alejandro Solórzano Sánchez, como arcipreste del Arciprestazgo de Ntra. Sra. Del Soto y Valvanuz

Rvdo. D. José María Ruiz González, como Delegado Diocesano de Patrimonio Cultural

NOMBRAMIENTOS

18 de enero de 2017

Don Remigio Sánchez Cabarga, como Ministro Extraordinario de la Eucaristía en la Parroquia de Santiago en Santander, por tres años

Doña Raquel García Castañera, como Ministro Extraordinario de la Eucaristía en la Parroquia de Santiago en Santander, por tres años

Don Alberto Quijano Alonso, como Ministro Extraordinario de la Eucaristía en la Parroquia de Santiago en Santander, por tres años

Doña María Trinidad Villacorta Alonso, como Ministro Extraordinario de la Eucaristía en la Parroquia de Santiago en Santander, por tres años

Don César Palacio Madrazo, como Ministro Extraordinario de la Eucaristía en la Parroquia de Santiago en Santander, por tres años

31 de enero de 2017

Hno. José Carlos García Moreno, como coordinador de la Asamblea de la Vida Consagrada.

27 de febrero de 2017

Don José Manuel de la Concepción Martíns, como ministro Extraordinario de la Eucaristía en el Asilo San José de Torrelavega, por tres años

8 de marzo de 2017

Rvdo. D. Ángel Antonio Murga Somavilla, como arcipreste del Arcipresazgo de Ntra. Sra. del Soto y Valvanuz.

Rvdo. D. José Manuel Ortiz del Solar, como Delegado Episcopal de Patrimonio y Bienes Culturales, por seis años

9 de marzo de 2017

Don Josué Fonseca Montes, como Presidente de la Asociación Fe y Vida

24 de marzo de 2017

Rvdo. P. Miguel Ángel Joglar Amores CMF, como párroco y moderador del Equipo Parroquial de las parroquias de San Vicente de la Barquera, Abanillas y Portillo, gandarillas, luey, Muñorrodero, Pesués y Pechón, Prellezo, Serdio y Estrada, hasta el 8 de octubre de 2017.

INCARDINACIÓN

El día 24 de marzo de 2017 ha sido incardinador a la Diócesis de Santander el Rvdo. D. Jacinto Pereira da Costa.

Vida Diocesana

Actividad del sr. Obispo

ENERO

4/1/2017

Asiste en la Catedral de Astorga a la Eucaristía y homenaje posterior en la despedida oficial como vicario general de la diócesis de Astorga de Mons. Marcos Lobato.

5/1/2017

Grabación para Radio María. Recibe a la Junta Directiva de Cáritas Diocesana. Recibe a la Superiora de las Hijas de la Caridad de la Cocina Económica. Por la tarde asiste a la Adoración de los Reyes Magos en la Plaza del Ayuntamiento de Santander y graba para Popular TV.

6/1/2017

Eucaristía Epifanía del Señor en la S.I.B. Catedral de Santander. Visita a los sacerdotes residentes en Villa Marcelina. Visita enfermos.

7/1/2017

Recibe visitas. Por la tarde Visita a la Comunidad de las Hujas de la Caridad de El Astillero.

8 al 14/1/2017

Asiste a la tanda de Ejercicios Espirituales para los obispos en Los Negrales.

15/1/2017

Preside la Eucaristía en la Parroquia de Sta. Lucía de Santander en la Jornada por los Inmigrantes y Refugiados.

16/1/2017

Reunión de Arciprestes en el Seminario de Monte Corbán. Reunión del Consejo de Gobierno. Recibe visitas.

17/1/2017

Recibe visitas. Por la tarde visita enfermos.

18/1/2017

Recibe visitas. Entrevista con los seminaristas. Foro Nueva Evangelización en el Seminario Diocesano de Monte Corbán.

19/1/2017

Recibe visitas. Recibe a la Archicofradía de la Merced y a la Directiva de Vida Ascendente. Por la tarde visita a las Monjas Cistercienses de Los Prados. Recibe a la Directora de Proyecto Hombre.

20/1/2017

Eucaristía en el día de la fiesta de San Sebastián en La Cueva. Viaja a Teruel.

21/1/2017

Ordenación Episcopal de Mons. Antonio Gómez Cantero en la Catedral de Teruel

23/1/2017

Recibe visitas. Por la tarde Celebración Ecuménica en la Parroquia de San Agustín con motivo de la semana por la unidad de los cristianos.

24/1/2017

Celebra la Eucaristía en la fiesta de S. Francisco de Sales en el Monasterio de la Visitación de las MM. Salesas. Recibe visitas

25/1/2017

Recibe visitas. Por la tarde celebra la Eucaristía a los Seminaristas en la Casa de Ejercicios de Pedreña con motivo de la realización de una tanda de Ejercicios Espirituales.

26/1/2017

Recibe visitas por la mañana y por la tarde. Visita enfermos.

27/1/2017

Preside la Eucaristía en la Fiesta de Sto. Tomás de Aquino a la comunidad de la U.C en la Parroquia del Stmo. Cristo de Santander. Por la tarde asiste al Acto Académico Sto. Tomás de Aquino en el Paraninfo de la Universidad de Cantabria.

29/1/2017

Eucaristía Dominical en la Parroquia de Sta. María de Castro-Urdiales. Por la tarde asiste al Encuentro de oración y festivo con la Vida Consagrada en el Colegio Salesiano M^a Auxiliadora de Santander.

30/1/2017

Recibe visitas.

31/1/2017

Comisión Permanente del Consejo Presbiteral. Por la tarde recibe visitas.

FEBRERO

1/2/2017

Recibe visitas

2/2/2017

Recibe Visitas. Visita enfermos. Por la tarde recibe visitas. Recibe a representantes de la Asociación CUIN. Preside la Eucaristía en la fiesta de la Presentación del Señor en la Catedral de Santander.

3/2/2017

Celebra la Eucaristía para la Comunidad Educativa y Religiosa del Colegio Torreanaz. Visita enfermos. Asiste a un foro de Familia en la Casa de la Iglesia. Oración con los Jóvenes en la Catedral de Santander

4/2/2017

Asiste al Encuentro anual de Catequistas en el Seminario de Monte Corbán. Preside la Eucaristía y confirma en la Parroquia de Ntra. Sra. de Montesclaros y Sta. M^a Micaela.

5/2/2017

Celebra la Eucaristía y Confirmaciones en la Parroquia de San Félix (Rivero) de San Felices de Buelna.

6/2/2017

Recibe visitas. Por la tarde Preside la Eucaristía en la celebración de los Patronos de Vida Ascendente -Simeón y Ana- en la Catedral de Santander.

7/2/2017

Reunión en Caritas Diocesana. Encuentro Alumnos de los Sagrados Corazones en la Catedral de Santander

9/2/2017

Visita las diferentes casas de la Asociación Cuin en Cantabria. Por la tarde rezo de Vísperas y visita a la Comunidad de las Religiosas Adoratrices.

10/2/2017

Consejo de Asuntos Económicos. Recibe visitas. Por la tarde preside Eucaristía en el día del Ayuno Voluntario en la Parroquia de la Anunciación de Santander.

11/2/2017

Reunión Permanente del Consejo de Pastoral en el Obispado de Santander. Preside la Eucaristía del día del Enfermo -Virgen de Lourdes- en la Catedral de Santander

12/2/2017

Eucaristía Dominical en la Parroquia de Ntra. Sra. de las Altices en Villasana de Mena. Visita a la comidad de Religiosas Compasionistas.

13/2/2017

Recibe Visitas. Reunión de Arciprestes en el Seminario de Monte Corbán. Por la tarde reunión Consejo de Gobierno en el Seminario de Monte Corbán.

14/2/2017

Recibe Visitas. Reunión Comisión Asamblea Vida Consagrada. Por la tarde asiste a la Conferencia de D. Benigno Blanco en el Ateneo de Santander.

15/2/2017

Asiste a la Reunión de Obispos de la Provincia Eclesiástica en Oviedo.

16/2/2017

Asiste en la Universidad Pontificia de Salamanca a la Investidura como Doctor Honoris Causa del Cardenal Giuseppe Versaldi. Visita a un sacerdote enfermo.

17/2/2017

Recibe Visitas. Asiste a una reunión en el Excmo. Ayto. de Santander. Por la tarde recibe Visitas y asiste a la Experiencia de Unidades Pastorales de la Diócesis de Mondoñedo-Ferrol en el Seminario de Monte Corbán

18/2/2017

Reflexión a las Vírgenes Consagradas en el Seminario de Monte Corbán. Preside la Eucaristía Aniversario del Colegio Torrevelo-Peñalabra en la Catedral de Santander

19/2/2017

Eucaristía Dominical Parroquia de la Inmaculada en los PP. Redentoristas de Santander.

20/2/2017

Reunión del Consejo Presbiteral en Seminario de Monte Corbán

21/2/2017

Visita a las MM Carmelitas Descalzas de Ruiloba.

22/2/2017

Asiste a la Conferencia de Mons. Luis Ángel de las Heras Berzal en el Seminario de Monte Corbán

23/2/2017

Viaja a Salamanca para asistir a la Cátedra de Institutos Seculares en la UPSA

24/2/2017

Santo Toribio de Liébana. Por la tarde visita enfermos.

25/2/2017

Reunión del Consejo de Pastoral en Seminario de Monte Corbán

26/2/2017

Por la tarde visita a los sacerdotes residentes en la Rcia. Sacerdotal Bien Aparecida.

27/2/2017

Recibe visitas. Visita a la comunidad religiosa del Colegio S. José de Santander. Asiste a la Conferencia organizada por AIN en la Casa de la Iglesia

28/2/2017

Graba el Mensaje para la Cuaresma 2017. Recibe sacerdotes. Vista a la comunidad religiosa Dominicanas de la Sgda. Familia. Por la tarde visita al aspirantado de Las Mieses en Anaz. Reunión en el Seminario de Monte Corbán.

MARZO

1/3/2017

Recibe al Director del Instituto de Ciencias Religiosas. Recibe al coordinador de los COF. Recibe visitas. Preside la reunión de la Fundación CESCAN.. Preside la Eucaristía e impòsición de Ceniza en la Catedral de Santander

2/3/2017

Graba para Radio María. Recibe visitas. Por la tarde preside el funeral del sacerdote Rvdo.D. Ricardo Bárcena Bárcena en la parroquia de La Asunción de Miera. Presentación del Sr. Obispo del Año Jubilar 2017 en Casyc- Caja Cantabria-

3/3/2017

Recibe visitas. Por la tarde celebra el funeral del P. Manuel A. Martínez Rubín CMF, Delegado para la Vida Consagrada, en la parroquia de Ntra. Sra de los Ángeles de San Vicente de la Barquera. Viaja a El Ferrol.

4/3/2017

Conferencia en El Ferrol a los profesores de religión de la diócesis de Mondoñedo- Ferrol.

5/3/2017

Preside la Eucaristía dominical en la Colegiata de Santa Juliana en Santillana del Mar

6/3/2017

Asiste al retiro de cuaresma impartido por Mons. Juan Antonio Aznárez Cobo, Obispo auxiliar de Pamplona y Tudela. Por la tarde reunión del Consejo Episcopal de Gobierno. Recibe visitas; Movimiento MSC.

7/3/2017

Recibe visitas. Eucaristía Acc. Gracias por los 400 años desde Fundación de S. José de Calasanz en la Catedral de Santander. Participa en la Eucaristía junto a los sacerdotes que se encuentran realizando Ejercicios Espirituales en el Seminario de Monte Corbán. Por la tarde se reúne con la Junta Directiva de la FERE. Asiste a la Conferencia en la Semana de Familia en la Casa de la Iglesia.

8/3/2017

Rueda de prensa de la campaña de Cáritas “Ayuna, Comparte y Ora” para la Cuaresma 2017. Preside la Eucaristía Fiesta de S. Juan de Dios en la capilla del Hospital de Sta. Clotilde. Preside la Eucaristía al Cuelpo de Bombreos del Ayuntamiento de Santander.. Recibe visitas. Asite a la segunda Conferencia en la Semana de la Familia en la Casa de la Iglesia

9/3/2017

Recibe al Presidente de UNATE. Recibe visitas Asiste a Conferencia del Card. D. Ricardo Blázquez Pérez en la Semana de la Familia en el Seminario de Monte Corbán.

10/3/2017

Recibe visitas. Por la tarde recibe a Mons. Pablo Colino. Asiste a la Conferencia en Semana de Familia en la Casa de la Iglesia

11/3/2017

Asite a la Ordenación y toma de posesión de Mons. Abilio Martínez Varea como nuevo obispo de Osma Soria en la Catedral del Burgo de Osma.

11/3 al 17/3/2017

Viaja a Madrid para participar en la CIX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española

18/3/2017

Desayuno de Trabajo con los profesores de la UPSA en el Seminario de Monte Corbán. Por la tarde preside la Eucaristía en el 50º Aniversario de la Congregación HHVD en Selaya.

19/03/2017

Preside la Eucaristía y dentro de la misma bendice el Ambón y consagra el Altar en la Iglesia Parroquial de San José de El Astillero

20/3/2017

Reunión de Arciprestes en Seminario de Monte Corbán. Por la tarde reunión del Consejo Episcopal de Gobierno.

21/3/2017

Formación Permanente para el Clero en el Seminario de Monte Corbán. Preside la Eucaristía en el Asilo de San José de Torrelavega. Por la tarde dirige el retiro de cuaresma a los miembros de Vida Ascendente en la Casa de la Iglesia. Asiste al Foro de Nueva Evangelización en el Seminario de Monte Corbán.

22/3/2017

Rezo de laudes y celebración de la Eucaristía con la comunidad de las Siervas de María en la visita de la Madre General. Formación Permanente para el Clero. Reunión con el equipo directivo de Cáritas Diocesana. Retiro de al Personal y Voluntarios de Cáritas Diocesana en la sede Central Cáritas Diocesana

23/3/2017

Vista y desayuno de trabajo en la Comandancia de la Guardia Civil de Cantabria en campogiro donde fue recibido por el Coronel Jefe D. Luis Antonio del Castillo Ruano, el capellán Rvdo. D. José Luis Sánchez Crespo y diferentes mandos y números de dicha comandancia. Formación Permanente para el Clero en el Seminario de Monte Corbán. Encuentro con las Religiosas de María Inmaculada. Encuentro con la familia Teresiana en la Sede de Juan Herrera. Imparte una Conferencia Cuaresmal en el R.C. de Regatas, organizado por la Junta de Cofradías Penitenciales.

24/3/2017

Recibe a la Presidenta del Colegio de Farmacéuticos de Cantabria. Recibe visitas. Por la tarde recibe visitas.

25/3/2017

Asiste a la Oración y Saludo del Festival de la Canción Misionera en el Colegio Compañía de María "La Enseñanza" en Santander.

Comparte la parte final de la mañana y por la tarde preside la Eucaristía en el 25º Aniversario de Encuentro Matrimonial en el Santuario de Ntra. Sra. de Las Caldas de Besaya. Preside la Eucaristía en la Jornada por la Vida en la Catedral de Santander.

26/3/2017

Visita enfermos

27/3/2017

Graba un programa para Radio Exterior de España. Recibe visitas. Reunión con la Comisión de la Vida Consagrada en el Obispado de Santander. Por la tarde recibe al grupo de niños y adultos de San Pío X. Visita enfermos.

28/3/2017

Encuentro de Institutos Teológicos Seminario Metropolitano de Oviedo.

Asiste a la Conferencia de clausura del aula de Teología en la Universidad de Cantabria impartida por el Profesor Dr. Fernando Rodríguez Garrapucho scj.

29/3/2017

Recibe al Pastor D. Julio García Celori de Nueva Vida. Preside el Consejo de Asuntos Económicos en el AM Obispado de Santander

30/3/2017

Recibe visitas. Preside la Eucaristía y tiene un posterior encuentro con Grupos de San Vicente de Paúl en La Milagrosa

31/3/2017

Recibe visitas. Por la Tarde Visita enfermos. Encuentro Matrimonios y niños en la Colegiata de la Sta. Cruz en Castañeda

En la Paz del Señor

Rvdo. D. Ricardo Bárcena Bárcena



Nació el 9 de marzo de 1925 en Escobedo de Camargo. Ordenado presbítero el 22 de junio de 1952. Las actividades pastorales realizadas han sido: Ecónomo de Miera y Mirones (1952). Párroco de las parroquias de Miera y Mirones, San Roque de Riomiera, Valdició y Calseca (1990). Jubilado 2015. Falleció el 1 de marzo de 2017 en Santander. Funeral el 2 de marzo en la Parroquia de La Asunción de

Miera. Enterrado en el cementerio de Miera.

Rvdo. P. Manuel Ángel Martínez Rubín CMF.



Nació el 14 de octubre de 1946 en Viega de Ciego (Lena-Asturias). Ordenado presbítero el 24 de abril de 1988.

Las actividades pastorales realizadas han sido: Diversos ministerios en diócesis españolas y Panamá. Párroco - Moderador del Equipo parroquial de San Vicente de la Barquera: Abanillas y Portilo, Gandarillas, Luey, Muñorrodero, Pesues y Pechón, Prellezo, San Vicente de la Barquera, Serdio y Estrada (2008). Delegado para la Vida Consagrada (2015). Miembro del Consejo Presbiteral (2016). Miembro del Consejo Pastoral (2016).

Falleció el 2 de marzo de 2017 en San Vicente de la Barquera. Funeral el 3 de marzo en la Parroquia de Ntra. Sra. de los Ángeles de San Vicente de la Barquera. Enterrado en el cementerio de San Vicente de la Barquera.

Iglesia en España

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

CIX ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

La **Asamblea Plenaria** de la Conferencia Episcopal Española (CEE) ha celebrado **del 13 al 17 de marzo** su **109ª reunión**. Durante estos días se han **renovado** todos los cargos de la CEE para el trienio 2017-2020, excepto el del Secretario general, que se elige para un período de cinco años.

La Plenaria se inauguraba el lunes 13 de marzo con el **discurso del presidente de la CEE**, cardenal **Ricardo Blázquez Pérez**, y el **saludo del nuncio apostólico en España**, Mons. **Renzo Fratini**.

Obispos participantes

Han participado en la Plenaria los 79 obispos con derecho a voto y el administrador diocesano de Plasencia, **Francisco Rico Bayo**. También han asistido varios obispos eméritos.

Han participado por primera vez Mons. **Francisco Simón Conesa**, obispo de Menorca; Mons. **Antonio Gómez Cantero**, obispo de Teruel y Albarra-cín, y Mons. **Abilio Martínez Varea**, obispo de Osma-Soria. El obispo electo de Plasencia, Mons. **José Luis Retana Gozalo** estuvo presente en la sesión inaugural, pero no es miembro de la Plenaria hasta su toma de posesión, prevista para el 24 de junio.

En la sesión de apertura se ha tenido un recuerdo especial con los dos obispos fallecidos recientemente, Mons. **Jaume Camprodon i Rovira** y Mons. **José Gea Escolano**.

Renovación de cargos

Entre el martes y el jueves se han llevado a cabo 26 votaciones: presidente, vicepresidente, tres miembros del Comité Ejecutivo, catorce presidentes de Comisiones Episcopales, tres presidentes de Subcomisiones Episcopales; el presidente de la Junta Episcopal de Asuntos Jurídicos, y los tres miembros

del Consejo de Economía. Además han quedado constituidas las Comisiones Episcopales y la Junta Episcopal de Asuntos Jurídicos.

Como se ha ido informando estos días, el cardenal **Ricardo Blázquez** ha sido reelegido como presidente y el cardenal **Antonio Cañizares** elegido vicepresidente

Situación de la enseñanza de religión en España

Uno de los temas del orden del día ha sido el estudio de la situación de la enseñanza de religión en España en el proceso del pacto educativo. Los obispos han recibido información sobre la primera **reunión de la mesa eclesial** que tuvo lugar el 2 de marzo en la sede de la CEE. Participaron representantes de instituciones de la Iglesia católica implicadas en el campo de la educación. Se sumaron a la petición de los obispos de conseguir un pacto educativo que dé estabilidad a la enseñanza de la Religión en la escuela, como ya se informó en nota de prensa.

Intervención de Mons. Jorge Carlos Patrón

Ha participado en la Asamblea Plenaria el arzobispo Mons. **Jorge Carlos Patrón Wong**, secretario para los Seminarios de la Congregación para el Clero de la Santa Sede. Este prelado mexicano ha presentado la nueva *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis* “El don de la vocación presbiteral” que hizo pública la Santa Sede el pasado 8 de diciembre. Este documento describe el proceso formativo de los sacerdotes desde los años del seminario, e incluye orientaciones de diversa índole y normas que retoman las del Código de Derecho Canónico y que determinan con mayor precisión el modo en que deben ser observadas y aplicadas.

“Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional”

La Comisión Permanente aprobó en su última reunión crear un grupo de trabajo para llevar a cabo en España el proceso de consulta sobre el documento preparatorio para la XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos. Este Sínodo se celebrará en Roma en octubre de 2018 con el tema, “Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional”. Se ha informado a la Plenaria sobre el trabajo que va a llevar a cabo este grupo formado por los responsables del departamento de Pastoral de Juventud, dentro de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar, y del secretariado de la Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades.

Otros temas del orden del día

La Plenaria ha aprobado el traslado de la fecha de celebración de la Jornada del Día de la Iglesia Diocesana al domingo 32 del Tiempo Ordinario. Anteriormente se celebraba el domingo 33, pero ésta es la fecha elegida por el papa Francisco para la Jornada Mundial de los pobres.

Los obispos han repasado las actividades y el funcionamiento de la CEE durante el trienio 2014-2017. También se ha informado sobre la puesta en marcha del Plan Pastoral en las distintas Comisiones. Además se han tratado diversos asuntos de seguimiento y económicos.

La Asamblea Plenaria ha aprobado las intenciones de la CEE por las que rezará el Apostolado de la Oración el año 2018. También se ha dado el visto bueno a la modificación de los Estatutos de la Federació d'Escoltisme Valencià- Movimiento Scout Católico y la disolución de la Asociación de sacerdotes de la OCSHA.

Como es habitual en las Plenarias de renovación de cargos, la celebración de la Eucaristía tuvo lugar el martes, día 14, a las 9.00 h., antes de comenzar las elecciones. Presidió el arzobispo emérito de Barcelona, cardenal **Lluís Martínez Sistach**.

DISCURSO DEL PRESIDENTE DE LA CEE, cardenal Ricardo Blázquez Pérez “Una Asamblea Plenaria de elecciones”

- ***Saludos y recuerdos***

Queridos hermanos en el Episcopado, señoras y señores:

Al comenzar la presente Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, reciban todos un cordial saludo. Doy la bienvenida a los señores cardenales, arzobispos y obispos; este encuentro fraterno nos ofrece la oportunidad de escucharnos mutuamente, deliberar con detenimiento y adoptar las eventuales decisiones sobre las cuestiones pastorales que a todos nos conciernen. Saludo con afecto al señor nuncio; su presencia en la sesión inaugural es una ocasión oportuna para a través de él manifestar al papa Francisco nuestra cordial, honda y obediente comunión. Saludo con gratitud a los colaboradores de la Conferencia Episcopal, sin cuya leal y eficaz ayuda esta no podría cumplir adecuadamente su cometido. Con afecto y respeto saludo a los comunicadores, que cubren la información sobre nuestros traba-

jos, y deseo que mi saludo llegue también a cuantos reciban su información a través de los diversos soportes de los medios. ¡Bienvenidos todos a esta solemne sesión de apertura de la Asamblea Plenaria de los obispos de España!

Se incorporan por primera vez a nuestra Asamblea Plenaria los obispos Mons. Francisco Simón Conesa, obispo de Menorca; Mons. Antonio Gómez Cantero, obispo de Teruel y Albarracín, y Mons. Abilio Martínez Varea, obispo de Osma-Soria, nombrado por el papa Francisco el día 5 de enero de este año y ordenado el pasado sábado día 11 en la catedral de Osma.

Un saludo también desde aquí a D. José Luis Retana Gozalo, nombrado por el Santo Padre nuevo obispo de Plasencia el pasado jueves, día 9.

A todos ellos les deseamos abundantes frutos apostólicos en el desempeño de su ministerio episcopal que comienzan, así como les expresamos nuestra acogida en esta particular comunión episcopal en la que se desarrolla de manera habitual nuestro afecto colegial y servicio común en bien de las diócesis y de la entera sociedad española.

Damos las gracias a los sacerdotes D. Gerard Villalonga Hellín, D. Alfonso Belenguer Celma, D. Gabriel Ángel Rodríguez Millán y D. Francisco Rico Bayo, participante este último todavía en nuestra Asamblea, que junto con los colegios de consultores se han ocupado con generosidad y entrega del gobierno pastoral respectivo de las mencionadas diócesis. Gracias de verdad por este abnegado servicio eclesial a vuestras diócesis.

Desde la última Asamblea Plenaria han fallecido Mons. Jaume Camprodon i Rovira, obispo emérito de Girona, que murió en dicha ciudad el 26 de diciembre de 2016 a los 90 años, y Mons. José Gea Escolano, obispo emérito de Mondoñedo-Ferrol, que falleció en Valencia el día 6 de febrero pasado a la edad de 87 años. Les agradecemos los trabajos y afán apostólico que ambos desarrollaron durante tantos años al servicio del Pueblo de Dios en las Iglesias particulares a las que sirvieron. Oramos al Señor por el eterno descanso de estos dos buenos pastores de la Iglesia, a fin de que aquellos a los que encomendó en la tierra el servicio episcopal les conceda gozar de la compañía de los santos en el cielo^[1].

La presente Asamblea de la Conferencia Episcopal tiene un rasgo que la caracteriza: por elección de los obispos, ejercitando libremente su responsabilidad, serán renovados la mayor parte de los cargos de la Conferencia, a ex-

cepción del secretario general y del vicesecretario para Asuntos Económicos, que siguen otra cadencia para su renovación.

Esta coyuntura nos ofrece la oportunidad de mirar hacia atrás y hacia adelante, al camino recorrido en los tres últimos años y al futuro que se abre con el nuevo trienio. Ejercitamos la memoria y alentamos la esperanza. Continuamos la historia de la Conferencia Episcopal que comenzó hace cincuenta años y confiamos, apoyados en la fe y la esperanza, en que la providencia de Dios continuará guiándonos en el camino, con sus fases de luz y penumbra.

El año pasado celebramos el cincuentenario de la Conferencia Episcopal Española, que con prontitud admirable pusieron en marcha inmediatamente después de la clausura del Concilio Vaticano II nuestros predecesores en el cuidado pastoral de las diócesis de España. En las celebraciones de esas efemérides emergieron la visita del secretario de Estado Card. Pietro Parolin, el día 14 de octubre, en el marco del Simposio Homenaje a Pablo VI, y la de Sus Majestades los reyes de España don Felipe VI y doña Letizia, el 22 de noviembre, dentro de la Asamblea Plenaria. Una vez más agradecemos ambas visitas, nos alegramos con su reconocimiento y su estímulo, que nos alentó en el camino.

Al comienzo de esta nueva etapa que se abre con la renovación de cargos, quiero hacer algunas consideraciones, sin pretender mínimamente señalar por dónde debe caminar nuestra Conferencia Episcopal. Reafirmamos nuestra voluntad de servicio a las diócesis encomendadas, compartiendo entre nosotros análisis, deliberaciones y decisiones.

Hoy, 13 de marzo, se cumplen cuatro años de la elección del Papa Francisco. Por este motivo y por la circunstancia de final de un trienio y comienzo de otro, que marca el ritmo de nuestra andadura, quiero expresar en nombre de la Conferencia Episcopal nuestra comunión con el papa Francisco, obispo de Roma y pastor de la Iglesia universal. Recuerdo algunos ingredientes que constituyen la realidad rica y básica de la comunión eclesial entre cabeza y miembros del Colegio Episcopal: la unión fraterna en el ministerio episcopal, la colaboración y obediencia al sucesor de Pedro, el afecto cordial en el Señor, el apoyo en el ejercicio de su ministerio petrino, la manifestación de cercanía en las pruebas que comporta el encargo de apacentar el rebaño del Señor, la gratitud por su vida generosamente entregada en el cumplimiento del ministerio recibido, la búsqueda de los caminos del Evangelio en nuestro tiempo con sus oportunidades y desafíos. El papa Francisco nos

repite constantemente que oremos por él; desde aquí invito a todos a pedir al Señor, con unas palabras de la Liturgia de las Horas, que le conceda «una fe inquebrantable, una esperanza viva y una caridad solícita»[2].

1. *La Conferencia Episcopal, sujeto de sinodalidad*

El papa Francisco ha manifestado desde el principio de su ministerio de sucesor de Pedro la intención de profundizar en la sinodalidad eclesial y promover una saludable descentralización, particularmente a través del Sínodo de los Obispos y de las Conferencias Episcopales. Se trata de prolongar la onda expansiva del Concilio Vaticano II. Fue relevante en este sentido el discurso pronunciado el día 17 de octubre de 2015, en el ámbito de la Asamblea Sinodal sobre la Familia, para conmemorar el 50.º aniversario del Sínodo de los Obispos, que ha sido un espacio eclesial privilegiado de recepción e interpretación del Concilio.

La colegialidad episcopal se entiende en el seno de una Iglesia toda ella sinodal. La sinodalidad, en cuanto dimensión constitutiva de la Iglesia, proporciona el contexto interpretativo más adecuado para situar y comprender el ministerio jerárquico. Una Iglesia sinodal es una Iglesia de la escucha recíproca. Pueblo fiel, colegio episcopal y obispo de Roma, cada uno a la escucha de los demás y todos a la escucha del Espíritu Santo, el «Espíritu de la verdad» (*Jn* 14, 17), para conocer lo que él «dice a las Iglesias» (*Ap* 2, 7). El Sínodo de los Obispos es el punto de convergencia de este dinamismo de escucha. El camino sinodal empieza escuchando al pueblo, que «participa también de la función profética de Cristo» (*Lumen gentium*, n. 12) conforme a un principio muy estimado por la Iglesia del primer milenio: «*Quod omnes tangit ab omnibus tractari debet*». El camino del Sínodo prosigue escuchando a los pastores. A través de los padres sinodales, los obispos actúan como auténticos custodios, intérpretes y testigos de la fe de toda la Iglesia. El hecho de que el Sínodo actúe siempre «*cum Petro et sub Petro*» no es una limitación de libertad, sino una garantía de unidad. En una Iglesia sinodal, el Sínodo de los Obispos es solo la manifestación más clara de un dinamismo de comunión que inspira todas las decisiones eclesiales. «El camino de la *sinodalidad* es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio». Pues bien, en este dinamismo se sitúan también las Conferencia Episcopales.

El papa ha anunciado la XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos con el tema «los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional»», que se celebrará en octubre del año 2018, Dios mediante. El *Documento*

preparatorio, después de desbrozar el campo e introducir en el tema, añade un cuestionario amplio para describir la situación, leerla entre todos y compartir prácticas y experiencias. Con las respuestas será elaborado el *Instrumentum laboris* o documento de trabajo de la Asamblea. Conviene que sea distribuido y contestado el cuestionario lo más ampliamente posible. Es la fase del oír y escuchar con apertura; forma parte del camino sinodal que es un proceso de escucha, diálogo e intercambio. En esta Asamblea Plenaria tendremos la oportunidad de reflexionar sobre el Sínodo anunciado y de impulsar lo más ampliamente posible el cuestionario. Como Jesús se acercó a los dos discípulos que iban de Jerusalén a Emaús para entablar diálogo con ellos (cf. *Lc 24, 15*), también nosotros debemos dialogar con los jóvenes mientras van de camino, esforzándonos por entender su forma de pensar y sus aspiraciones, sus inquietudes y esperanzas, sus dudas y convicciones. Solo podremos atinar con la palabra de discernimiento si antes hemos escuchado y conectado vitalmente con ellos. Tienen probablemente mucho que decir y nosotros mucho que escuchar. En el coloquio del camino se produce el despertar del interés y la comunión mutua; por el camino llegamos a la mesa de la posada.

La reforma de la Curia Romana, que ya ha recorrido un tramo importante, repercutirá también en el organigrama de nuestra Conferencia Episcopal y en la organización de los servicios pastorales de nuestras diócesis, como ocurrió en fases anteriores. Varios principios inspiran este cambio estructural: simplificación, concentración en lo fundamental, agilidad en el funcionamiento, eficacia en la prestación de los servicios evitando en lo posible lentitudes innecesarias y dispersión de esfuerzos personales, «conversión pastoral» en clave evangelizadora. En la revisión que hemos iniciado de la Conferencia Episcopal, según decidimos en el Plan Pastoral para estos años, probablemente necesitamos también tratar estos aspectos. La constitución de los nuevos dicasterios romanos de *Laicos, Familia y Vida* y de *Desarrollo Humano Integral*; la nueva configuración de la *Congregación para el Clero* incorporando lo relacionado con los *Seminarios*; la erección del Consejo Pontificio sobre la *Catequesis y Nueva Evangelización*, etc. nos ofrecen un paradigma para los organismos de nuestra Conferencia Episcopal. La sinodalidad, que halla en la Conferencia Episcopal un sujeto relevante, será fuente de inspiración y articulación.

2. *Edificar sobre sólidos cimientos*

La formación de un nuevo Gobierno, dejando atrás la larga situación de un Ejecutivo en funciones, significó probablemente alivio en la sociedad. La configuración de las Cortes, resultado de las elecciones generales, es muy diversa de las anteriores legislaturas. La resituación de los partidos políticos con sendos congresos es también un factor que debe ser tenido en cuenta. En medio de los cambios e incertidumbres en que se halla inmersa Europa e incluso países con una trascendencia inmensa en la marcha de la humanidad, un cierto desasosiego general y otros factores piden de nosotros una profunda reflexión, subrayando los elementos fundamentales y adoptando las actitudes y orientaciones convenientes. Cuando se conmueven los cimientos, necesitamos afianzarnos en el fundamento trascendente que es Dios, en la historia que nos precede y se prolonga en nosotros y abiertos al futuro con las luces de esperanza y de temor que emite.

Recuerdo un consejo del papa, que nos ha dado a los españoles hace pocos meses: «Diálogo. Es el consejo que doy a cualquier país. Por favor, diálogo. Como hermanos, si se animan, o al menos como civilizados. No se insulten. No se condenen antes de dialogar... Hoy día, con el desarrollo humano que hay, no se puede concebir la política sin diálogo. Y eso vale para España y para todos. Así que usted me pide un consejo para los españoles: dialoguen» (Entrevista al diario *El País*, 22.I.2017). El diálogo, siempre necesario, es insustituible en las Cortes y demás parlamentos regionales a la vista de su composición. Cuando el diálogo ha sido practicado en nuestra historia hemos salido beneficiados todos, hemos podido abatir muros y levantar puentes de comunicación, de proximidad en la relación, de camino emprendido por todos unidos hacia el futuro.

«No se insulten... dialoguen», nos decía el papa Francisco en la mencionada entrevista. Los insultos no son razones: denotan, más bien, intransigencia y debilidad. Los derechos humanos forman como una constelación en la que ningún derecho es “ab-soluto” en el sentido de que pudiera separarse de los demás. Por ejemplo, el ejercicio del derecho a la libertad de expresión debe ser compatible con el derecho al respeto de los sentimientos religiosos. El diálogo auténtico requiere respeto mutuo para buscar juntos las soluciones pertinentes.

Me permito recordar algunos criterios éticos sobre realidades básicas en nuestra coyuntura histórica delicada y decisiva.

a) Dignidad de la persona humana

La persona humana con su dignidad inviolable, sus derechos y deberes, debe ocupar el centro de nuestra atención en todos los órdenes. ¡No se le corte el paso en la gestación ni se le anticipe el desenlace natural! Únicamente Dios es nuestro Creador y nuestro Dueño. Nadie es dueño de las personas, nadie; ni el Estado puede disponer por sí y ante sí del derecho a la vida de otros. Desde el momento en que surge una vida nueva debe ser respetada en su singularidad personal, ya que trasciende a los mismos padres.

¿Por qué la unión humanamente más íntima, como la del matrimonio, se puede convertir en ámbito peligroso para la vida del consorte? ¡Cuántas mujeres asesinadas por la violencia machista! Quizá haya un impulso atávico y ancestral agazapado en los pliegues de la cabeza y del corazón que no ha sido suficientemente educado; en esta educación, que fortalece el respeto mutuo, no debe faltar la educación de la conciencia moral. Las medidas que deban ser adoptadas para proteger la vida de la mujer no bastan si no reciben el refuerzo de la formación ética.

No se respeta la dignidad de las llamadas «madres subrogadas» o «madres de alquiler», ni la del niño, cuando este se consigue al margen del ámbito digno para ser concebido, gestado junto al corazón de la madre, esperado y recibido como persona. (*Subrogar*, que es la palabra técnica utilizada, significa «sustituir o poner a alguien en lugar de otra persona»). ¿De quiénes es hijo, no solo desde un punto de vista biológico, sino como persona, el “niño” gestado en un vientre materno de alquiler o contratado? No todo lo que técnicamente se puede hacer respeta la dignidad de las personas. El hombre es creado por Dios con el concurso de los padres, no fabricado por la ciencia y la técnica, por más admirables conquistas que estas hayan alcanzado.

El hombre, por ser persona, debe ser respetado desde el inicio de la vida hasta el último aliento; y en todas las circunstancias de la vida. No podemos pasar al lado de quien nos necesita, mirando para otra parte y desentendiéndonos. Si no reconocemos al varón y a la mujer, dotados de la misma dignidad y derechos, en sus legítimas diferencias, son insuficientes otras medidas sociales, políticas y jurídicas, aunque sean necesarias y contribuyan a la solución de problemas tan complejos. El reconocimiento de la persona en su dignidad, y el respeto de los deberes y derechos de cada uno, es un pilar básico en toda situación histórica. El rostro de una persona, aunque esté desfigurado, refleja la imagen de Dios (cf. *Gén* 1, 27). El hombre puede construir

la sociedad al margen de Dios, pero la edificará con perjuicio del hombre[3]. Dios es el garante supremo del hombre en su dignidad inviolable.

El hombre, creado por Dios, ha recibido el encargo de dominar los pájaros del cielo, los peces del mar y las bestias de la tierra, reconociendo la autoridad suprema de Dios (cf. *Gén* 1, 27-31). El Señor funda y promueve nuestra libertad. Dios no quiere ser servido por esclavos humillados, sino por hijos libres. Y el mismo Dios ha sometido todo al hombre. «¡Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra! Le coronaste de gloria y dignidad; le diste el mando sobre las obras de tus manos. Todo lo sometiste bajo sus pies» (cf. *Sal* 8, 2.6-7). En la cumbre de las criaturas Dios ha colocado al hombre.

El ser humano, varón y mujer, ha sido dotado de entendimiento, libertad y responsabilidad, por lo cual está ante Dios como un tú a tú, llamado a decir sí; pero puede también negarse. Bellamente escribió san Juan de la Cruz: «Un solo pensamiento del hombre vale más que todo el mundo»[4]. En el reconocimiento de la dignidad personal del hombre radican sus derechos, que deben ser respetados, y sus deberes, que deben ser cumplidos. En medio de la creación, confiada al cuidado del hombre, solo rompe su soledad la compañía de la mujer, «alguien como él». Por eso, pueden ser «los dos una sola carne» (2, 18 y 24). Necesitamos custodiar y promover la dignidad de la persona humana y la identidad del matrimonio.

b) Iglesia, servidora de los pobres

Este fue el título de una instrucción pastoral, aprobada por la Conferencia Episcopal, en su peregrinación a Ávila, el día 24 de abril de 2015, para celebrar el V centenario del nacimiento de santa Teresa de Jesús. Según aparece en el comportamiento de Jesús y en su doctrina, los pobres están en el corazón del Evangelio. Por eso, declara herederos del Reino eterno a quienes en los necesitados le socorren a Él mismo: «Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme» (*Mt* 25, 35-36). Como cristianos escuchamos al Señor y queremos traducir en las relaciones personales, familiares y sociales estas palabras que son como el cuestionario para el examen final de la vida, «a la tarde te examinarán del amor»[5].

La instrucción pastoral de la Conferencia tenía entonces sobre todo presente la situación de personas y familias, golpeadas particularmente por la crisis,

tan dura y duradera. Nos hacemos hoy eco, entre otras necesidades, de los jóvenes que aguardan años y años sin conseguir un empleo digno y estable; de la precariedad laboral, de las familias que están al borde de la pobreza, de la distancia preocupante entre ricos y pobres, de tantos refugiados en las fronteras de Europa, de quienes arriesgan sus vidas en la inmigración, sorteando barreras imposibles y mares, etc. Agradecemos cordialmente que Cáritas, Manos Unidas e Institutos de Vida Consagrada hayan estado y estén al lado de los necesitados. Reconocemos igualmente el apoyo de muchas personas generosas que entregan su tiempo y su ayuda despertando nuestra conciencia social, humana y cristiana. La Conferencia Episcopal desea testificar el Evangelio de Jesús, que defendió a los descartados y proclamó bienaventurados a los pobres de corazón y fermento de solidaridad auténtica (cf. *Mt* 5, 3; *Lc* 6, 20). Destinatarios privilegiados de su misión fueron los pobres, los pecadores y los enfermos.

Repito hoy lo que entonces dijimos en *Iglesia, servidora de los pobres*: «Pedimos perdón por los momentos en que no hemos sabido responder con prontitud a los clamores de los más frágiles y necesitados. No estáis solos. Estamos con vosotros; juntos en el dolor y en la esperanza; juntos en el esfuerzo comunitario por superar esta situación difícil» (n. 56).

Hace pocos días ha nombrado la Conferencia Episcopal a D. Manuel Bretón presidente de Cáritas Española, que es la Confederación de las Cáritas diocesanas. El nuevo presidente releva en el cargo a D. Rafael del Río, que ha ejercido la presidencia durante doce años muy significativos en la vida de Cáritas y la sociedad española. En nombre de la Conferencia Episcopal, de las diócesis y de cuantas personas se han beneficiado de los servicios de Cáritas, agradezco profunda y sinceramente el servicio generoso y eficaz prestado por D. Rafael. Igualmente doy las gracias a D. Manuel por la disponibilidad con que ha asumido la presidencia, a quien avala una larga trayectoria de atención a los más vulnerables, dentro y fuera de España.

c) Pacto de Estado sobre la educación

En muchas ocasiones ha manifestado la Iglesia la necesidad de un pacto en que converja la sociedad, ya que estamos convencidos de que tantas leyes orgánicas sobre educación no es la solución razonable. Se han sucedido muchas sin verificar con el tiempo requerido su acierto.

La Iglesia ha cumplido durante siglos una tarea en el campo educativo. No es posible hacer la historia de la educación sin recordar las congregaciones

religiosas y sus fundadores, que fueron maestros, pedagogos y educadores relevantes. La Iglesia es experta en educación porque es «experta en humanidad» (Pablo VI), por el conocimiento de las personas y por la ayuda a madurar en la verdad, el amor y la formación humana y profesional. La educación es un campo en que la Iglesia ha dejado una huella profunda que debe ser rastreada en la presente encrucijada.

La Ley de Educación que resulte del pacto será aprobada por las Cortes, donde reside la representación de los ciudadanos. Pero debe preceder un amplio diálogo social, en el que intervengan padres, educadores, expertos, instituciones acreditadas en este campo de la educación tan decisivo para el presente y para el futuro de la sociedad.

La Iglesia quiere y juzgamos tiene derecho a estar presente en esta situación extraordinaria de gestación del Pacto de Estado sobre la Educación. En la Constitución, aprobada por todos, se contiene el acuerdo fundamental sobre la educación, que debe ser tenido en cuenta. El artículo 27 de la Constitución afirma lo siguiente: «Todos tienen derecho a la educación. Se reconoce la libertad de enseñanza. La educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana en el respeto a los principios democráticos de convivencia y a los derechos y libertades fundamentales. Los poderes públicos garantizan el derecho que asiste a los padres para que sus hijos reciban la formación religiosa y moral que esté de acuerdo con sus propias convicciones. Se reconoce a las personas físicas y jurídicas la libertad de creación de centros docentes, dentro del respeto a los principios constitucionales». Los Acuerdos firmados entre la Santa Sede y el Estado español suponen la Constitución previamente aprobada.

Nuestra Constitución se apoya en la Declaración Universal de los Derechos Humanos por la Asamblea de la ONU en París, el 10 de diciembre de 1948. Por lo que se refiere a la educación véanse especialmente los artículos XVIII y XXVI.

Para alcanzar la finalidad de la educación, que es el pleno desarrollo de la personalidad humana, contribuye también la educación moral y religiosa, ofertada por los centros y elegida libremente por los padres de los alumnos. Apoyamos no solo la enseñanza católica, sino también la de otras confesiones cristianas o religiones reconocidas por el Estado. En la formación integral de las personas se contiene también la educación religiosa y el conocimiento de nuestra propia historia, que ha producido numerosas manifestaciones en el arte, en los templos, en las tradiciones culturales, en pueblos y

ciudades. Deseamos igualmente que la dimensión social de la enseñanza no se sacrifique para convertirla en elitista.

3. *Dos tareas fundamentales: formación sacerdotal y pastoral juvenil*

En la presente Asamblea Plenaria escucharemos y dialogaremos sobre dos grandes realidades que tienen una trascendencia en la vida y misión de la Iglesia. Aunque cada obispo en su diócesis haya iniciado su tratamiento, es la primera vez que reflexionaremos sobre ellas en la Asamblea, teniendo en cuenta las fechas de su notificación. Les dedicaremos nuestra atención en futuras ocasiones. Me refiero a la *Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis*, hecha pública en la Sede de la Congregación para el Clero, el día 8 de diciembre de 2016; y al *Documento preparatorio* para la XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*, acompañado de una carta del papa Francisco, fechada el día 13 de enero de 2017.

a) *El don de la vocación al presbiterado*

La *Ratio fundamentalis* se titula con las primeras palabras, como es habitual, *El don de la vocación presbiteral*. Ya hemos recibido información del presidente de la Comisión Episcopal de Seminarios en la reciente reunión de la Comisión Permanente. En esta Asamblea Plenaria tendremos la oportunidad de escuchar a Mons. Jorge Carlos Patrón Wong, secretario de la Congregación del Clero para los Seminarios. Agradezco su presencia entre nosotros, que prometió generosamente respondiendo a nuestra invitación.

La vocación al presbiterado es un don de Dios en todo el itinerario, desde su primer balbuceo, su progresiva clarificación, maduración y discernimiento hasta el día culminante de la ordenación sacramental y todo el recorrido posterior. Dios no cesa de pronunciar nuestro nombre y decirnos con renovada confianza: «Yo te he elegido y no me arrepiento de mi llamada». Nuestra respuesta supone la iniciativa de Dios, que nos «primerea» (cf. *Jn* 4, 9-10.19). El don posibilita y promueve la tarea; el sacramento reclama una existencia perseverante y fiel.

A la continuidad del don de la vocación responde la conexión entre formación inicial y permanente, que constituye una insistencia constante de la *Ratio fundamentalis*. «Realizado el primer discernimiento vocacional, la formación, entendida como único camino discipular y misionero, se puede dividir en dos grandes momentos: la formación inicial en el seminario y la formación permanente en la vida sacerdotal» (n. 54). Con autoridad especial

nos expondrá la *Ratio fundamentalis* el secretario de la Congregación para los Seminarios.

b) Un Sínodo de los Obispos sobre los jóvenes

El *Documento preparatorio* o *Lineamenta* presenta, en el comienzo, a modo de «icono evangélico», el pasaje que narra cómo dos discípulos de Juan el Bautista siguen a Jesús, que les pregunta: «¿Qué buscáis?». Y ellos respondieron: «Maestro, ¿dónde vives?»; a lo que responde Jesús: «Venid y lo veréis». Y fueron con Él. El impacto del encuentro de aquel día fue imborrable (cf. *Jn* 1, 36-39). Este pasaje evangélico nos encamina al centro del próximo Sínodo: el encuentro de los jóvenes con Jesús. Este encuentro colmará sus esperanzas, incentivará sus búsquedas, llenará de luz y de fuerza su vida en camino. Jesús nos responde y al mismo tiempo nos interroga. Deseamos que el itinerario que ahora comenzamos culmine en el encuentro personal y comunitario en la Iglesia con el único Salvador.

Todos los que convivimos en una misma situación histórica podemos decir “hoy”. Pero las diversas generaciones pronunciamos este “hoy” con la experiencia de veinte años o de cuarenta o de sesenta o de ochenta. Una generación es un factor biológico y también un fenómeno social que debe ser conocido atentamente. Los contemporáneos vivimos los mismos acontecimientos y respiramos el aire del mismo ambiente, pero de manera especial. El documento preparatorio se refiere a los jóvenes comprendidos aproximadamente entre los 16 y los 29 años. Se dirige a personas en una fase decisiva de la vida. Lo primero que debemos hacer es acercarnos, conocernos, preguntarnos y escucharnos. La Iglesia quiere oír lo que piensan, viven y sueñan los jóvenes; sus opiniones, también sus dudas, sus esperanzas, deseos, incertidumbres y prevenciones. La escucha mutua es parte de la sinodalidad que culminará en la Asamblea de los Obispos. No es tanto un estudio sociológico cuanto una conversación mientras vamos caminando (cf. *Lc* 24, 17). Por eso, es bueno que los materiales preparatorios lleguen capilarmente y grupalmente al mayor número posible de jóvenes. No temamos sus críticas ni nos blindemos ante sus opiniones. Busquemos todos juntos y fomentemos la comunicación de las diversas generaciones que compartimos el “hoy” de nuestro tiempo.

El día 9 de enero murió a los 91 años en Leeds (Inglaterra) el famoso sociólogo Z. Bauman, que había nacido en la ciudad polaca de Poznam. A veces es conocido como el sociólogo de la «modernidad líquida». El *Documento preparatorio* se expresa al tratar de los jóvenes en el mundo de hoy con

unas palabras que probablemente se refieran a la misma metáfora, «la combinación entre complejidad elevada y cambio rápido provoca que nos encontremos en un contexto de fluidez e incertidumbre nunca antes experimentado». ¿Qué quiere decir Bauman con modernidad líquida y qué puede significar «fluidez e incertidumbre» en el documento introductorio? A diferencia de convicciones sólidas que resisten vigorosamente, el mundo «líquido» significa inseguridad, indiferencia, poder de lo efímero y provisional, renuencia a compromisos duraderos y alergia a lo institucional. Hay también, para aludir a otra metáfora, ideales inconsistentes que se desvanecen como el humo. Necesitamos comprender el ambiente para conocer mejor las oportunidades y las dificultades que viven particularmente los jóvenes. No cedamos al individualismo ni nos encerremos en el presente olvidando las promesas de Dios y cortando alas a la esperanza. ¡Qué importante es que nos reconozcamos y apreciemos unas generaciones a otras! Nos necesitamos mutuamente. El diálogo nos ayuda a caminar juntos en el seguimiento de Jesús, al que nos encamina el Precursor, como a los discípulos en el «icono» evangélico.

La fe, la maduración humana y la vocación son inseparables; en el dinamismo de la fe descubrimos la llamada que Dios nos dirige a cada uno. El hombre por definición es vocación, camino hacia la meta, peregrinación junto a otros.

Cada persona puede recibir diversas vocaciones que se integran en armonía vital. La primera es la llamada a la existencia. Dios ha pronunciado aquellas palabras creadoras: «hagamos al hombre, varón y mujer, a nuestra imagen». La segunda vocación es la vocación a formar parte de la *Ecclesia*, que como tal es etimológicamente la Elegida por Dios. La fe y la conversión selladas por el bautismo incorporan a la comunidad cristiana. En tercer lugar, dentro de la Iglesia, existen vocaciones diferentes y todas excelentes, al matrimonio cristiano, al ministerio sacerdotal, a la vida consagrada. Y, por fin, cada persona, irrepetible y amada singularmente por Dios, recibe dentro de las vocaciones que compartimos con otras en la Iglesia y en la sociedad, la llamada a ser nosotros mismos, a cubrir nuestra irrepetible definición, respondiendo al diseño de Dios.

Las diversas vocaciones, para ser descubiertas y acompañadas, requieren discernimiento. En la progresiva maduración necesitamos la luz del Espíritu Santo y el acompañamiento de otras personas experimentadas. Preparemos el próximo Sínodo ya desde ahora. La convocatoria de un Sínodo sobre la

juventud enlaza oportunamente con las Asambleas sinodales sobre la familia.

A ello nos ayudará también la celebración los próximos meses de dos eventos importantes que tienen a los jóvenes como protagonistas y nuestro país como escenario. Por una parte, el más próximo en el tiempo es de carácter internacional y tendrá lugar en Barcelona del 28 al 31 de marzo. Se trata del Simposio organizado por el Consejo de Conferencias Episcopales de Europa (CCEE), en el que, bajo el lema «Acompañar a los jóvenes», se darán cita los obispos responsables de pastoral juvenil, educativa, catequética, vocacional y universitaria de Europa, a fin de reflexionar sobre el acompañamiento pastoral de los jóvenes y la ayuda a su discernimiento vocacional.

El otro evento reunirá en Granada del 28 al 30 del próximo mes de abril a los componentes de los equipos de pastoral juvenil de las diócesis españolas, teniendo también como tema de estudio el acompañamiento espiritual de los jóvenes para ayudarles, como señala el Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española, a «discernir su identidad, vocación y misión en la Iglesia y en el mundo».

4. *La beatificación de los mártires del siglo XX en Almería*

Por último quisiera referirme a un acontecimiento que nos llena de gozo porque simboliza el mayor acto de amor de un cristiano (cf. *Jn* 15, 13): la entrega martirial, culmen de la santidad, que vemos reflejada en los 115 mártires de Almería, encabezados por el deán José Álvarez Benavides de la Torre, martirizados el pasado siglo, y que serán beatificados en nombre del papa Francisco el próximo día 25 de marzo en Aguadulce-Roquetas de Mar (Almería).

Como señalé en este mismo lugar en el discurso inaugural de la XC Asamblea Plenaria, poco tiempo después de la beatificación el 28 de octubre de 2007 en Roma de otro grupo numeroso de mártires españoles del siglo XX, casi medio millar, «los mártires cristianos certifican con su muerte la importancia de la fe en Dios. Esta fe los orientó mientras vivían y, en sublime lección, afrontaron la muerte poniendo en manos de Dios su existencia entera, confiados en su amor y en su fidelidad. A la hora de la verdad, el poder de la fe fue para ellos lo decisivo. Con la luz y la fuerza de la fe pusieron en juego lo más personal y básico, es decir, la misma vida... En ellos se cumplieron literalmente las palabras de Jesús: “Quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará” (*Mc* 8, 35). Comparadas con esa alternativa sobre la

vida o la muerte, otras opciones de carácter cultural, político, ideológico, o social quedan en un nivel muy distinto. La fe en Dios, la confianza en la verdad del Evangelio, la esperanza en la Vida eterna, ejercieron sobre los mártires un poder que nos sobrecoge. El martirio es como un test que comprueba inequívocamente la calidad de un cristiano. La estatura espiritual y moral de los hombres alcanza en los mártires la talla suprema. Los mártires, consiguientemente, nos interrogan acerca de la valentía y de la humildad de nuestra fe; y, por lo mismo, denuncian sin palabras los acomodados y compendados a que podemos someter la altísima relevancia de la fe»[6].

«Los mártires, habiendo sido perdonados y queridos por Dios, ofrecen también el perdón. No denuncian ni señalan a nadie, no guardan rencor en su corazón; siguiendo a Jesús, su sangre pronuncia también una palabra de perdón. Esta reacción de los mártires es de una generosidad humanamente incomprendible; solo puede explicarse porque el Espíritu del Amor, el Espíritu de Jesucristo, alienta en su corazón... La beatificación de los mártires no va contra nadie, a nadie se echa en cara su muerte, a nadie se acusa, a nadie se pide cuentas... [Con esta nueva beatificación] hacemos memoria de un capítulo de la historia de nuestra Iglesia, muy doloroso en su tiempo y hoy hondamente gozoso, que nos invita a asimilar la magnífica lección de fe en Dios y de misericordia que nos dejaron los mártires. ¡Que su ejemplo e intercesión nos fortalezcan en la transmisión de la fe, en la comunión eclesial, en la colaboración al bien común de la sociedad y en los trabajos por la paz!»[7].

Ponemos en manos de María, Nuestra Señora del Rosario de Fátima, cuyo centenario de sus apariciones celebramos este año, los trabajos de esta Asamblea, y le pedimos que interceda ante su Hijo por todos nosotros.

[1] Cf. *Misa por un obispo difunto. Oración sobre las ofrendas*.

[2] *Vísperas del Jueves III*.

[3] Cf. H. de Lubac, *Le drame de l'humanisme athée*, Spes, París³1945, p. 10.

[4] *Dichos de luz y amor*, p. 34.

[5] *Dichos de luz y amor*, p. 59.

[6] Ricardo Blázquez Pérez, *Discurso inaugural de la XC Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española* (19.XI.2007)

[7] *Ibíd.*

SALUDO DEL NUNCIO APOSTÓLICO EN ESPAÑA,
Mons. Renzo Fratini,

Eminentísimo Señor Cardenal Presidente,
Eminentísimos Señores Cardenales,
Excelentísimos Señores Arzobispos y Obispos,
Señoras y Señores:

Apreciando vivamente la invitación presentada, valorando en ella un signo de comunión con el Santo Padre, acudo a saludarles fraternalmente y alentarles en los trabajos que ahora inician mirando, con responsabilidad y unanimidad de corazón, el bien de la Iglesia que está en España.

1. Al cumplirse el tiempo marcado para renovar todos los cargos que sirven a esta Conferencia, excepto el de Secretario General, la presente reunión observará el cometido señalado en sus Estatutos. Los cargos, cada uno en su modalidad, no son otra cosa que un servicio de caridad, una ayuda eficaz a la buena marcha del conjunto con objetivos claros.

Las diferentes responsabilidades que se confían para el servicio de todos, tienen por fin, así lo indican los mismos estatutos, fortalecer la misión evangelizadora y responder, de forma más eficaz, al mayor bien que la Iglesia debe procurar también a los hombres (cf. Estatutos, art. 1 §1). El fin que persigue la Iglesia es la salvación de las almas, su verdadero bien, y este lo procura por los medios que le ha confiado su mismo Fundador, Nuestro Señor Jesucristo. El, como creemos firmemente, al manifestarse y consumir su obra por el misterio pascual, “*ha hecho brillar la vida y la inmortalidad*” (2 Tim 1,10). Por lo cual, en su misión, la Iglesia favorece el sentido de la existencia, el sentido de la vida como alma de todo proyecto verdaderamente humano, contribuyendo así al bien común de la sociedad en construcción, por el amor que el mismo Cristo Jesús pone en nuestros corazones con la presencia del Espíritu Santo (Cf. 2Cor 1, 22).

2. En el temario de esta Asamblea, observo gustoso que han reservado con prontitud el debido espacio a un tema de vital importancia. La reflexión sobre la Ratio “*Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis*”. Para ello contarán con la presencia de S.E. Mons. Jorge Carlos Patrón Wong, Secretario para los Seminarios de la Congregación para el Clero. El documento, emanado por dicha Congregación para el Clero, fue aprobado por el Santo Padre Francisco el pasado 13 de octubre de 2016. Conscientes de la necesidad de

que la formación de los sacerdotes es un gran bien para cada Diócesis, el documento pone de relieve la unidad y continuidad de la formación del clero, e invita a la elaboración de una *Ratio* nacional.

En estos días, esta Conferencia Episcopal ha hecho pública la estadística referente al clero y a los seminarios diocesanos en España; hay en ella un apunte que, con confianza en el Señor, no debe dejarnos cómodamente sin reacción. Al Obispo, como guía que integra todos los demás carismas de su Diócesis, le compete el fomento de las vocaciones sacerdotales. La Iglesia siempre necesita pastores con formación sólida y ardor apostólico. Dios ha querido necesitar hombres que vivan para Él y lo lleven a los demás, y ha puesto, en el centro de su Iglesia, su presencia eucarística. El asunto es vital para ella. La Iglesia tiene así en la Sagrada Eucaristía la fuente y la cumbre de toda su acción (Cf. SC n. 10), por tanto el fomento de las vocaciones sacerdotales siempre será prioridad dentro del plan pastoral del Obispo. En sus expresiones y testimonio, el Santo Padre Francisco no solo invita a organizar una pastoral hecha solamente sobre una mesa. Con ocasión del Congreso Internacional de Pastoral Vocacional decía a los participantes: *“Ustedes también han experimentado un encuentro que cambió vuestra vida, cuando otro sacerdote les hizo sentir la belleza del amor de Dios. Hagan lo mismo saliendo, escuchando a los jóvenes. [...] La Iglesia en el mundo está necesitada de sacerdotes maduros y equilibrados, de pastores intrépidos y generosos, capaces de cercanía, escucha y misericordia”* (Discurso, 21/10/2016).

3. Nada más. Solo terminar con las expresiones de un profundo deseo que llevo constantemente a la oración y que les encarezco mucho, se trata de una fraternal exhortación a la unidad entre todos los miembros de este obispado; especialmente en esta hora. Es necesario para el desarrollo de la tarea evangelizadora cuyos frutos espirituales vivifican también la cohesión de la vida de una sociedad digna del hombre para la gloria de Dios.

Señores Obispos, recurro a la maternal intercesión de la Santísima Virgen María encomendándole los trabajos que ahora inician. A todos y a cada uno de ustedes reitero mi disponibilidad, es la misión que el Santo Padre me confía.

Muchas gracias.

Madrid, 13 de marzo de 2017

MIEMBROS DE LA COMISIÓN PERMANENTE (TRIENIO 2017-2020)

Los obispos de la Asamblea Plenaria han elegido a los miembros que forman parte de la Comisión Permanente para el próximo trienio 2017-2020: los obispos presidentes de las **14 Comisiones Episcopales, los metropolitanos de Santiago, Burgos y Mérida-Badajoz**, en representación de sus provincias eclesíásticas, y por estatutos los miembros de Comité Ejecutivo.

Presidentes de las 14 Comisiones Episcopales, según el orden de elección:

- **Enseñanza y Catequesis:** Mons. **César Augusto Franco Martínez**, obispo de Segovia (segundo trienio)
- **Liturgia:** Mons. **Julián López Martín**, obispo de León (segundo trienio)
- **Medios de Comunicación Social:** Mons. **Ginés Ramón García Beltrán**, obispo de Guadix (segundo trienio)
- **Migraciones:** Mons. **Juan Antonio Menéndez Fernández**, obispo de Astorga (primer trienio)
- **Misiones y Cooperación entre las Iglesias:** Mons. **Francisco Pérez González**, arz. Pamplona y obispo Tudela (primer trienio)
- **Pastoral:** Mons. **Braulio Rodríguez Plaza**, arzobispo de Toledo (primer trienio)
- **Pastoral Social:** Mons. **Atilano Rodríguez Martínez**, obispo de Sigüenza-Guadalajara (primer trienio)
- **Patrimonio Cultural:** Mons. **Juan José Asenjo Pelegrina**, arzobispo de Sevilla (primer trienio)
- **Relaciones Interconfesionales:** Mons. **Adolfo González Montes**, obispo de Almería (primer trienio)
- **Seminarios y Universidades:** Mons. **Joan Enric Vives Sicilia**, arzobispo de Urgell (segundo trienio)
- **Vida Consagrada:** Mons. **Jesús E. Catalá Ibáñez**, obispo de Málaga (primer trienio)

— **Apostolado Seglar:** Mons. **Javier Salinas Viñals**, obispo auxiliar de Valencia (segundo trienio)

— **Clero:** Mons. **Rafael Zornoza Boy**, obispo de Cádiz y Ceuta (primer trienio)

— **Doctrina de la Fe:** Mons. **Enrique Benavent Vidal**, obispo de Tortosa (primer trienio)

En representación de sus Provincias Eclesiásticas, los metropolitanos de Santiago, Mérida-Badajoz y Burgos:

— Mons. **Julián Barrio Barrio**, arzobispo de Santiago

— Mons. **Celso Morga Iruzubieta**, arzobispo de Mérida-Badajoz

— Mons. **Fidel Herráez Vegas**, arzobispo de Burgos

Son también miembros de la Comisión Permanente por estatutos los miembros del Comité Ejecutivo:

— Cardenal **Ricardo Blázquez Pérez**, arzobispo de Valladolid, presidente de la CEE

— Cardenal **Antonio Cañizares Llovera**, arzobispo de Valencia, vicepresidente de la CEE

— D. **José M^a Gil Tamayo**, secretario general de la CEE

— Cardenal **Carlos Osoro**, arzobispo de Madrid, miembro nato

— Mons. **Juan José Omella**, arzobispo de Barcelona

— Mons. **Jesús Sáenz Montes**, arzobispo de Oviedo

— Mons. **Vicente Jiménez Zamora**, arzobispo de Zaragoza

Comisión Episcopal de Liturgia

CELEBRAR LA EUCARISTÍA CON EL MISAL ROMANO Mensaje de la Comisión Episcopal de Liturgia

La publicación de una nueva edición en lengua española del Misal Romano, la IIIª de acuerdo con la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II, ofrece una buena ocasión para examinar y mejorar nuestras celebraciones de la Eucaristía. No se trata, simplemente, de sustituir una edición por otra más moderna o actualizada sino de hacer un ejercicio de recepción consciente y responsable del libro que nos ofrece la Iglesia, depositaria y transmisora del “*Sacramento de nuestra fe*”, para que cumplamos el mandato del Señor al instituirlo (cf. 1 Cor 11,23-26 y par.).

Con este motivo, la Comisión Episcopal de Liturgia al servicio de la Conferencia Episcopal Española, a la vez que ha preparado la nueva edición que en su día fue aprobada por la XCIV Asamblea Plenaria de los obispos celebrada del 19 al 23 de abril de 2010 y que ha obtenido la necesaria “*recognitio*” de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos con fecha de 8 de diciembre de 2015, desea ofrecer a los sacerdotes, a los responsables de la pastoral litúrgica en las distintas comunidades y a los fieles cristianos en general una consideraciones de carácter pastoral y espiritual en orden a una recepción más fructuosa y eficaz de la nueva edición del Misal Romano.

1. Breve referencia histórica del Misal Romano

La nueva edición que ve la luz, contiene la traducción oficial en lengua castellana del *Missale Romanum* promulgado el 3 de abril de 1969, Jueves Santo, por el beato Pablo VI y cuya tercera edición típica apareció en 2002 y, con algunas modificaciones, en 2008[1]. Por tanto, no estamos ante un “nuevo misal”, expresión que se usa a veces pero que no es correcta, sino ante una nueva edición del ya existente. En su título: *Misal Romano reformado por mandato del Concilio Vaticano II promulgado por S.S. el Papa Pablo VI y renovado por S.S. el Papa Juan Pablo II* se hace referencia implícitamente a la reforma litúrgica promovida por el último concilio ecuménico así como a los papas que la han llevado a cabo en el ámbito de la celebración eucarística promulgando el libro litúrgico sin duda más importante después del *Orden de lecturas de la Misa* o *Leccionario*. El *Missale Romanum* del Vaticano II ya no con-

tiene las lecturas de la Misa, tal y como sucedía en las ediciones precedentes, pero sigue siendo heredero directo del libro que promulgó el papa san Pío V en 1570 a instancias del Concilio de Trento siguiendo el modelo de lo que se conocía como misales plenarios, es decir, conteniendo a la vez las lecturas, las oraciones y prefacios, la plegaria eucarística y las antifonas para el canto.

Esta nueva edición del *Misal Romano* en castellano tiene lugar inmediatamente después de la publicación de los leccionarios que contienen la versión oficial bíblica de la Conferencia Episcopal Española, si bien los trabajos de revisión de la traducción del Misal se habían iniciado mucho antes, a instancias de la *Instrucción sobre el uso de las lenguas vernáculas en la edición de los libros de la Liturgia Romana "Liturgiam Authenticam"* (28-III-2001)[2], que exige, tanto en las traducciones nuevas como en la revisión de las que ya estaban en uso, una mayor fidelidad literal a los textos originales respecto de las versiones realizadas en los primeros años de la reforma litúrgica en los que primaba el criterio de una cierta adaptación con vistas a una más fácil comprensión por los fieles.

La Comisión Episcopal de Liturgia, a través de su Secretariado y contando con la colaboración de los consultores y de numerosos expertos en Biblia, liturgia y lengua castellana, asumió esta tarea con el mayor interés y empeño tanto en lo concerniente a los textos bíblicos como a los demás textos, con dedicación preferente al Misal Romano. En efecto, el examen de las traducciones y los informes de los trabajos realizados han estado presentes en varias asambleas plenarias de la Conferencia Episcopal Española que, de manera parcial en ocasiones y, finalmente, de manera global ha aprobado estatutariamente los textos para ser enviados a la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos para la preceptiva *recognitio*.

El Misal Romano como testimonio de la Tradición de la Iglesia

El Misal es, después del *Leccionario de la Palabra de Dios*, el libro litúrgico más importante al contener los textos que han de usarse en la celebración de la Eucaristía. Se le ha denominado también *Libro del altar*, *Libro del celebrante principal* y *Oracional de la Misa*, acepciones que denotan aspectos parciales de un libro que fue surgiendo a partir de los antiguos sacramentarios romanos y occidentales que desembocaron en la edición unitaria y oficial promulgada por el papa san Pío V en 1570 y declarada obligatoria para el Rito Romano a instancias del Concilio de Trento. El Concilio Vaticano II ratificó estas características pero, fiel a su propósito de renovación de la vida litúrgica en la Iglesia (cf. SC 21 ss.), propuso no solo conservar la sana tradición sino abrir también el camino a un progreso legítimo a partir de las formas ya

existentes, estableciendo que se procediese previamente a “*una concienzuda investigación teológica, histórica y pastoral acerca de cada una de las partes que se habían de revisar*” (SC 23).

Esta decisión, que afectaba de manera directa a los libros litúrgicos (cf. SC 25; 31; 38; etc.), fue aplicada cuidadosamente “*según la primitiva norma de los santos Padres*” (SC 50), procediéndose siempre a una cuidadosa investigación teológica, histórica y pastoral a fin de garantizar la pureza doctrinal de los textos (SC 23). De este modo se recuperó buena parte del patrimonio eucológico de la liturgia romana beneficiándose de las modernas ediciones de los sacramentarios y de “*los antiguos libros litúrgicos de España y de las Galias, que han aportado muchísimas oraciones de gran belleza espiritual, ignoradas anteriormente*” (*Ordenación General del Misal Romano* [= OGMR], 8). Por este y otros motivos el Misal actual, “*que testimonia la ‘lex orandi’ de la Iglesia Romana y conserva el depósito de la fe transmitido en los últimos Concilios, supone al mismo tiempo un paso importantísimo en la tradición litúrgica*” (ib., 19). En este sentido la Iglesia, fiel a su misión, ha actuado como el buen padre de familia “*que va sacando de su tesoro lo nuevo y lo antiguo*” (Mt 13,52).

Por eso merece la pena conocer y estudiar a fondo el actual Misal Romano para percibir esta solicitud de la Iglesia, abierta también a las necesidades actuales de los fieles. Un ejemplo de esta solicitud lo ofrecen las *Misas rituales y por diversas necesidades*, en las que oportunamente se combinan lo tradicional y lo nuevo. En efecto, “*mientras que algunas expresiones provenientes de la más antigua tradición de la Iglesia han permanecido intactas..., otras muchas expresiones han sido acomodadas a las actuales necesidades y circunstancias, y otras, en cambio, como las oraciones por la Iglesia, por los laicos, por la santificación del trabajo humano, por la comunidad de naciones, por algunas necesidades peculiares de nuestro tiempo, han sido elaboradas íntegramente, tomando ideas y hasta las mismas expresiones muchas veces de los recientes documentos conciliares*” (OGMR 14).

Una contribución muy significativa del Misal Romano es la citada *Ordenación general* que aparece al comienzo del libro a modo de introducción del rito de la Misa. Inspirada en numerosos documentos del magisterio pontificio, su finalidad consiste en fundamentar teológica y pastoralmente la acción litúrgica y disponer su correcta realización estableciendo de manera detallada no solo el significado de las diversas partes y elementos de la celebración sino también la función de los ministerios que intervienen en ella. Al mismo tiempo ofrece las líneas básicas para instruir a los fieles en una consciente y fructuosa participación en la Eucaristía (cf. OGMR 5; 13; 18; etc.). En este sen-

tido sobresalen por su alcance la *Introducción* y el *capítulo primero* de este documento, que tratan de la dignidad de la celebración eucarística y de su naturaleza en cuanto acción de Cristo y de la Iglesia y fuente de santificación para el sacerdote y para los fieles (cf. OGMR 1-26). El estudio de todo el documento es una garantía para poder celebrar la Santa Misa según las orientaciones y las normas actuales de la Iglesia.

3. El Misal al servicio de la fe eclesial y de la vida cristiana

La Iglesia, desde los primeros tiempos, ha tenido conciencia de la trascendencia del mandato institucional de la Eucaristía (cf. Lc 22,12; 1 Cor 11,24-25), de manera que *“se ha considerado siempre comprometida por este mandato, al ir estableciendo normas para la celebración de la Eucaristía relativas a la disposición de las personas, de los lugares, de los ritos y de los textos”* (OGMR 1). En este sentido el Misal es no solo testimonio de una tradición continuada y uniforme en lo substancial acerca del Misterio eucarístico, garantía de la fe inalterada, sino también del interés pastoral de la Iglesia para que los fieles de todos los tiempos accedan a la celebración con las mejores disposiciones personales participando en los ritos sagrados y comprendiendo los textos de modo que *“no asistan a este misterio de fe como extraños y mudos espectadores, sino que comprendiéndolo bien a través de los ritos y oraciones, participen conscientes, piadosa y activamente en la acción sagrada, sean instruidos con la palabra de Dios, se fortalezcan en la mesa del Cuerpo del Señor, den gracias a Dios, aprendan a ofrecerse a sí mismos al ofrecer la hostia inmaculada no sólo por manos del sacerdote, sino juntamente con él”* (SC 48; cf. OGMR 17-19).

Por eso es del todo necesario que los responsables de la liturgia en las comunidades y los equipos de animación litúrgica se esfuercen en conocer a fondo el Misal con el fin de poner sus riquezas al alcance de todos los fieles. No hay que olvidar que todo libro litúrgico, promulgado por la autoridad competente de la Iglesia, es un testimonio de la *lex orandi*, la norma de la plegaria, expresión segura de la *lex credendi*, la norma de la fe, de manera que en ellos se conserva y se transmite el depósito de la fe no a la manera de las definiciones del Magisterio sino en forma de plegaria y aun en las indicaciones rituales que acompañan a los textos -las rúbricas- pero siempre como testimonio válido y seguro de la tradición eclesial. Esto quiere decir también que el modo de celebrar y de usar los textos puede condicionar la asimilación de la fe por los fieles que participan en la celebración. De ahí la apremiante llamada de atención que han hecho los últimos papas para que se observen fielmente las normas litúrgicas en la celebración eucarística, porque estas son *“una expresión concreta de la auténtica eclesialidad de la Eucaristía... La litur-*

gia nunca es propiedad privada de alguien, ni del celebrante ni de la comunidad en que se celebran los Misterios”[3].

Esta realidad movió a los Padres del Concilio Vaticano II a introducir las lenguas vernáculas en la liturgia, no solo en las lecturas de la palabra de Dios sino también en las oraciones y en los cantos (cf. SC 36; 39; 54; etc.), a la vez que invitaba a realizar la oportuna catequesis litúrgica acerca de los ritos y de los textos (cf. SC 35; 56; 110; etc.), sin olvidar la importancia de la espiritualidad litúrgica (cf. SC 12; 16; 17; 94; etc.). Para facilitar este servicio a la fe y a la auténtica vida en Cristo de todos los fieles las traducciones de los libros litúrgicos han sido especialmente cuidadas. La edición del Misal que ahora ve la luz ofrece, en este sentido, una mayor fidelidad a los textos latinos de acuerdo con lo establecido por la Instrucción “*Liturgiam Authenticam*” como ya se ha indicado antes. Pero, evidentemente, para que los fieles puedan comprender y asimilar el contenido de las oraciones del Misal es preciso que quienes las pronuncien o canten lo hagan de manera clara, atentos a las cadencias y a la puntuación del texto, observando también la breve pausa que sigue a la invitación a orar (cf. OGMR 51; 259).

Conviene recordar así mismo que los textos del Misal, especialmente los que aparecen en las secciones del *Propio del Tiempo*, del *Santoral* e incluso en las destinadas a las misas rituales, por diversas necesidades, votivas o de difuntos, además de las plegarias eucarísticas y los prefacios, ofrecen una valiosa ayuda para meditar y profundizar en los distintos aspectos del misterio de Cristo y de la Iglesia siguiendo el año litúrgico, en las actitudes de la vida cristiana, en la visión evangélica de algunas realidades temporales, etc. Todos deberían ser conscientes de que los textos del Misal son muchas veces un eco de la palabra de Dios proclamada en las lecturas, aspecto que podría aprovecharse muy bien para las homilías en el curso del año o atendiendo a las circunstancias concretas de la vida de los fieles, especialmente de cara a la espiritualidad, al apostolado, etc.

4. Una leve pero importante modificación

Lo que acabamos de señalar acerca de los libros litúrgicos como testimonio y expresión orante (*lex orandi*) de la fe de la Iglesia (*lex credendi*), tiene una delicada y particular aplicación en las plegarias eucarísticas. Como todos saben, esta plegaria constituye el centro de la celebración de la Misa en cuanto acción de gracias y ofrenda del Sacrificio que el sacerdote eleva a Dios asociando a toda la asamblea de los fieles (cf. OGMR 54). Por este motivo se recomienda al sacerdote celebrante que la pronuncie con voz alta y clara en con-

sonancia con la importancia del texto, pudiendo cantarla, especialmente la parte central (cf. OGMR 18-19).

Por otra parte, si la Iglesia pide un respeto reverencial a todo texto litúrgico, de manera que no es lícito cambiarlo o sustituirlo en todo o en parte, con mayor motivo esta norma ha de aplicarse a las plegarias eucarísticas y máxime a las palabras de la consagración. En efecto, con ocasión de la publicación de la IIIª edición oficial del Misal Romano en castellano, se hacen efectivas y obligatorias para todo el ámbito jurisdiccional de la Conferencia Episcopal Española las modificaciones mandadas introducir en su momento por el papa Benedicto XVI, a saber, la inclusión del nombre de san José en las plegarias eucarísticas IIª, IIIª y IVª –en la Iª ya estaba desde el 8 de diciembre de 1962– y la establecida por medio de una carta del cardenal Francis Arinze, Prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, a las conferencias episcopales^[4] que afecta a la traducción de las palabras “*pro multis*” (“por muchos”) y que ha de sustituir a la expresión “*por todos los hombres*” a la que estábamos acostumbrados. Esta última modificación pretende una mayor fidelidad a los textos originales del Nuevo Testamento (cf. Mt 26,28 y Mc 14,25) y a la tradición litúrgica de la Iglesia latina. En este sentido, la expresión en uso no era realmente una traducción del texto sino una interpretación, explicable en el clima de los primeros años de la reforma litúrgica y sujeta, por otra parte, a la variabilidad del texto en las diferentes lenguas modernas.

Estas consideraciones, entre otras, motivaron la instrucción “*Liturgiam authenticam*” de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos de 28 de marzo de 2001 que pone en primer plano el principio de la correspondencia literal. Por tanto, invitamos a todos los sacerdotes a que reciban con espíritu de generosa obediencia esta variación y la expliquen a los fieles mediante una oportuna catequesis que señale, en primer lugar, el motivo por el que la palabra “*muchos*” sustituye a “*todos los hombres*”; y, en segundo lugar, la razón por la que se vuelve al sentido original bíblico. Recuérdese, por ejemplo, que las palabras del Señor hacen referencia también a “*vosotros*”, es decir, a los presentes, ampliándose después el alcance de la salvación al que aluden las palabras del Señor. El “*por vosotros*” se proyecta sobre el “*muchos*” de manera inmediata y, ciertamente, está abierto a “*por todos los hombres*”^[5].

5. Nuestra actitud como ministros de la Eucaristía

Todo lo anterior atañe de manera particular a quienes en virtud del sacramento del Orden hemos sido consagrados para el ministerio sacerdotal en

cuyo centro se encuentra la Eucaristía, fuente y culmen de la vida cristiana y de toda nuestra actividad evangelizadora y pastoral (cf. SC 10; PO 5). A cada uno se nos dijo en nuestra ordenación cuando nos entregaron el pan y el cáliz: *“Recibe la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios. Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor”* (Rito de la ordenación de presbíteros). Estas palabras contienen una llamada a vivir la celebración del Sacrificio eucarístico con una profunda espiritualidad, conscientes del don que hemos recibido, procurando que la Eucaristía sea en verdad el centro y el fundamento de nuestra jornada y de todas nuestras actividades apostólicas de manera que están unidas a ella y hacia ella se ordenen (cf. PO 5; 18). De ahí que la liturgia, en cuanto ejercicio del sacerdocio de Jesucristo (cf. SC 7), constituya el ámbito en el que hemos de tener particular conciencia de que somos ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios (cf. 1 Cor 4,1).

Esta actitud nos ayudará a observar las normas litúrgicas con especial amor y respeto, en la certeza de que esta fidelidad redundará en bien de los fieles, los cuales tienen derecho a participar en las celebraciones tal como las quiere la Iglesia, y no según los gustos personales de cada ministro como tampoco según particularismos rituales no aprobados o expresiones de grupos, que tienden a cerrarse a la universalidad del pueblo de Dios[6]. No en vano las normas del Misal que regulan especialmente la celebración de la Eucaristía son expresión y garantía de eclesialidad, testimonio de amor hacia el Misterio eucarístico y medio de ayuda eficaz en orden a la participación de los fieles puesto que *“el ‘ars celebrandi’ es la mejor premisa para la ‘actuosa participatio’”*[7].

Ahora bien, para que se realice este ideal es necesario conocer bien el Misal y usarlo como quiere la Iglesia, es decir, como testimonio de una fe inalterada y de una práctica que ha ido asumiendo con el paso del tiempo la experiencia viva de las sucesivas generaciones cristianas que se han esforzado en ser fieles al mandato institucional del Señor en la última Cena cuando dijo: *“Haced esto en memoria mía”* (Lc 22,19; cf. 1 Cor 11,24-26). El buen uso del Misal comprende no solo ser fieles a lo que pide la liturgia del día, especialmente en las solemnidades, fiestas, memorias obligatorias y ferias de los tiempos litúrgicos de adviento, navidad, cuaresma y cincuentena pascual, sino también cuando la liturgia deja la elección del formulario de la Misa y de algunos elementos al criterio del sacerdote. La *Ordenación general* del Misal contiene un amplio capítulo, el VII, en el que describe y recomienda esta posibilidad

invitando a que atienda “*más al bien espiritual común del pueblo de Dios que a su personal inclinación*” (OGMR 352; cf. 353-367). En este sentido conviene elegir una u otra de las plegarias eucarísticas que ofrece el Misal y no limitarse, la mayoría de las veces por razones de brevedad, a usar la segunda (cf. OGMR 365). Precisamente por este motivo la nueva edición del Misal ha colocado las denominadas *Plegarias eucarísticas “de la Reconciliación”* y *Plegarias eucarísticas que pueden usarse en las Misas por diversas circunstancias* y las plegarias eucarísticas para las misas con niños en apéndice a continuación del *Ordinario de la Misa* donde figuran las cuatro principales.

El sacerdote, cuando preside la celebración de la Eucaristía, ha de ser consciente de que su función consiste, ante todo, en actuar en todo momento “*en la persona de Cristo y en nombre de la Iglesia*”, según la expresión clásica^[8], elevando al Padre la plegaria y la ofrenda del pueblo santo, y tratando de ser instrumento dócil en las manos del Señor para la santificación de la comunidad eclesial. El Concilio Vaticano II recordó expresamente que “*los presbíteros enseñan a los fieles a ofrecer al Padre en el sacrificio de la Misa la Víctima divina y a ofrendar la propia vida juntamente con ella*” (PO 5).

6. Conclusión: unidad y armonía entre la “lex orandi” y la “lex credendi”

Por los mismos motivos, es fundamental que todos los ministros de la liturgia estén convencidos también de la importancia que tiene el vínculo intrínseco existente entre la *lex orandi* y la *lex credendi* de la Iglesia, es decir, entre la norma de la liturgia y la norma de la fe, principio del que se derivan algunas consecuencias prácticas. Por eso la Iglesia, a la vez que ha expuesto con sumo cuidado y autoridad, a lo largo de los siglos, la doctrina eucarística, ha cuidado siempre con el mayor esmero la celebración de la Eucaristía. Ella misma no tiene ninguna potestad sobre aquello que ha sido establecido por el mismo Cristo, y que constituye la parte inmutable de la liturgia (cf. SC 21). De hecho la celebración de la Eucaristía está estrechamente ligada con la doctrina de la fe, de manera que la verdad de la fe no se transmite sólo con palabras sino también con los signos y el conjunto de los ritos litúrgicos. En este sentido el rito actual de la Misa ha sido cuidadosamente propuesto en el Misal para expresar y vivir el Misterio eucarístico en su incomparable belleza y dignidad y teniendo en cuenta su importancia esencial para la vida cristiana.

La Comisión Episcopal de Liturgia, al ofrecer estas consideraciones al alcance de los pastores y de los fieles con ocasión de la publicación de la tercera edición oficial del Misal Romano en castellano, desea facilitar su recepción

responsable y eficaz en todas las comunidades eclesiales, consciente también de la función que atañe no solo a los que trabajan en la pastoral litúrgica sino a todos los que tienen alguna responsabilidad en la formación de la fe y en su celebración. Por eso considera que el modo más adecuado para profundizar en el misterio de la salvación y, particularmente, en la Eucaristía, “*sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad*”^[9], pasa necesariamente por un doble compromiso de todos los pastores a propósito del Misal: ofrecer una adecuada catequesis *mistagógica* que ayude a descubrir el sentido de los gestos y de las palabras de la liturgia y realizar una esmerada celebración que ayude a los fieles a pasar de los signos al misterio centrandolo en él toda su existencia.

Madrid, a 20 de abril de 2016. Durante la CVII Asamblea Plenaria de la CEE

+ **Julián López Martín**, Obispo de León y Presidente de la Comisión Episcopal de Liturgia

+ **Jesús Murgui Soriano**, Obispo de Orihuela-Alicante

+ **Román Casanova Casanova**, Obispo de Vic

+ **José Leonardo Lemos Montanet**, Obispo de Ourense

+ **Ángel Fernández Collado**, Obispo Auxiliar de Toledo

+ **Joaquín Carmelo Borobia Isasa**, Obispo Auxiliar Emérito de Toledo

[1] La edición latina, por tanto, ha conocido tres ediciones típicas (1970, 1975 y 2002/2008). La edición oficial castellana, a su vez, ha conocido otras tres (1978, 1988 y 2016). Anteriormente a 1978 estuvo en uso una edición provisional en dos volúmenes editada en 1971-1972.

[2] Texto castellano en “Notitiae” 428-429 (2002) 65-119.

[3] San Juan Pablo II, Encíclica “*Ecclesia de Eucharistia*”, de 17-IV-2003, n. 52; cf. nn. 10; 30; 46.

[4] Con fecha de 17 de octubre de 2006 (Prot. N. 467/05/L) en “Notitiae” 481-482 (2006) 446-448.

[5] Véase la carta de Benedicto XVI al presidente de la Conferencia Episcopal Alemana de 14 de abril de 2012.

[6] Cf. *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* de 11 de febrero de 2013, n. 59.

[7] Cf. LG 11; PO 11; San Juan Pablo II, “*Ecclesia de Eucharistia*”, cit., n. 52; Benedicto XVI, Exhort. Apost. “*Sacramentum caritatis*”, de 22-II-2007, nn. 38 y 40.

[8] Cf. *Directorio*... nn. 8 y 13.

[9] San Agustín, *In Joh. Evangelium*, 26,13.

Iglesia Universal

FRANCISCO

Mensajes

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA CUARESMA 2017

La Palabra es un don. El otro es un don

Queridos hermanos y hermanas:

La Cuaresma es un nuevo comienzo, un camino que nos lleva a un destino seguro: la Pascua de Resurrección, la victoria de Cristo sobre la muerte. Y en este tiempo recibimos siempre una fuerte llamada a la conversión: el cristiano está llamado a volver a Dios «*de todo corazón*» (Jl 2,12), a no contentarse con una vida mediocre, sino a crecer en la amistad con el Señor. Jesús es el amigo fiel que nunca nos abandona, porque incluso cuando pecamos espera pacientemente que volvamos a él y, con esta espera, manifiesta su voluntad de perdonar (cf. *Homilía*, 8 enero 2016).

La Cuaresma es un tiempo propicio para intensificar la vida del espíritu a través de los medios santos que la Iglesia nos ofrece: el ayuno, la oración y la limosna. En la base de todo está la Palabra de Dios, que en este tiempo se nos invita a escuchar y a meditar con mayor frecuencia. En concreto, quisiera centrarme aquí en la parábola del hombre rico y el pobre Lázaro (cf. *Lc* 16,19-31). Dejémonos guiar por este relato tan significativo, que nos da la clave para entender cómo hemos de comportarnos para alcanzar la verdadera felicidad y la vida eterna, exhortándonos a una sincera conversión.

1. El otro es un don

La parábola comienza presentando a los dos personajes principales, pero el pobre es el que viene descrito con más detalle: él se encuentra en una situación desesperada y no tiene fuerza ni para levantarse, está echado a la puerta del rico y come las migajas que caen de su mesa, tiene llagas por todo el

cuerpo y los perros vienen a lamérselas (cf. vv. 20-21). El cuadro es sombrío, y el hombre degradado y humillado.

La escena resulta aún más dramática si consideramos que el pobre se llama *Lázaro*: un nombre repleto de promesas, que significa literalmente «*Dios ayuda*». Este no es un personaje anónimo, tiene rasgos precisos y se presenta como alguien con una historia personal. Mientras que para el rico es como si fuera invisible, para nosotros es alguien conocido y casi familiar, tiene un rostro; y, como tal, es un don, un tesoro de valor incalculable, un ser querido, amado, recordado por Dios, aunque su condición concreta sea la de un desecho humano (cf. *Homilía*, 8 enero 2016).

Lázaro nos enseña que *el otro es un don*. La justa relación con las personas consiste en reconocer con gratitud su valor. Incluso el pobre en la puerta del rico, no es una carga molesta, sino una llamada a convertirse y a cambiar de vida. La primera invitación que nos hace esta parábola es la de abrir la puerta de nuestro corazón al otro, porque cada persona es un don, sea vecino nuestro o un pobre desconocido. La Cuaresma es un tiempo propicio para abrir la puerta a cualquier necesitado y reconocer en él o en ella el rostro de Cristo. Cada uno de nosotros los encontramos en nuestro camino. Cada vida que encontramos es un don y merece acogida, respeto y amor. La Palabra de Dios nos ayuda a abrir los ojos para acoger la vida y amarla, sobre todo cuando es débil. Pero para hacer esto hay que tomar en serio también lo que el Evangelio nos revela acerca del hombre rico.

2. El pecado nos ciega

La parábola es despiadada al mostrar las contradicciones en las que se encuentra el rico (cf. v. 19). Este personaje, al contrario que el pobre Lázaro, no tiene un nombre, se le califica sólo como «rico». Su opulencia se manifiesta en la ropa que viste, de un lujo exagerado. La púrpura, en efecto, era muy valiosa, más que la plata y el oro, y por eso estaba reservada a las divinidades (cf. *Jr* 10,9) y a los reyes (cf. *Jc* 8,26). La tela era de un lino especial que contribuía a dar al aspecto un carácter casi sagrado. Por tanto, la riqueza de este hombre es excesiva, también porque la exhibía de manera habitual todos los días: «Banqueteaba espléndidamente cada día» (v. 19). En él se vislumbra de forma patente la corrupción del pecado, que se realiza en tres momentos sucesivos: el amor al dinero, la vanidad y la soberbia (cf. *Homilía*, 20 septiembre 2013).

El apóstol Pablo dice que «la codicia es la raíz de todos los males» (*1 Tm* 6,10). Esta es la causa principal de la corrupción y fuente de envidias, pleitos

y celos. El dinero puede llegar a dominarnos hasta convertirse en un ídolo tiránico (cf. Exh. ap. *Evangelii gaudium*, 55). En lugar de ser un instrumento a nuestro servicio para hacer el bien y ejercer la solidaridad con los demás, el dinero puede someternos, a nosotros y a todo el mundo, a una lógica egoísta que no deja lugar al amor e impide la paz.

La parábola nos muestra cómo la codicia del rico lo hace vanidoso. Su personalidad se desarrolla en la apariencia, en hacer ver a los demás lo que él se puede permitir. Pero la apariencia esconde un vacío interior. Su vida está prisionera de la exterioridad, de la dimensión más superficial y efímera de la existencia (cf. *ibíd.*, 62).

El peldaño más bajo de esta decadencia moral es la soberbia. El hombre rico se viste como si fuera un rey, simula las maneras de un dios, olvidando que es simplemente un mortal. Para el hombre corrompido por el amor a las riquezas, no existe otra cosa que el propio yo, y por eso las personas que están a su alrededor no merecen su atención. El fruto del apego al dinero es una especie de ceguera: el rico no ve al pobre hambriento, llagado y postrado en su humillación.

Cuando miramos a este personaje, se entiende por qué el Evangelio condena con tanta claridad el amor al dinero: «Nadie puede estar al servicio de dos amos. Porque despreciará a uno y querrá al otro; o, al contrario, se dedicará al primero y no hará caso del segundo. No podéis servir a Dios y al dinero» (Mt 6,24).

3. La Palabra es un don

El Evangelio del rico y el pobre Lázaro nos ayuda a prepararnos bien para la Pascua que se acerca. La liturgia del Miércoles de Ceniza nos invita a vivir una experiencia semejante a la que el rico ha vivido de manera muy dramática. El sacerdote, mientras impone la ceniza en la cabeza, dice las siguientes palabras: «*Acuérdate de que eres polvo y al polvo volverás*». El rico y el pobre, en efecto, mueren, y la parte principal de la parábola se desarrolla en el más allá. Los dos personajes descubren de repente que «sin nada vinimos al mundo, y sin nada nos iremos de él» (1 Tm 6,7).

También nuestra mirada se dirige al más allá, donde el rico mantiene un diálogo con Abraham, al que llama «padre» (Lc 16,24,27), demostrando que pertenece al pueblo de Dios. Este aspecto hace que su vida sea todavía más contradictoria, ya que hasta ahora no se había dicho nada de su relación con Dios. En efecto, en su vida no había lugar para Dios, siendo él mismo su único dios.

El rico sólo reconoce a Lázaro en medio de los tormentos de la otra vida, y quiere que sea el pobre quien le alivie su sufrimiento con un poco de agua. Los gestos que se piden a Lázaro son semejantes a los que el rico hubiera tenido que hacer y nunca realizó. Abraham, sin embargo, le explica: «Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en vida, y Lázaro, a su vez, males: por eso encuentra aquí consuelo, mientras que tú padeces» (v. 25). En el más allá se restablece una cierta equidad y los males de la vida se equilibran con los bienes.

La parábola se prolonga, y de esta manera su mensaje se dirige a todos los cristianos. En efecto, el rico, cuyos hermanos todavía viven, pide a Abraham que les envíe a Lázaro para advertirles; pero Abraham le responde: «Tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen» (v. 29). Y, frente a la objeción del rico, añade: «Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso ni aunque resucite un muerto» (v. 31).

De esta manera se descubre el verdadero problema del rico: la raíz de sus males está en *no prestar oído a la Palabra de Dios*; esto es lo que le llevó a no amar ya a Dios y por tanto a despreciar al prójimo. La Palabra de Dios es una fuerza viva, capaz de suscitar la conversión del corazón de los hombres y orientar nuevamente a Dios. Cerrar el corazón al don de Dios que habla tiene como efecto cerrar el corazón al don del hermano.

Queridos hermanos y hermanas, la Cuaresma es el tiempo propicio para renovarse en el encuentro con Cristo vivo en su Palabra, en los sacramentos y en el prójimo. El Señor —que en los cuarenta días que pasó en el desierto venció los engaños del Tentador— nos muestra el camino a seguir. Que el Espíritu Santo nos guíe a realizar un verdadero camino de conversión, para redescubrir el don de la Palabra de Dios, ser purificados del pecado que nos ciega y servir a Cristo presente en los hermanos necesitados. Animo a todos los fieles a que manifiesten también esta renovación espiritual participando en las campañas de Cuaresma que muchas organizaciones de la Iglesia promueven en distintas partes del mundo para que aumente la cultura del encuentro en la única familia humana. Oremos unos por otros para que, participando de la victoria de Cristo, sepamos abrir nuestras puertas a los débiles y a los pobres. Entonces viviremos y daremos un testimonio pleno de la alegría de la Pascua.

Vaticano, 18 de octubre de 2016
Fiesta de san Lucas Evangelista.

**MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO
PARA LA 51 JORNADA MUNDIAL
DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES**

«No temas, que yo estoy contigo» (Is 43,5)

Comunicar esperanza y confianza en nuestros tiempos

Gracias al desarrollo tecnológico, el acceso a los medios de comunicación es tal que muchísimos individuos tienen la posibilidad de compartir inmediatamente noticias y de difundirlas de manera capilar. Estas noticias pueden ser bonitas o feas, verdaderas o falsas. Nuestros padres en la fe ya hablaban de la mente humana como de una piedra de molino que, movida por el agua, no se puede detener. Sin embargo, quien se encarga del molino tiene la posibilidad de decidir si moler trigo o cizaña. La mente del hombre está siempre en acción y no puede dejar de «moler» lo que recibe, pero está en nosotros decidir qué material le ofrecemos. (cf. Casiano el Romano, *Carta a Leoncio Igueno*).

Me gustaría con este mensaje llegar y animar a todos los que, tanto en el ámbito profesional como en el de las relaciones personales, «muelen» cada día mucha información para ofrecer un pan tierno y bueno a todos los que se alimentan de los frutos de su comunicación. Quisiera exhortar a todos a una comunicación constructiva que, rechazando los prejuicios contra los demás, fomente una cultura del encuentro que ayude a mirar la realidad con auténtica confianza.

Creo que es necesario romper el círculo vicioso de la angustia y frenar la espiral del miedo, fruto de esa costumbre de centrarse en las «malas noticias» (guerras, terrorismo, escándalos y cualquier tipo de frustración en el acontecer humano). Ciertamente, no se trata de favorecer una desinformación en la que se ignore el drama del sufrimiento, ni de caer en un optimismo ingenuo que no se deja afectar por el escándalo del mal. Quisiera, por el contrario, que todos tratemos de superar ese sentimiento de disgusto y de resignación que con frecuencia se apodera de nosotros, arrojándonos en la apatía, generando miedos o dándonos la impresión de que no se puede frenar el mal. Además, en un sistema comunicativo donde reina la lógica según la cual para que una noticia sea buena ha de causar un impacto, y donde fácilmente se hace espectáculo del drama del dolor y del misterio del mal, se puede caer en la tentación de adormecer la propia conciencia o de caer en la desesperación.

Por lo tanto, quisiera contribuir a la búsqueda de un estilo comunicativo abierto y creativo, que no dé todo el protagonismo al mal, sino que trate de mostrar las posibles soluciones, favoreciendo una actitud activa y responsable en las personas a las cuales va dirigida la noticia. Invito a todos a ofrecer a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo narraciones marcadas por la lógica de la «buena noticia».

La buena noticia

La vida del hombre no es sólo una crónica aséptica de acontecimientos, sino que es historia, una historia que espera ser narrada mediante la elección de una clave interpretativa que sepa seleccionar y recoger los datos más importantes. La realidad, en sí misma, no tiene un significado unívoco. Todo depende de la mirada con la cual es percibida, del «cristal» con el que decidimos mirarla: cambiando las lentes, también la realidad se nos presenta distinta. Entonces, ¿qué hacer para leer la realidad con «las lentes» adecuadas?

Para los cristianos, las lentes que nos permiten descifrar la realidad no pueden ser otras que las de la buena noticia, partiendo de la «Buena Nueva» por excelencia: el «Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios» (Mc 1,1). Con estas palabras comienza el evangelista Marcos su narración, anunciando la «buena noticia» que se refiere a Jesús, pero más que una información sobre Jesús, se trata de *la buena noticia que es Jesús mismo*. En efecto, leyendo las páginas del Evangelio se descubre que el título de la obra corresponde a su contenido y, sobre todo, que ese contenido es la persona misma de Jesús.

Esta buena noticia, que es Jesús mismo, no es buena porque esté exenta de sufrimiento, sino porque contempla el sufrimiento en una perspectiva más amplia, como parte integrante de su amor por el Padre y por la humanidad. En Cristo, Dios se ha hecho solidario con cualquier situación humana, revelándonos que no estamos solos, porque tenemos un Padre que nunca olvida a sus hijos. «No temas, que yo estoy contigo» (Is 43,5): es la palabra consoladora de un Dios que se implica desde siempre en la historia de su pueblo. Con esta promesa: «estoy contigo», Dios asume, en su Hijo amado, toda nuestra debilidad hasta morir como nosotros. En Él también las tinieblas y la muerte se hacen lugar de comunión con la Luz y la Vida. Precisamente aquí, en el lugar donde la vida experimenta la amargura del fracaso, nace una esperanza al alcance de todos. Se trata de una esperanza que no defrauda —porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones (cf. Rm 5,5)— y que hace que la vida nueva brote como la planta que crece de la semilla enterrada. Bajo esta luz, cada nuevo drama que sucede en la historia del mundo se convierte también en el escenario para una posible buena noticia, desde el

momento en que el amor logra encontrar siempre el camino de la proximidad y suscita corazones capaces de conmoverse, rostros capaces de no desmoronarse, manos listas para construir.

La confianza en la semilla del Reino

Para iniciar a sus discípulos y a la multitud en esta mentalidad evangélica, y entregarles «las gafas» adecuadas con las que acercarse a la lógica del amor que muere y resucita, Jesús recurría a las parábolas, en las que el Reino de Dios se compara, a menudo, con la semilla que desata su fuerza vital justo cuando muere en la tierra (cf. *Mc* 4,1-34). Recurrir a imágenes y metáforas para comunicar la humilde potencia del Reino, no es un manera de restarle importancia y urgencia, sino una forma misericordiosa para dejar a quien escucha el «espacio» de libertad para acogerla y referirla incluso a sí mismo. Además, es el camino privilegiado para expresar la inmensa dignidad del misterio pascual, dejando que sean las imágenes —más que los conceptos— las que comuniquen la paradójica belleza de la vida nueva en Cristo, donde las hostilidades y la cruz no impiden, sino que cumplen la salvación de Dios, donde la debilidad es más fuerte que toda potencia humana, donde el fracaso puede ser el preludeo del cumplimiento más grande de todas las cosas en el amor. En efecto, así es como madura y se profundiza la esperanza del Reino de Dios: «Como un hombre que echa el grano en la tierra; duerma o se levante, de noche o de día, el grano brota y crece» (*Mc* 4,26-27).

El Reino de Dios está ya entre nosotros, como una semilla oculta a una mirada superficial y cuyo crecimiento tiene lugar en el silencio. Quien tiene los ojos límpidos por la gracia del Espíritu Santo lo ve brotar y no deja que la cizaña, que siempre está presente, le robe la alegría del Reino.

Los horizontes del Espíritu

La esperanza fundada sobre la buena noticia que es Jesús nos hace elevar la mirada y nos impulsa a contemplarlo en el marco litúrgico de la fiesta de la Ascensión. Aunque parece que el Señor se aleja de nosotros, en realidad, se ensanchan los horizontes de la esperanza. En efecto, en Cristo, que eleva nuestra humanidad hasta el Cielo, cada hombre y cada mujer puede tener la plena libertad de «entrar en el santuario en virtud de la sangre de Jesús, por este camino nuevo y vivo, inaugurado por él para nosotros, a través del velo, es decir, de su propia carne» (*Hb* 10,19-20). Por medio de «la fuerza del Espíritu Santo» podemos ser «testigos» y comunicadores de una humanidad nueva, redimida, «hasta los confines de la tierra» (cf. *Hb* 1,7-8).

La confianza en la semilla del Reino de Dios y en la lógica de la Pascua configura también nuestra manera de comunicar. Esa confianza nos hace capaces de trabajar —en las múltiples formas en que se lleva a cabo hoy la comunicación— con la convicción de que es posible descubrir e iluminar la buena noticia presente en la realidad de cada historia y en el rostro de cada persona.

Quien se deja guiar con fe por el Espíritu Santo es capaz de discernir en cada acontecimiento lo que ocurre entre Dios y la humanidad, reconociendo cómo él mismo, en el escenario dramático de este mundo, está tejiendo la trama de una historia de salvación. El hilo con el que se teje esta historia sacra es la esperanza y su tejedor no es otro que el Espíritu Consolador. La esperanza es la más humilde de las virtudes, porque permanece escondida en los pliegues de la vida, pero es similar a la levadura que hace fermentar toda la masa. Nosotros la alimentamos leyendo de nuevo la Buena Nueva, ese Evangelio que ha sido muchas veces «reeditado» en las vidas de los santos, hombres y mujeres convertidos en iconos del amor de Dios. También hoy el Espíritu siembra en nosotros el deseo del Reino, a través de muchos «canales» vivientes, a través de las personas que se dejan conducir por la Buena Nueva en medio del drama de la historia, y son como faros en la oscuridad de este mundo, que iluminan el camino y abren nuevos senderos de confianza y esperanza.

Vaticano, 24 de enero de 2017

Discurso

***DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO
A LOS JEFES DE ESTADO Y DE GOBIERNO
DE LA UNIÓN EUROPEA
PRESENTES EN ITALIA PARA LA CELEBRACIÓN
DEL 60 ANIVERSARIO DEL TRATADO DE ROMA***

Sala Regia

Viernes, 24 de marzo de 2017

Distinguidos invitados

Les doy las gracias por su presencia aquí esta tarde, en la víspera del 60 aniversario de la firma de los Tratados constitutivos de la Comunidad Económica Europea y la Comunidad Europea de la Energía Atómica. Quiero manifestarles el afecto de la Santa Sede hacia sus respectivos países y al con-

junto de Europa, y a cuyos destinos, por disposición de la Providencia, se siente inseparablemente unida. Dirijo un especial agradecimiento al Honorable Paolo Gentiloni, Presidente del Consejo de Ministros de la República Italiana, por las deferentes palabras que ha pronunciado en nombre de todos y por el trabajo que Italia ha realizado para organizar este encuentro; así como al Honorable Antonio Tajani, Presidente del Parlamento Europeo, que ha dado voz a las esperanzas de los pueblos de la Unión en este aniversario.

Volver a Roma sesenta años más tarde no puede ser sólo un viaje al pasado, sino más bien el deseo de redescubrir la memoria viva de ese evento para comprender su importancia en el presente. Es necesario conocer bien los desafíos de entonces para hacer frente a los de hoy y a los del futuro. Con sus narraciones, llenas de evocaciones, la Biblia nos ofrece un método pedagógico fundamental: la época en que vivimos no se puede entender sin el pasado, el cual no hay que considerarlo como un conjunto de sucesos lejanos, sino como la savia vital que irriga el presente. Sin esa conciencia la realidad pierde su unidad, la historia su hilo lógico y la humanidad pierde el sentido de sus actos y la dirección de su futuro.

El 25 de marzo de 1957 fue un día cargado de expectación y esperanzas, entusiasmos y emociones, y sólo un acontecimiento excepcional, por su alcance y sus consecuencias históricas, pudo hacer que fuera una fecha única en la historia. El recuerdo de ese día está unido a las esperanzas actuales y a las expectativas de los pueblos europeos que piden discernir el presente para continuar con renovado vigor y confianza el camino comenzado.

Eran muy conscientes de ello los Padres fundadores y los líderes que, poniendo su firma en los dos Tratados, dieron vida a aquella realidad política, económica, cultural, pero sobre todo humana, que hoy llamamos la Unión Europea. Por otro lado, como dijo el Ministro de Asuntos Exteriores belga Spaak, se trataba, «es cierto, del bienestar material de nuestros pueblos, de la expansión de nuestras economías, del progreso social, de posibilidades comerciales e industriales totalmente nuevas, pero sobre todo (...) [de] una concepción de la vida a medida del hombre, fraterna y justa»[1].

Después de los años oscuros y sangrientos de la Segunda Guerra Mundial, los líderes de la época tuvieron fe en las posibilidades de un futuro mejor, «no pecaron de falta de audacia y no actuaron demasiado tarde. El recuerdo de las desgracias del pasado y de sus propias culpas parece que les ha inspirado y les ha dado el valor para olvidar viejos enfrentamientos y pensar y actuar de una manera totalmente nueva para lograr la más importante transformación [...] de Europa»[2].

Los Padres fundadores nos recuerdan que Europa no es un conjunto de normas que cumplir, o un manual de protocolos y procedimientos que seguir. Es una vida, una manera de concebir al hombre a partir de su dignidad trascendente e inalienable y no sólo como un conjunto de derechos que hay que defender o de pretensiones que reclamar. El origen de la idea de Europa es «la figura y la responsabilidad de la persona humana con su fermento de fraternidad evangélica, [...] con su deseo de verdad y de justicia que se ha aquilataado a través de una experiencia milenaria»[3]. Roma, con su vocación de universalidad[4], es el símbolo de esa experiencia y por eso fue elegida como el lugar de la firma de los Tratados, porque aquí –recordó el Ministro holandés de Asuntos Exteriores Luns– «se sentaron las bases políticas, jurídicas y sociales de nuestra civilización»[5].

Si estaba claro desde el principio que el corazón palpitante del proyecto político europeo sólo podía ser el hombre, también era evidente el peligro de que los Tratados quedaran en letra muerta. Había que llenarlos de espíritu que les diese vida. Y el primer elemento de la vitalidad europea es la solidaridad. «La Comunidad Económica Europea –declaró el Primer Ministro de Luxemburgo Bech– sólo vivirá y tendrá éxito si, durante su existencia, se mantendrá fiel al espíritu de solidaridad europea que la creó y si la voluntad común de la Europa en gestación es más fuerte que las voluntades nacionales»[6]. Ese espíritu es especialmente necesario ahora, para hacer frente a las fuerzas centrífugas, así como a la tentación de reducir los ideales fundacionales de la Unión a las exigencias productivas, económicas y financieras.

De la solidaridad nace la capacidad de abrirse a los demás. «Nuestros planes no son de tipo egoísta»[7], dijo el Canciller alemán Adenauer. «Sin duda, los países que se van a unir (...) no tienen intención de aislarse del resto del mundo y erigir a su alrededor barreras infranqueables»,[8] se hizo eco el Ministro de Asuntos Exteriores francés Pineau. En un mundo que conocía bien el drama de los muros y de las divisiones, se tenía muy clara la importancia de trabajar por una Europa unida y abierta, y de esforzarse todos juntos por eliminar esa barrera artificial que, desde el Mar Báltico hasta el Adriático, dividía el Continente. ¡Cuánto se ha luchado para derribar ese muro! Sin embargo, hoy se ha perdido la memoria de ese esfuerzo. Se ha perdido también la conciencia del drama de las familias separadas, de la pobreza y la miseria que provocó aquella división. Allí donde desde generaciones se aspiraba a ver caer los signos de una enemistad forzada, ahora se discute sobre cómo dejar fuera los «peligros» de nuestro tiempo: comenzando por la larga columna de mujeres, hombres y niños que huyen de la guerra y la pobreza, que sólo piden tener la posibilidad de un futuro para ellos y sus seres queridos.

En el vacío de memoria que caracteriza a nuestros días, a menudo se olvida también otra gran conquista fruto de la solidaridad sancionada el 25 de marzo de 1957: el tiempo de paz más largo de los últimos siglos. «Pueblos que a lo largo de los años se han encontrado con frecuencia en frentes opuestos, combatiendo unos contra otros, (...) ahora, sin embargo, están unidos por la riqueza de sus peculiaridades nacionales»[9]. La paz se construye siempre con la aportación libre y consciente de cada uno. Sin embargo, «para muchos la paz es de alguna manera un bien que se da por descontado»[10] y así no es difícil que se acabe por considerarla superflua. Por el contrario, la paz es un bien valioso y esencial, ya que sin ella no es posible construir un futuro para nadie, y se termine por «vivir al día».

La unidad de Europa es fruto, en efecto, de un proyecto claro, bien definido, debidamente ponderado, si bien al principio todavía muy incipiente. Todo buen proyecto mira hacia el futuro y el futuro son los jóvenes, llamados a hacer realidad las promesas del mañana[11]. Los Padres fundadores, por tanto, tenían clara la conciencia de formar parte de una empresa colectiva, que no sólo traspasaba las fronteras de los Estados, sino también las del tiempo, a fin de unir a las generaciones entre sí, todas igualmente partícipes en la construcción de la casa común.

Distinguidos invitados:

A los Padres de Europa he dedicado esta primera parte de mi intervención, para que nos dejemos interpelar por sus palabras, por la actualidad de su pensamiento, por el apasionado compromiso en favor del bien común que los ha caracterizado, por la convicción de formar parte de una obra más grande que sus propias personas y por la amplitud del ideal que los animaba. Su denominador común era el espíritu de servicio, unido a la pasión política, y a la conciencia de que «en el origen de la civilización europea se encuentra el cristianismo»[12], sin el cual los valores occidentales de la dignidad, libertad y justicia resultan incomprensibles. «Y todavía en nuestros días —afirmaba san Juan Pablo II— el alma de Europa permanece unida porque, además de su origen común, tiene idénticos valores cristianos y humanos, como son los de la dignidad de la persona humana, del profundo sentimiento de justicia y libertad, de laboriosidad, de espíritu de iniciativa, de amor a la familia, de respeto a la vida, de tolerancia y de deseo de cooperación y de paz, que son notas que la caracterizan»[13]. En nuestro mundo multicultural tales valores seguirán teniendo plena ciudadanía si saben mantener su nexo vital con la raíz que los engendró. En la fecundidad de tal nexo está la posibilidad de edificar sociedades auténticamente laicas, sin contraposiciones ideo-

lógicas, en las que encuentran igualmente su lugar el oriundo, el autóctono, el creyente y el no creyente. En los últimos sesenta años el mundo ha cambiado mucho. Si los Padres fundadores, que habían sobrevivido a un conflicto devastador, estaban animados por la esperanza de un futuro mejor y con una voluntad firme lo perseguían, para evitar que surgieran nuevos conflictos, nuestra época está más dominada por el concepto de crisis. Está la crisis económica, que ha marcado el último decenio, la crisis de la familia y de los modelos sociales consolidados, está la difundida «crisis de las instituciones» y la crisis de los emigrantes: tantas crisis, que esconden el miedo y la profunda desorientación del hombre contemporáneo, que exigen una nueva hermenéutica para el futuro. A pesar de todo, el término «crisis» no tiene por sí mismo una connotación negativa. No se refiere solamente a un mal momento que hay que superar. La palabra crisis tiene su origen en el verbo griego *crino* (κρίνω), que significa *investigar, valorar, juzgar*. Por esto, nuestro tiempo es un tiempo de discernimiento, que nos invita a valorar lo esencial y a construir sobre ello; es, por lo tanto, un tiempo de desafíos y de oportunidades.

Entonces, ¿cuál es la hermenéutica, la clave interpretativa con la que podemos leer las dificultades del momento presente y encontrar respuestas para el futuro? Evocar las ideas de los Padres sería en efecto estéril si no sirviera para indicarnos un camino, si no se convirtiera en estímulo para el futuro y en fuente de esperanza. Cada organismo que pierde el sentido de su camino, que pierde este mirar hacia delante, sufre primero una involución y al final corre el riesgo de morir. ¿Cuál es la herencia de los Padres fundadores? ¿Qué perspectivas nos indican para afrontar los desafíos que nos aguardan? ¿Qué esperanza para la Europa de hoy y de mañana?

La respuesta la encontramos precisamente en los pilares sobre los que ellos han querido edificar la Comunidad económica europea y que ya he mencionado: la centralidad del hombre, una solidaridad eficaz, la apertura al mundo, la búsqueda de la paz y el desarrollo, la apertura al futuro. A quien gobierna le corresponde *discernir los caminos de la esperanza* –este es su cometido: discernir los caminos de la esperanza–, identificar los procesos concretos para hacer que los pasos realizados hasta ahora no se dispersen, sino que aseguren un camino largo y fecundo.

Europa encuentra de nuevo esperanza cada vez que pone al hombre en el centro y en el corazón de las instituciones. Considero que esto implica la escucha atenta y confiada de las instancias que provienen tanto de los individuos como de la sociedad y de los pueblos que componen la Unión. Desgraciada-

mente, a menudo se tiene la sensación de que se está produciendo una «separación afectiva» entre los ciudadanos y las Instituciones europeas, con frecuencia percibidas como lejanas y no atentas a las distintas sensibilidades que constituyen la Unión. Afirmar la centralidad del hombre significa también encontrar el *espíritu de familia*, con el que cada uno contribuye libremente, según las propias capacidades y dones, a la casa común. Es oportuno tener presente que Europa es una *familia de pueblos*[14] y, como en toda buena familia, existen susceptibilidades diferentes, pero todos podrán crecer en la medida en que estén unidos. La Unión Europea nace como *unidad de las diferencias* y unidad en las diferencias. Por eso las peculiaridades no deben asustar, ni se puede pensar que la unidad se preserva con la uniformidad. Esa unidad es más bien la armonía de una comunidad. Los padres fundadores escogieron precisamente este término como punto central de las entidades que nacían de los Tratados, acentuando el hecho de que se *ponían en común* los recursos y los talentos de cada uno. Hoy la Unión Europea tiene necesidad de redescubrir el sentido de ser ante todo «comunidad» de personas y de pueblos, consciente de que «el todo es más que la parte, y también es más que la mera suma de ellas»[15], y por lo tanto «hay que ampliar la mirada para reconocer un bien mayor que nos beneficiará a todos»[16]. Los Padres fundadores buscaban aquella armonía en la que el todo está en cada una de las partes, y las partes están —cada una con su originalidad— en el todo.

Europa vuelve a encontrar esperanza en la solidaridad, que es también el antídoto más eficaz contra los modernos populismos. La solidaridad comporta la conciencia de formar parte de un solo cuerpo, y al mismo tiempo implica la capacidad que cada uno de los miembros tiene para «simpatizar» con el otro y con el todo. Si uno sufre, todos sufren (cf. *1 Co 12,26*). Por eso, hoy también nosotros lloramos con el Reino Unido por las víctimas del atentado que ha golpeado en Londres hace dos días. La solidaridad no es sólo un buen propósito: está compuesta de hechos y gestos concretos que acercan al prójimo, sea cual sea la condición en la que se encuentre. Los populismos, al contrario, florecen precisamente por el egoísmo, que nos encierra en un círculo estrecho y asfixiante y no nos permite superar la estrechez de los propios pensamientos ni «mirar más allá». Es necesario volver a pensar en modo europeo, para conjurar el peligro de una gris uniformidad o, lo que es lo mismo, el *triunfo de los particularismos*. A la política le corresponde esa *leadership* ideal, que evite usar las emociones para ganar el consenso, para elaborar en cambio, con espíritu de solidaridad y subsidiaridad, políticas que hagan crecer a toda la Unión en un desarrollo armónico, de modo que el que

corre más deprisa tienda la mano al que va más despacio, y el que tiene dificultad se esfuerce para alcanzar al que está en cabeza.

Europa vuelve a encontrar esperanza cuando no se encierra en el miedo de las falsas seguridades. Por el contrario, su historia está fuertemente marcada por el encuentro con otros pueblos y culturas, y su identidad «es, y siempre ha sido, una identidad dinámica y multicultural»[17]. En el mundo hay interés por el proyecto europeo. Así ha sido desde el primer momento, como demuestra la multitud que abarrotaba la plaza del Campidoglio y los mensajes de felicitación que llegaban de otros Estados. Aún más interés hay hoy, empezando por los Países que piden entrar a formar parte de la Unión, como también de los Estados que reciben las ayudas que, con gran generosidad, se les ofrecen para afrontar las consecuencias de la pobreza, de las enfermedades y las guerras. La apertura al mundo implica la capacidad de «diálogo como forma de encuentro»[18] a todos los niveles, comenzando por el que existe entre los Estados miembros y entre las Instituciones y los ciudadanos, hasta el que se tiene con los muchos inmigrantes que llegan a las costas de la Unión. No se puede limitar a gestionar la grave crisis migratoria de estos años como si fuera sólo un problema numérico, económico o de seguridad. La cuestión migratoria plantea una pregunta más profunda, que es sobre todo cultural. ¿Qué cultura propone la Europa de hoy? El miedo que se advierte encuentra a menudo su causa más profunda en la pérdida de ideales. Sin una verdadera perspectiva de ideales, se acaba siendo dominado por el temor de que el otro nos cambie nuestras costumbres arraigadas, nos prive de las comodidades adquiridas, ponga de alguna manera en discusión un estilo de vida basado sólo con frecuencia en el bienestar material. Por el contrario, la riqueza de Europa ha sido siempre su apertura espiritual y la capacidad de plantearse cuestiones fundamentales sobre el sentido de la existencia. La apertura hacia el sentido de lo eterno va unida también a una apertura positiva, aunque no exenta de tensiones y de errores, hacia el mundo. En cambio, parece como si el bienestar conseguido le hubiera recortado las alas, y le hubiera hecho bajar la mirada. Europa tiene un patrimonio moral y espiritual único en el mundo, que merece ser propuesto una vez más con pasión y renovada vitalidad, y que es el mejor antídoto contra la falta de valores de nuestro tiempo, terreno fértil para toda forma de extremismo. Estos son los ideales que han hecho a *Europa*, la «península de Asia» que de los Urales llega hasta el Atlántico.

Europa vuelve a encontrar esperanza cuando invierte en el desarrollo y en la paz. El desarrollo no es el resultado de un conjunto de técnicas productivas, sino que abarca a todo el ser humano: la dignidad de su trabajo, condiciones

de vida adecuadas, la posibilidad de acceder a la enseñanza y a los necesarios cuidados médicos. «El desarrollo es el nuevo nombre de la paz»[19], afirmaba Pablo VI, puesto que no existe verdadera paz cuando hay personas marginadas y forzadas a vivir en la miseria. No hay paz allí donde falta el trabajo o la expectativa de un salario digno. No hay paz en las periferias de nuestras ciudades, donde abunda la droga y la violencia.

Europa vuelve a encontrar esperanza cuando se abre al futuro. Cuando se abre a los jóvenes, ofreciéndoles perspectivas serias de educación, posibilidades reales de inserción en el mundo del trabajo. Cuando invierte en la familia, que es la primera y fundamental célula de la sociedad. Cuando respeta la conciencia y los ideales de sus ciudadanos. Cuando garantiza la posibilidad de tener hijos, con la seguridad de poderlos mantener. Cuando defiende la vida con toda su sacralidad.

Distinguidos invitados:

Con el aumento general de la esperanza de vida, los sesenta años se consideran hoy como el tiempo de la plena madurez. Una edad crucial en la que estamos llamados de nuevo a revisarnos. También hoy, La Unión Europea está llamada a un replanteamiento, a curar los inevitables achaques que vienen con los años y a encontrar nuevas vías para continuar su propio camino. Sin embargo, a diferencia de un ser humano de sesenta años, la Unión Europea no tiene ante ella una inevitable vejez, sino la posibilidad de una nueva juventud. Su éxito dependerá de la voluntad de trabajar una vez más juntos y del deseo de apostar por el futuro. A vosotros, como líderes, os corresponde discernir el camino para un «nuevo humanismo europeo»[20], hecho de ideales y de concreción. Esto significa no tener miedo a tomar decisiones eficaces, para responder a los problemas reales de las personas y para resistir al paso del tiempo.

Por mi parte, renuevo la cercanía de la Santa Sede y de la Iglesia a Europa entera, a cuya edificación ha contribuido desde siempre y contribuirá siempre, invocando sobre ella la bendición del Señor, para que la proteja y le dé paz y progreso. Hago mías las palabras que Joseph Bech pronunció en el Campidoglio: *Ceterum censeo Europam esse ædificandam*, por lo demás, pienso que Europa merezca ser construida.

Gracias.

[1] *Discurso pronunciado con ocasión de la firma de los Tratados de Roma (25 marzo 1957).*

- [2] *Ibid.*
- [3] A. De Gasperi, *Nuestra patria Europa. Discurso a la Conferencia Parlamentaria Europea* (21 abril 1954), en: *Alcide De Gasperi e la politica internazionale*, Cinque Lune, Roma 1990, vol. III, 437-440.
- [4] Cf. P.H. Spaak, *Discurso*, cit.
- [5] *Discurso pronunciado con ocasión de la firma de los Tratados de Roma* (25 marzo 1957).
- [6] *Ibid.*
- [7] *Discurso pronunciado con ocasión de la firma de los Tratados de Roma* (25 marzo 1957).
- [8] *Discurso pronunciado con ocasión de la firma de los Tratados de Roma* (25 marzo 1957).
- [9] P.H. Spaak, *Discurso*, cit.
- [10] *Discurso a los Miembros del Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede* (9 enero 2017).
- [11] Cf. P.H. Spaak, *Discurso*, cit.
- [12] A. de Gasperi, *La nostra patria Europa*, cit.
- [13] *Acto Europeo en Santiago de Compostela* (9 noviembre 1982): AAS 75/I (1983), 329.
- [14] Cf. *Discurso en el Parlamento Europeo*, Estrasburgo (25 noviembre 2014): AAS 106 (2014), 1000.
- [15] Exhort. Apost. *Evangelii Gaudium*, 235.
- [16] *Ibid.*
- [17] *Discurso en la entrega del Premio Carlo Magno* (6 mayo 2016): *L'Osservatore Romano*, 6-7 de mayo de 2016, p. 4.
- [18] Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 239.
- [19] Carta enc. *Populorum progressio* (26 marzo 1967), 87: AAS 59 (1967), 299.
- [20] *Discurso en la entrega del Premio Carlo Magno* (6 mayo 2016): *L'Osservatore Romano*, 6-7 de mayo de 2016, p. 5.